

 HARLEQUIN™

Bianca™

Tres
desafíos



MICHELLE
SMART
PODER Y SEDUCCIÓN

_____ Bianca™ _____

PODER Y SEDUCCIÓN

Michelle Smart



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Michelle Smart
© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Poder y seducción, n.º 160 - enero 2020
Título original: Buying His Bride of Convenience
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-181-4

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A Nic Caws, siempre increíble.
Gracias por todo lo que haces, tu estímulo
y tu entusiasmo siempre me levantan el ánimo.*
XXX

Capítulo 1

TE IMPORTARÍA quedarte quieto? –le pidió Eva Bergen al hombre que tenía sentado enfrente.

Le había parado la hemorragia del corte en la nariz y tenía preparadas dos pequeñas tiritas para cerrárselo. Lo que debería haber sido un trámite muy sencillo estaba complicándose porque él no dejaba de mover el pie derecho, lo que le movía el resto del cuerpo.

Él le miró con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, aunque el derecho estaba hinchado y amoratándose.

–Termina de una vez.

–¿Quieres que lo cierre o no? No soy enfermera y tengo que concentrarme, así que estate quieto.

Él tomó aire, apretó los dientes y miró al infinito por encima del hombro de ella, quien supuso que también habría dominado los músculos de las piernas porque había dejado de mover el pie.

Eva también tomó aire, se inclinó hacia delante desde su taburete, que había tenido que elevar para llegar a su altura, y titubeó un instante.

–¿Seguro que no quieres que te lo mire alguien del personal médico? Estoy segura de que está rota.

–Termina de una vez –repitió él en tono tenso.

Ella, respirando por la boca para no inhalar su olor y con mucho cuidado para no tocarlo en ningún sitio aparte de la nariz, le puso la primera tirita en la herida.

Era increíble que Daniele Pellegrini consiguiera resultar impecable aunque tuviera la nariz machacada. El tupé de su pelo tupido y castaño seguía perfectamente peinado y el traje hecho a medida seguía planchado. Todavía podía mirarse a un espejo y guiñarse un ojo.

Era un hombre muy guapo y ella estaba segura de que todas las cooperantes del campamento se habían frotado los ojos al verlo la primera vez. Esa era su segunda visita. La había llamado hacía treinta minutos y le había preguntado, sin saludarla siquiera, si seguía en el campamento. Si se hubiese molestado en saber algo de ella, sabría que ella, como todo el personal, se alojaba allí. Entonces, le dijo que iba de camino al hospital de campaña para encontrarse con ella. Cortó la llamada antes de que pudiera preguntarle qué quería. Se enteró de la respuesta cuando recorrió la poca distancia que había entre el ruinoso edificio administrativo donde trabajaba ella y las instalaciones médicas.

Cuando el huracán Ivor azotó la isla caribeña de Caballeros, Blue Train Aid Agency, que ya llevaba mucho tiempo en ese país dominado por el delito y la corrupción, fue la primera organización humanitaria que instaló un campamento de acogida propiamente dicho. En ese momento, dos meses después del mayor desastre natural que había asolado el país y que se había llevado la vida de veinte mil de sus habitantes, el campamento se había convertido en el hogar de unas treinta mil personas metidas en tiendas de campaña, cobertizos de plástico prefabricados o

barracones improvisados apiñados unos encima de otros. Otras organizaciones se habían instalado desde entonces en distintos sitios y habían acogido a cantidades parecidas de desplazados. Era un desastre de proporciones inimaginables.

Daniele era hermano de Pietro Pellegrini, el gran filántropo humanitario. Pietro había visto las noticias sobre el huracán y la devastación causada, mayor todavía por la destrucción de muchos hospitales, y había decidido inmediatamente que su fundación construiría un hospital multifuncional y a prueba de desastres en San Pedro, la capital del país. Una semana después, murió en un accidente de helicóptero.

A Eva le entristeció su pérdida. Solo había estado con él algunas veces, pero Pietro era alguien muy respetado entre las organizaciones humanitarias. Sin embargo, tanto ella como todos quienes trabajaban en Blue Train Aid Agency se alegraron mucho de que su familia quisiera seguir con la construcción del hospital. Los habitantes de la isla necesitaban urgentemente más instalaciones médicas.

Francesca, la hermana de Pietro, se había convertido en la nueva impulsora del proyecto. A Eva le había caído muy bien y había admirado la determinación y dedicación de la joven. También había esperado admirar a su hermano y que le cayera bien. Daniele, como Pietro, era famoso en todo el mundo, pero su fama se debía a su empresa de construcción y a sus obras de arquitectura.

Sin embargo, ni le había caído bien ni lo había admirado. Aunque era famoso por su buen humor y su inteligencia punzante, a ella le había parecido arrogante y pagado de sí mismo. Vio la arruga de disgusto en su poderosa nariz, en ese momento machacada, cuando fue al campamento para recogerla. Había aceptado salir esa noche con él porque le había asegurado que solo quería que le explicara el tipo de hospital que debería construir. La había llevado en avioneta a su exclusivo hotel de siete estrellas en la paradisíaca y vecina isla de Aguadilla, había pasado cinco minutos haciéndole preguntas pertinentes y se había pasado el resto de la noche bebiendo mucho, haciéndole preguntas impertinentes y coqueteando con ella descaradamente.

Podría llegar a decir que lo único que lo salvaba era su físico y la dimensión de su cuenta bancaria, pero como a ella le daba igual el dinero y era inmune a los hombres, no había nada que lo salvara.

La cara que puso cuando ella rechazó fríamente su invitación para que subiera a su suite para tomar la última no tuvo precio. Se quedó con la sensación de que Daniele Pellegrini no estaba acostumbrado a que alguien del sexo opuesto dijera la palabra «no».

Ordenó a su conductor que la llevara al aeródromo y ni siquiera se despidió de ella. Aquella fue la última vez que lo vio hasta que había entrado en la carpa de atención médica, hacía diez minutos, y se lo habría encontrado esperándola. Le pareció evidente, nada más mirarlo, que alguien le había dado un puñetazo en la cara. Se preguntó quién habrían sido y si sería posible encontrarlo para invitarle a una copa.

—No soy enfermera —había contestado ella cuando él le dijo que necesitaba que lo recompusiera.

Él encogió sus anchos hombros, pero no sonrió como ella recordaba que hacía cuando... salieron la primera vez.

—Necesito que cortes la hemorragia. Estoy seguro de que has visto hacerlo bastantes veces como para saber más o menos lo que hay que hacer.

Lo sabía bastante bien. La habían contratado, sobre todo, como coordinadora y traductora, pero ella, como la mayoría del personal que no era médico, había ayudado al equipo médico cuando había hecho falta. No obstante, eso no significaba que se sintiera a gusto al remendar una nariz, y

menos cuando era la un multimillonario arrogante que llevaba un traje que, seguramente, costaría más que lo que ganaba en un año el habitante medio de Caballeros que tenía la suerte de tener un empleo.

–Llamaré a una de las enfermeras o...

–No –le interrumpió él–. Están muy ocupadas. Córta me la hemorragia y me largaré de aquí.

Ella había estado a punto de alegar que también estaba muy ocupada, pero no lo hizo al captar algo en su comportamiento. En ese momento, cuando estaba poniéndole la segunda tirita, le pareció que él estaba como un muelle comprimido, y compadeció a quien fuera el objetivo de su explosión cuando el muelle se liberara.

Sacó la tercera y última tirita y no pudo evitar fijarse en lo resplandeciente que era su pelo. Si no supiera que era característica familiar, que brillaba como el pelo de los demás integrantes de la familia que ella conocía, pensaría que viajaba a todos lados con un peluquero particular, y con un estilista particular.

Cuando se sentía comprensiva, podía entender que el campamento le desagradara. Daniele vivía rodeado de lujo. Allí solo había una suciedad y una miseria que no desaparecía por mucho que hicieran todos para limpiarla. Al estar delante de él se daba cuenta de lo mugrientos que estaban sus vaqueros y su camiseta y de lo alborotada que tenía la coleta que se había hecho.

¿A quién iba a importarle su aspecto? Aquello era un campamento de acogida y todos estaban preparados para hacer cualquier cosa que hubiera que hacer. Ir vestida a la moda sería completamente inadecuado y absolutamente incómodo. Era ese hombre odioso quien hacía que se sintiera sucia e inferior.

–No te muevas –le recordó ella cuando empezó a mover el pie otra vez–. Ya casi he terminado. Voy a limpiarte y podrás marcharte. Tienes que dejarte las tiritas durante una semana y acuérdate de no mojarlas.

Tomó una toallita y le limpió las gotas de sangre que le habían caído después de que le limpiara la nariz y las mejillas. Entonces, una oleada de su olor se adueñó de ella. Se había olvidado de contener la respiración.

Quizá fuera el olor más maravilloso que había olido, hacía que pensara en bosques frondosos y en fruta madura. Si alguien le hubiese hablado de una reacción y unos pensamientos tan románticos, se habría reído de él.

¿Cómo era posible que un hombre tan odioso y arrogante fuese tan agraciado? Tenía más talento en el dedo meñique que el que ella podía aspirar a tener en toda su vida.

Además, tenía unos ojos impresionantes, de un color marrón verdoso, unos ojos que estaban clavados en ella... y se quedó atrapada por su mirada hasta que parpadeó, empujó el taburete hacia atrás y se levantó de un salto.

–Buscaré un poco de hielo para el ojo –murmuró ella disimulando el nerviosismo.

–No hace falta –replicó él–. No desperdicies tus provisiones conmigo –Daniele sacó el billetero del bolsillo interior de la chaqueta y le dio unos billetes–. Esto es para que repongas el material médico que has empleado conmigo.

Entonces, salió de la carpa sin despedirse ni dar las gracias. Eva, que todavía sentía el cosquilleo en la piel por el roce de su mano, miró los billetes y vio que eran diez de cien dólares.

–Tiene que haber alguna alternativa –Daniele se sirvió otra copa de vino tinto con los nudillos blancos por la fuerza con que agarraba la botella–. Tú puedes heredar el patrimonio.

Su hermana Francesca, a quien iban dirigidas esas palabras, negó con la cabeza.

–No puedo y lo sabes. Soy del sexo equivocado.

–Y yo no puedo casarme.

El matrimonio era anatema para él. Se había pasado toda la vida evitándolo, evitando cualquier forma de compromiso.

–O te casas y te haces cargo del patrimonio o lo hará Matteo.

Daniele, al oír el nombre de su traicionero primo, perdió el poco dominio de sí mismo que le quedaba y estrelló la copa contra la pared.

Francesca levantó una mano para contener a Felipe, su prometido y exsoldado de las Fuerzas Especiales.

–Es el siguiente varón después de ti –siguió Francesca sin inmutarse–. Si no te casas y aceptas la herencia, pasará a Matteo.

Él tomo aire para intentar recuperar el dominio de sí mismo. El líquido rojo que chorreaba por la pared, si se miraba desde el ángulo indicado, era tan oscuro como la sangre que le había caído de la nariz después de que la rabia se hubiese adueñado de él y se hubiese abalanzado sobre Matteo. Se habían intercambiado unos puñetazos que habrían llegado a mucho más si no hubiese intervenido Felipe. Desde entonces, notaba esa rabia como un ser vivo, como una serpiente enroscada en las entrañas y dispuesta a saltar a la más mínima provocación.

Matteo les había traicionado a todos.

–Tiene que haber alguna vía legal para esquivar esa condición. Es arcaica.

El vino, llevado por la ley de la gravedad, estaba llegando al suelo. Tendría que pintar la habitación antes de que tuviera unos inquilinos nuevos, pensó Daniele distraídamente. Ese piso de Pisa era suyo, pero su hermana había vivido allí durante seis años. Sin embargo, iba a casarse y a irse a vivir a Roma y, salvo que se le ocurriera alguna alternativa, él también se vería obligado a casarse.

–Efectivamente –concedió Francesca–, todos lo sabemos. Pietro estaba intentando anularla, pero no es tan fácil como habíamos esperado todos. Se tardaría meses, quizá años, en anular esa cláusula y, entretanto, Matteo podría casarse con Natasha y quedarse la herencia.

La maldita herencia, el patrimonio familiar, entre otras cosas, un castillo de seiscientos años y cientos de hectáreas de viñedos que habían pertenecido a la familia Pellegrini desde que el príncipe Carlos Filiberto primero, el primer príncipe y oveja negra de la familia, puso la primera piedra. La familia había renunciado a los títulos hacía décadas, pero el castillo seguía siendo la joya de la corona. Para conservar intacto el patrimonio, regía la primogenitura y la herencia iba al mayor de los descendientes varones. Eso no había sido suficiente para el príncipe Emmanuel II, un príncipe especialmente despiadado y chiflado del siglo XIX que sospechaba que su hijo mayor era homosexual. Por eso, introdujo la cláusula, todavía en vigor, de que el hijo mayor solo podría heredar si estaba casado. Además, el príncipe Emmanuel debía de intuir cómo evolucionarían las costumbres sociales porque esa cláusula hacía constar con toda claridad que el cónyuge tenía que ser una mujer.

Esa cláusula arcaica nunca había sido un inconveniente porque, al fin y al cabo, todo el mundo acababa casándose. Era lo que hacían las personas, sobre todo los aristócratas, pero los tiempos, como las costumbres sociales, también cambiaban.

Daniele era muy pequeño cuando murió su abuelo y su padre heredó el patrimonio. Además, al ser el segundo hijo, siempre había sabido que Pietro heredaría cuando muriera su padre, y estaba

muy conforme. Le espantaba ese castillo lleno de corrientes de aire y goteras que era como un pozo sin fondo por donde se iba el dinero, pero, sobre todo, le espantaba la idea del matrimonio. Durante toda su vida adulta había sentido una satisfacción perversa por seguir soltero, por ser la antítesis del serio y cumplidor Pietro.

Sin embargo, Pietro estaba muerto.

Durante dos meses, se había aferrado a la esperanza de que Natasha, la esposa de Pietro, estuviese embarazada y esperase un varón. Entonces, su hijo heredaría el patrimonio y él podría seguir viviendo como siempre le había gustado vivir.

Resultaba que, efectivamente, Natasha estaba embarazada, pero, por desgracia, Pietro no era el padre. Se había metido en una aventura con Matteo antes de que el cadáver de su marido se hubiese enfriado siquiera. Matteo, el primo que había vivido con ellos como un hermano más desde que tenía trece años. El propio malnacido le había contado personalmente que ella estaba esperando un hijo suyo. En ese momento, solo se podían tomar dos caminos. O encontraba una esposa y renunciaba a todas sus preciadas libertades para heredar un patrimonio que no quería o su ingrato primo heredaría todo lo que tanto habían adorado su padre y su hermano.

Apretó los dientes y pensó en su madre, en el amor y el orgullo que sentía por la familia y ese patrimonio que había adquirido en parte al casarse a los diecinueve años. Entonces, comprendió que solo había un camino.

–Tengo que casarme.

–Sí.

–Y pronto.

–Sí. ¿Tienes alguna pensada? –le preguntó Francesca con calma.

Ella sabía lo mucho que detestaba él la idea de casarse y también tenía una cabeza más incisiva para los asuntos legales que la que había tenido Pietro. Si no se le ocurría la manera de anular la cláusula sin que Matteo se quedara con todo, era porque no podía hacerse.

Él se prometió que la anularía algún día, que la siguiente generación de Pellegrinis no tendría que pasar por eso y pagar ese precio.

Daniele pensó en todas las mujeres con las que había salido a lo largo de los años. Calculaba que las que seguían solteras, casi el cien por cien de ellas, saldrían volando a una tienda de vestidos de novia antes de que él hubiese terminado de pedírselo.

Entonces, se acordó de la última, de la única que no había acabado en su cama. Se tocó la nariz amoratada. Las tiritas que le había puesto Eva seguían allí. También se acordó del disgusto que se reflejaba en sus ojos azules cristalinos cada vez que lo miraba.

Había sido su traductora durante su primer viaje a Caballeros, hacía un mes. Ella, en una isla donde el color dominante era el marrón del barro y la desolación, resplandecía como faro en la penumbra o, al menos, su pelo, que llevaba recogido en una coleta algo infantil, había resplandecido. Era de un tono de rojo que solo podía haber salido de un frasco y contrastaba con su piel como el alabastro, debía de untarse cada hora de protector solar factor cincuenta para conservarla tan blanca. El contraste era tan bonito que no podía imaginarse que otro color, ni siquiera el natural, le favoreciera tanto.

Aunque solo llevaba unos vaqueros desastrados y la camiseta oficial del Blue Train Aid Agency, Eva Bergen era, probablemente, la mujer más hermosa que había conocido en sus treinta y tres años de vida y, con toda certeza, la más sexy... y a él lo odiaba a muerte.

Miró la cara de preocupación de su hermana y esbozó media sonrisa.

–Sí. Conozco a la mujer perfecta para casarme.

Una hora después, cuando salió del piso, pensó que, independientemente de lo que pasara, su madre estaría contenta por fin con una decisión que había tomado.

Eva hizo pacientemente la fila para entrar en el compartimiento de las duchas. El campamento tenía una cantidad limitada de agua limpia y se racionaba celosamente. Se había convertido en una experta en ducharse en sesenta segundos con agua tibia cada tres días. Ella, como el resto del equipo, sentía remordimiento y alivio cuando, cada tres fines de semana, podía volar a Aguadilla y reservar una habitación en un hotel sencillo. Allí, pagado por ella, podía pasar horas a remojo entre pompas de jabón, teñirse el pelo, hacerse las uñas y lavarse la piel mientras intentaba sofocar el remordimiento de conciencia por todas las personas acogidas en el campamento que no podían tomarse un par de días libres para darse esos caprichos.

Si había algo que no faltaba en el campamento, eran los teléfonos móviles. Todo el mundo parecía tener uno, hasta los niños que no tenían una muda siquiera. La moda en ese momento era un juego gratis con bolas de colores que explotaban y se multiplicaban. Un genio de la tecnología había conectado a todos los jugadores del campamento, acogidos y trabajadores, para que compitieran entre sí. Eva, como todo el mundo, se había convertido en una adicta y estaba a punto de batir su récord y de colocarse entre los cien primeros jugadores. En ese momento, mientras jugaba en la fila para darse una ducha, tenía tres adolescentes al lado que fingían estar tan tranquilos, aunque la miraban con avidez.

Le vibró el teléfono en la mano, pero ella no le hizo caso.

–Deberías contestar –dijo Odney, el mayor de los adolescentes, con una sonrisa maliciosa.

–Ya llamarán otra vez –replicó Eva con el ceño fruncido y en tono burlón.

Odney, con una sonrisa más maliciosa todavía, le arrebató el teléfono, pulsó el botón para contestar y se lo llevó al oído.

–Es el teléfono de Eva, ¿cómo puedo contestar su llamada?

–¿En inglés? –preguntó Odney a la persona que llamaba y que, evidentemente, no hablaba español–. Hablo muy mal. ¿Quiere hablar con Eva?

Eva tendió una mano mirándolo muy fijamente y aguantando una sonrisa. Odney, con una sonrisa de oreja a oreja, se lo devolvió.

–El teléfono no ha guardado el juego... –comentó él en un tono satisfecho y entre más carcajadas.

Eva adoraba a los chicos de todas las edades del campamento. Se dirigió por fin a la persona que había llamado.

–Dígame...

–Eva, ¿eres tú?

La gracia del momento se esfumó por completo.

–Sí, ¿quién llama? –preguntó ella, aunque el tono de voz y el acento de Daniele Pellegrini eran inconfundibles.

–Soy Daniele Pellegrini. Tengo que verte.

–Habla con mi secretaria y pídele una cita.

Ella no tenía secretaria y él lo sabía.

–Es importante.

–Me da igual. No quiero verte.

–Querrás verme cuando sepas por qué tengo que verte.

–No, no querré, eres un...

–Un hombre que tiene una propuesta que favorecerá a tu campamento –le interrumpió él.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella con recelo.

–Reúnete conmigo y lo comprobarás tú misma. Te prometo que te compensará a ti y a tu campamento.

–Mi próximo fin de semana libre es...

–Estoy llegando a Aguadilla. Haré que te traigan.

–¿Cuándo...?

–Esta noche. Te mandaré a alguien dentro de dos horas.

Dicho lo cual, él colgó.

Capítulo 2

SE LE cayó el alma a los pies cuando vio el lujoso hotel al que la llevaba el conductor de Daniele. Era el mismo hotel en el que cenó con él cuando la engañó para quedar con ella. El hotel Edén era el más lujoso de Aguadilla y allí se hospedaban los asquerosamente ricos. Ella llevaba los únicos vaqueros limpios que tenía y una camisa negra sin planchar porque había habido un corte de electricidad en el campamento.

La primera vez, cuando Daniele la había llevado al hotel, porque entonces se había dignado a conducir el coche, se había puesto como una furia inmediatamente.

–Dijiste que era una conversación informal sobre el hospital.

Ella había creído que cenarían en alguno de los muchos restaurantes que había al borde del mar y que eran famosos porque servían una comida excelente y barata, porque tocaban música alegre y porque tenían un ambiente muy acogedor.

–Efectivamente, eso va a ser –había replicado él sin inmutarse.

Eso la había enfurecido más todavía. Pasaron junto a comensales vestidos de punta en blanco y se había sentido como un pulpo en un garaje.

Cenar en aquel restaurante había sido humillante la primera vez, pero ya iba preparada y cruzó el vestíbulo del hotel con la cabeza muy alta. No se sentiría inferior aunque pareciera una pedigüeña, a pesar de que se hubiese duchado.

Un empleado del hotel se dirigió hacia ella y pudo ver que, según la chapa que llevaba en la solapa, era el director general.

–¿La señora Bergen...? –le preguntó él con cortesía y sin arrugar la nariz siquiera.

Ella asintió con la cabeza. Supuso que habría sido muy fácil describirla, que bastaba con decir que era una mujer con el pelo rojo que no encajaba allí.

–Acompáñeme, por favor.

Ella, como un dócil corderillo, lo siguió y pasaron junto a una cascada enorme, junto al restaurante donde cenaron la otra vez, junto a tiendas de ropa y más restaurantes y llegaron a un ascensor con su propio botones. Entonces, cuando el director pulsó el botón del último piso, las campanas de alarma empezaron a sonar.

–¿Adónde me lleva?

–A la suite del señor Pellegrini.

Llegaron al piso antes de que él hubiese terminado de contestar y el botones abrió la puerta.

Eva titubeó.

Cenar en la suite privada de un hotel tenía connotaciones muy distintas a cenar en público. Era una insensatez, según cualquier criterio, entrar sola en la suite de un hombre adinerado.

El director la miró como si esperara a que abandonara la seguridad del ascensor y entrara en la

cueva del león. Solo tenía que negarse y eso sería lo sensato. Si Daniele Pellegrini tenía que verla con tanta urgencia que había volado hasta el Caribe solo para hablar con ella, entonces, también podía cenar con ella en público. Ella podía exigirlo y él no tendría más remedio que aceptarlo.

Sin embargo, a pesar de sus innumerables defectos, entre ellos que era un sinvergüenza sin escrúpulos para acostarse con cualquiera, la intuición le decía que Daniele no era el tipo de hombre que obligaría a una mujer a hacer algo que no quisiera. No iba a entrar en la cueva del león para ser su cena.

Salió del ascensor y siguió al director por un amplio pasillo hasta una puerta. Él llamó con firmeza e, inmediatamente, la abrió un hombre vestido de mayordomo.

–Buenas noches, señora Bergen –le saludó en un inglés impecable–. El señor Pellegrini está esperándola en la terraza. ¿Quiere beber algo?

–Un vaso de agua, por favor –contestó ella haciendo un esfuerzo para no quedarse boquiabierta por la grandiosidad de la suite.

Le alivió un poco que hubiese un mayordomo que hiciera de carabina, aunque no sabía por qué iba a necesitarla.

El director se despidió y se marchó y la llevaron a una habitación espaciosa desde donde salieron a una terraza con unas vistas increíbles del mar Caribe y de las estrellas que lo iluminaban. A la izquierda había una piscina ovalada y a la derecha una mesa donde podían sentarse cómodamente unas doce personas, pero que estaba puesta para dos. En uno de los sitios estaba sentado el alto y dinámico Daniele Pellegrini. Se levantó y se dirigió hacia ella con la mano tendida.

–Eva, me alegro de verte.

La saludó con una sonrisa que contrastaba con el gesto de furia que había tenido en su rostro hacía tres días, cuando le había exigido que le curara la nariz.

Como no tenía muchas alternativas, le estrechó la mano. Él no se la sacudió con energía, como había esperado ella, sino que la tomó con cierta delicadeza, tiró un poco y le dio un beso en cada mejilla.

Las entrañas le dieron un vuelco al sentir sus labios en la piel y al volver a inhalar su olor, que, absurdamente, le despertaba todos los sentidos.

Aunque se odiara a sí misma por la vanidad, se alegró de haberse duchado hacía tan poco tiempo. Daniele olía muy bien y volvía a esbozar esa sonrisa que la derretía por dentro. Además, sus pantalones gris oscuro y su camisa blanca estaban impecablemente planchados. Todo era immaculado en ese hotel, hasta los huéspedes. Delante de ese hombre tan increíblemente apuesto y que olía tan bien, volvía a sentirse una zarrapastrosa. Vivía en un campamento donde reinaban el barro y el polvo y era imposible resultar presentable por mucho que lo intentara.

Se alegró más todavía cuando él la soltó y tuvo que hacer un esfuerzo para no frotarse la mano en el vaquero, para no intentar aliviar el hormigueo donde la había tomado.

–Parece que la nariz se te está curando –comentó ella, por decir algo y sofocar las palpitaciones que sentía debajo de las costillas.

La hinchazón había bajado considerablemente y volvió a sentir un arrebatado de vanidad al ver que las tiritas seguían perfectamente en su sitio. Tenía el ojo izquierdo ligeramente amoratado, pero era lo único que indicaba que se había metido en una pelea. A ella seguía corroyéndole la curiosidad por saber quién había sido el oponente. ¿Alguna autoridad corrupta de Caballeros? ¿Un novio celoso?

–Lo hiciste muy bien...

–¿Te ha visto un médico? –preguntó ella esbozando una sonrisa muy leve.

–No hace falta –contestó él con un resoplido para restarle importancia.

El mayordomo, que se había marchado de la terraza sin que ella se diera cuenta, volvió con una bandeja con dos vasos y dos botellas de agua.

–No sabía si la quería con o sin gas y he traído las dos –dijo él dejándolas en la mesa–. ¿Quieres algo más antes de que sirva la cena?

–No, gracias.

–Otro whisky para mí –pidió Daniele–. Trae la botella.

–Como quiera.

Una vez solos, Daniele señaló la mesa.

–Siéntate. Para ahorrar tiempo, he pedido por los dos. Si hay algo que no te gusta, el cocinero te hará otra cosa.

Eva se indignó. No le importaba comer de todo, era lo normal con su trabajo, pero su presunción era otra afrenta por su parte.

–¿Qué has pedido?

–Sopa de brécol y queso stilton de primero y solomillo Wellington después –él volvió a sonreír mientras se sentaba–. Me ha parecido que añorarías la comida inglesa.

Ella, atónita, se sentó enfrente de él.

–¿Añorar la comida inglesa? Soy de Países Bajos...

–¿Eres holandesa?

Estuvo a punto de sonreír de oreja a oreja por la sorpresa de él, pero no porque le hiciera gracia, por lo irónica que le parecía. Se había pasado una noche coqueteando descaradamente con ella, pero no se había preocupado por preguntarle nada. Ella solo había sido una mujer que lo había atraído y con la que había estado decidido a acostarse. Había dado por supuesto que ella se sentiría tan honrada porque la había elegido que lo seguiría hasta su suite como una especie de *groupie* adúladora y se metería en su cama.

–Nací y me crié en Rotterdam.

–Creía que eras inglesa –replicó él con la frente arrugada.

–Le pasa a mucha gente.

–No tienes acento.

–Los ingleses lo notan, pero tú eres italiano.

El mayordomo llevó la botella de whisky y le preguntó a Eva si quería algo más fuerte para acompañar la comida. Ella negó con la cabeza y clavó los ojos en Daniele.

–Creo que es mejor que esta noche mantenga la cabeza despejada.

Daniele esbozó una sonrisa sombría. Él también debería mantener despejada la cabeza, pero, después de los últimos días, le atraía la idea de entumecerse por dentro. Además, el whisky le ayudaría a sobrellevar la conversación que se avecinaba.

–¿Qué más idiomas hablas?

Eva hablaba tan bien en inglés que no se le había ocurrido que no fuese de esa nacionalidad. Cuando la conoció, hizo de traductora para él y para su despreciado primo Matteo. Él solo sabía cuatro cosas de español, pero la traducción entre ellos y las autoridades de Caballeros le había parecido intachable.

–Hablo inglés, francés y español con soltura y el italiano aceptablemente.

–Demuéstralo –le retó él pasando a su propio idioma.

–¿Por qué? –preguntó ella también en italiano–. ¿Estás intentando ponerme a prueba?

Él negó con la cabeza y entre risas.

–¿A eso le llamas aceptable? Lo has dicho de corrido y con una pronunciación casi perfecta.

–No considero que tengo soltura hasta que puedo ver una película en versión original y sin perderme un matiz –contestó ella otra vez en inglés–. Me queda mucho para llegar a eso en italiano.

–Entonces, podemos hablar en italiano ahora, te vendrá bien.

Ella sacudió la cabeza y le ondeó la coleta.

–Dijiste que tenías que hablar de algo importante conmigo. Hablas inglés tan bien como yo y prefiero no perderme nada en la traducción, lo que te daría ventaja.

–¿No confías en mí?

–Ni lo más mínimo.

–Admiro tu sinceridad.

Era algo muy raro en su mundo. Su familia era implacablemente sincera con él, pero desde que se hizo una autoridad del mundo de la arquitectura y ganó sus primeros mil millones, gracias a su trabajo y a unas inversiones acertadas, no había conocido ni a una sola persona que le hubiese llevado la contraria o le hubiese negado algo.

El mayordomo volvió a la terraza con el primer plato. Dejó los cuencos en los salvamanteles y un cesto con panecillos entre ellos. Eva inclinó la cabeza para olerlos y asintió con la cabeza.

–Huelen muy bien.

–Acaban de sacarlos del horno, pero también los tenemos sin gluten si los prefiere –comentó el mayordomo con una sonrisa.

–No soy intolerante al gluten, pero le agradezco la oferta.

Eva era la primera mujer con la que había salido en los últimos tres años que no era intolerante al gluten o no seguía alguna dieta disparatada. Era estimulante y otra de las muchas diferencias entre ella y las mujeres con las que había salido. Además, se notaba físicamente. Para empezar, tenía curvas y unos pechos abundantes donde soñaba con reposar la cabeza. Eva Bergen era sexy y estaba deseando verla con ropa... femenina.

Cuando se quedaron solos otra vez, ella tomó un panecillo y lo partió con las manos.

–¿De qué querías hablar?

–Vamos a comer primero, ya hablaremos después.

Ella dejó el panecillo.

–No. Vamos a hablar mientras comemos o creeré que me has traído aquí engañada otra vez.

–No te engañé en nuestra última cita –replicó él sin alterarse.

–Yo dejé muy claro que no iba a ser una cita y tú la convertiste en eso. Las preguntas que me hiciste sobre el hospital podrías habérmelas hecho en cinco minutos, tomando un café.

–¿Y qué tiene eso de divertido?

–Mi trabajo no es divertido... señor Pellegrini –añadió ella como si quisiera poner distancia de repente.

–Daniele.

Le había dicho una docena de veces, durante la primera cita que, según Eva, no había sido una cita, que no le llamara así. No se le había pasado por la cabeza que no estuviera encantada con sus atenciones. Su apellido y su físico siempre habían sido como un imán para las mujeres. Desde que empezó a recibir elogios como arquitecto y a ganar dinero, todas y cada una de las mujeres lo habían mirado con un brillo de admiración en los ojos, hasta que conoció a Eva. Aunque sí había habido un destello de interés cuando sus miradas se encontraron la primera vez y una descarga de

electricidad saltó entre ellos.

Había sido el primer arrebató de deseo de verdad desde la muerte de su hermano. Había perdido todo el interés por las mujeres durante los dos meses que habían pasado desde la muerte de Pietro. El sexo contrario había quedado tan al margen que esa descarga de electricidad entre Eva y él había sido como un recordatorio de que seguía vivo.

Después de ese primer destello, el comportamiento de ella había sido sereno y profesional, y él había dado por supuesto que se debía al entorno en el que se movían. También había dado por supuesto que si la sacaba de ese agujero infernal que era Caballeros y la llevaba a un sitio tan pintoresco como Aguadillas, ella se quitaría el corsé que se había puesto, pero se había equivocado.

A pesar de las descargas de electricidad que habían saltado esa noche, ella había permanecido fría e inexpresiva y sus intentos de halagarla, que siempre le habían dado buen resultado, no habían servido de nada. Había rechazado categóricamente su oferta de tomar la última y no solo eso, lo había hecho con desprecio.

Era innegable, Eva Bergen lo había mirado por encima del hombro. ¡A él!

Nadie lo había mirado así en su vida. Se había sentido fatal y la había desechado sin pensárselo dos veces. Podía sobrellevar el rechazo, pero el desprecio...

Se había parecido mucho a la expresión que ponía su padre cuando algún medio de comunicación sacaba a la luz una aventura suya con el sexo contrario. Sus padres habían querido que se casara como fuese. Pietro había encontrado una mujer con la que sentar la cabeza, aunque había tardado seis años en casarse con ella, y eso había significado que le tocaba a él, quien no tenía la más mínima intención de sentar la cabeza.

Su vida era diversión sin darle explicaciones a nadie. Si quería pasar el fin de semana en Las Vegas, solo tenía que montarse en su avión privado y recoger a algunos amigos por el camino. Su hermano perfecto siempre se había comportado perfectamente y había sido como un ejemplo a seguir para él. Se lo habían puesto de ejemplo cuando todavía llevaba pañales.

Aunque él había sido el último en reírse. Había hecho una fortuna mayor que la personal de Pietro y la que heredaría juntas.

Hasta que reírse el último había dejado de ser divertido.

Pietro había muerto en un accidente de helicóptero y el hombre al que había querido y desdeñado en igual medida, su hermano y su rival, había desaparecido. Estaba muerto, fallecido, difunto. Daba igual la palabra, ninguna transmitía la pérdida que sentía en el corazón.

—Me tomo muy en serio mi trabajo, señor Pellegrini. No estoy aquí para divertirme—le había dicho Eva como si fuese algo repugnante—. Su coqueteo ha sido inadecuado y su oferta de tomar la última, mucho más.

Naturalmente, su hermana diría que era un masoquista por elegir a una mujer que lo despreciaba. Francesca no entendería lo estimulante que era estar con una mujer sin dobleces, no entendería el reto que suponía Eva, como si fuera un montañero experimentado que estaba a los pies del Everest y miraba la cima tapada por las nubes. Llegar a lo más alto sería peligroso, pero la emoción compensaría cada minuto de peligro.

El único peligro que tenía Eva era para su vanidad y hasta él podía reconocer que algunos reveses podrían sentarle bien a su vanidad. Despreciaba a los hombres susceptibles y si pensaba en su reacción cuando Eva rechazó tomar la última con él, podría decirse que había sido tan susceptible como el peor de ellos.

—Me pareció que una cena íntima para dos en un restaurante con estrellas Michelin era el sitio

más indicado para coquetear con una mujer hermosa.

Ella se sonrojó ligeramente.

–Me marcharé si vuelves a coquetear conmigo.

–¿Sin oír antes lo que tengo que decirte...?

–Eso depende de ti. No será un inconveniente si no puedes dominar tu tendencia natural a coquetear y no vas al grano.

Eva se metió una cucharada de sopa en la amplia boca con labios carnosos. Daniele tomó su cuchara.

–Entonces, iré al grano. Necesito una esposa y quiero que tú hagas ese papel.

Ella frunció el ceño y sus ojos azules soltaron un destello.

–Eso no tiene gracia. ¿Qué quieres de verdad?

Daniele dio un sorbo de la sopa. Eva tenía razón, estaba deliciosa.

–Lo que quiero de verdad es montarme en mi avión y largarme de aquí, pero necesito una esposa y tú, tesoro, eres la mujer perfecta para ese empleo.

Se hizo un silencio de asombro tenso antes de que ella se levantara.

–Eres despreciable, ¿lo sabías? No me interesan tus retorcidos juegucitos y, para que te enteres, no soy tu tesoro.

Eva agarró la bolsa de lona del suelo y se dio media vuelta para salir de la terraza y alejarse de ese hombre arrogante. No había dado dos pasos cuando oyó un chasquido y que Daniele hablaba.

–Antes de que te marches, quiero que veas algo.

–No tienes nada que quiera ver.

–¿Ni siquiera un millón de dólares en efectivo?

Eva, contra el más elemental buen juicio, miró hacia atrás. En la mesa, al lado de su cuenco de sopa, había un maletín abierto. Parpadeó. ¿Cómo se había movido tan deprisa? ¿Era una especie de mago?

El maletín estaba repleto de fajos de billetes. Ella volvió a parpadear y lo miró a los ojos.

–¿He captado tu atención?

Él había abandonado todo el buen humor, que a ella ya le había parecido una fachada.

Eva asintió con la cabeza. Tenía su atención, pero, en cierto sentido, creía que estaba soñando. Un maletín repleto de dinero solo existía en un sueño o en películas, no en la vida real.

Daniele Pellegrini tampoco existía en la vida real. Era un multimillonario de una familia noble y ancestral. Su vida era tan irreal como si como si él hubiese llegado de la luna.

–Si aceptas casarte conmigo, este dinero, un millón de dólares, irá a manos de Blue Train Agency mañana por la mañana, y solo es el principio.

–¿El principio...? –preguntó ella en voz baja mirando ese dinero maravilloso.

–Si te sientas otra vez, te lo explicaré.

Eva volvió a sentarse sin dejar de mirar a Daniele para que no sacara otro conejo de la chistera.

Él se acabó el vaso de whisky, sirvió otros tres dedos y se lo pasó a Eva. Ella se lo bebió de un sorbo sin dudarle y sin importarle que los labios de él hubiesen estado en el mismo sitio hacía un instante.

–Si aceptas casarte conmigo, este dinero irá directamente a tu organización humanitaria. El día de nuestro matrimonio, haré una transferencia de otros dos millones a su cuenta y les donaré tres millones cada año de matrimonio. A ti te haré una asignación de un cuarto de millón de dólares al mes para que hagas lo que quieras, también te daré una tarjeta de crédito ilimitado para que viajes

o te vistas mientras dure nuestro matrimonio.

La cabeza le daba vueltas. ¿Estaba metida en una especie de torbellino que distorsionaba la realidad?

–¿Puedo beber un poco más de whisky? –susurró.

Él dio un sorbo y le devolvió el vaso.

–¿Quieres pagarme para que sea tu esposa?

–Sí.

–¿Por qué ibas a querer casarte conmigo?

–No es que quiera, es que necesito una esposa.

–Eso ya lo has dicho, pero ¿por qué ibas a elegirme a mí cuando hay cientos de mujeres que lo harían sin que tuvieras que sobornarlas? ¿Por qué ibas a casarte con alguien a quien ni siquiera le caes bien?

–Ese es, precisamente, el motivo por el que quiero que aceptes ese papel.

–Me he perdido.

–No quiero casarme con alguien que vaya a enamorarse de mí –le explicó él con una sonrisa tensa.

Capítulo 3

ESTABA loco, tenía que estarlo. Ninguna persona en su sano juicio propondría algo así.

Entonces, miró esos ojos marrón verdoso y le parecieron los ojos de un hombre muy cuerdo y que sabía muy bien lo que estaba haciendo. Su expresión, en vez de tranquilizarla, la aterró, y no era una mujer que se asustara fácilmente. Había aprendido a disimularlo y lo disimuló en ese momento.

–Eso es inimaginable –confirmó ella con la esperanza de que el estruendo de sus latidos no se reflejara en las palabras.

Él se encogió de hombros, recuperó el vaso y se sirvió una dosis generosa.

–Perfecto. No quiero una esposa que se haga ilusiones románticas. No voy a casarme por amor, voy a casarme para heredar el patrimonio de la familia –él debió de captar la expresión de incompreensión de ella porque siguió–. Mi hermano murió sin hijos. Yo soy el hijo que queda, pero solo puedo heredar si estoy casado.

–¿Para qué quieres ese patrimonio? Ya tienes una fortuna.

–Para conservarlo en la familia –Daniele dio vueltas al vaso antes de beberse el whisky–. El deber me llama por fin.

–¿Necesitas una esposa para heredar?

–Sí. El patrimonio está... –Eva notó que él intentaba encontrar la manera de decirlo en inglés–. Está ligado a un fidecomiso muy antiguo que dice que solo puede heredarlo un heredero casado.

–¿Eso es legal?

Daniele asintió con la cabeza y con un gesto sombrío.

–Se tardarían años en desmontar ese fidecomiso y adaptarlo a los tiempos modernos. No tengo años, tengo que actuar ya.

–Entonces, búscate otra.

–No quiero otra. Las demás son demasiado dependientes y tú eres dura.

–Ni siquiera me conoces –replicó ella–. Hace veinte minutos creías que era inglesa.

Si era dura, lo era porque había tenido que serlo. Se había hecho un caparazón para darle la espalda a su familia cuando le desgarraron el corazón y cuando perdió a Johann y comprobó que el corazón se le desgarraba otra vez. Había sido un proceso natural, no lo había hecho conscientemente, no se había dado cuenta de que tenía ese caparazón hasta hacía cuatro años, cuando estaba viviendo y trabajando en La Haya y un colega borracho la acusó de ser una perra insensible y tocapelotas. Entonces, volvió al pequeño apartamento que había compartido con Johann, se miró al espejo y se dio cuenta de que su colega tenía cierta razón. No en que fuera una perra tocapelotas, sabía que no lo era, pero insensible... Efectivamente, se miró al espejo y tuvo que reconocer que ya no sentía nada, que estaba vacía por dentro.

–Sé todo lo que tengo que saber, tesoro. No necesito saber nada más. No quiero charlar contigo en la cama y que me cuentes tus sueños. Será una sociedad, no un idilio. Necesito a alguien pragmático y que mantenga la frialdad en los momentos complicados.

¿Él creía que ella era esa persona? No sabía si reír o llorar. ¿Se había convertido en una persona tan fría que alguien podía llegar a creer que aceptaría una propuesta tan carente de sentimientos?

Había sido una persona cálida, había sentido el sol tanto en el corazón como en la piel.

Sin embargo, ¿qué decía esa propuesta de él? ¿Cómo podía ser alguien tan escéptico sobre el matrimonio?

–El matrimonio no es un juego –replicó ella lentamente.

Eva miraba los fajos de billetes y los ojos ardientes de Daniele. Ese dinero sería crucial para el campamento. La Blue Train Agency dependía plenamente de las donaciones y nunca llegaban a ser bastantes como para cubrir todos los proyectos.

Esos ojos...

Desvió la mirada y la clavó en el mar, no podía creerse que estuviese teniendo en cuenta siquiera esa propuesta disparatada.

–No estoy jugando. Cásate conmigo y ganaremos todos. Tu organización humanitaria tendrá garantizados unos ingresos que podrá gastar como quiera, tú recibirás un dinero ilimitado para gastártelo en ti misma, mi familia sabrá que el patrimonio familiar estará a salvo durante otra generación y yo recibiré mi herencia. Eres una persona pragmática, Eva, sabes que lo que propongo es muy coherente.

No siempre había sido una persona pragmática. Había sido una soñadora, había tenido muchas esperanzas, pero todas habían acabado por los suelos.

–No sé. –Eva se apretó la coleta–. Dices que no es un juego, pero también dices que todos ganaremos. El matrimonio es un compromiso entre dos personas que se aman, no entre dos personas que ni siquiera se caen bien.

Él levantó los amplios hombros y se inclinó hacia delante.

–Los antepasados de mi familia se remontan hasta que hay registros escritos. Los matrimonios que mejor salieron fueron los que tenían motivos prácticos, para formar alianzas, no por amor. Nunca he querido comprometer mi vida a una persona en concreto, pero estoy dispuesto a comprometerme contigo. No será un matrimonio basado en el amor, pero sí puedo prometerme un matrimonio basado en el respeto.

–¿Cómo puedes respetarme si estás intentando comprarme?

–No voy a comprarte, tesoro. Considera ese dinero como un incentivo.

–No seré propiedad tuya.

No volvería a ser propiedad de nadie. Se había emancipado de su familia en cuanto cumplió dieciocho años, el día que dejó de pertenecer a sus padres, para no seguir sometida a sus reglas impuestas de una manera inflexible. Dobló la mano izquierda y sintió el dolor fantasma del tendón de los dedos. Los dedos se habían curado hacía mucho tiempo, pero el dolor seguía como un espectro del pasado, como un recordatorio de lo que había dejado atrás.

–Si quisiera ser propietario de una mujer, no te elegiría a ti.

El mayordomo apareció para llevarse la sopa antes de que ella pudiera decir algo. Se quedó sorprendida al ver su cuenco vacío porque no recordaba habérselo comido. Esperó a que trocearan y sirvieran el solomillo Wellington delante de ellos para hacer la pregunta siguiente.

–Si acepto, ¿qué me va a impedir quedarme el dinero y huir con él?

–No recibirás dinero para tu uso propio hasta que estemos casados. Según la ley italiana, no podrás divorciarte hasta después de tres años, pero eso no te impediría dejarme. Tengo que confiar en que no me dejarás sin haberlo hablado conmigo antes.

Él tenía que confiar en ella, pero la cuestión era si ella podía confiar en él.

El solomillo Wellington era una maravilla. Como no lo había comido antes, había dado por supuesto que era una bota Wellington, de goma, al horno, pero era un trozo de solomillo rosado con una capa de setas y envuelto en un hojaldre muy esponjoso.

–Si no quieres un matrimonio tradicional, ¿qué matrimonio tienes pensado para nosotros? –preguntó ella después del segundo mordisco.

Tampoco podía imaginarse un matrimonio tradicional, ni con Daniele ni con nadie, pero, para su sorpresa, se dio cuenta de que sí podía imaginarse un matrimonio de conveniencia donde su organización humanitaria, que tanto quería, recibía cantidades ingentes de dinero.

Daniele Pellegrini era increíblemente guapo y el pobre Johann habría dado los dos delgaduchos brazos por tener su atractivo sexual, pero eso era todo superficial. Su cuerpo podría reaccionar a él, pero su corazón estaba a salvo. Daniele no quería un idilio ni charlar en la cama, lo que unía a una pareja, forjaba la intimidad y dejaba a una persona expuesta al desengaño.

Ella no volvería a exponerse a una situación vulnerable, no podía. Le habían desgarrado tantas veces el corazón que la siguiente podría ser la definitiva.

–Todo el mundo nos verá como una pareja –contestó él–. Viviremos juntos. Visitaremos a los amigos y la familia y recibiremos como una pareja.

–¿Seremos el acompañante principal del otro?

–Es una manera fantástica de expresarlo. Además, algún día, es posible que seamos padres...

Eva se atragantó con la comida, se dio unos golpes en el pecho, tosió ruidosamente y dio un sorbo de agua directamente de la botella.

–¿Estás bien...? –preguntó Daniele, quien estaba medio levantado para acudir en su ayuda.

–No –ella se rio levemente y volvió a toser–. Creía que habías dicho algo sobre ser padres.

–Lo he dicho. Si vamos a casarnos, dormiremos en la misma cama.

–¿Y no crees que deberías habérmelo dicho?

–No he creído que hubiese necesidad de decirlo con todas las letras. Las parejas casadas duermen juntas, tesoro, y yo voy a dormir contigo –contestó él con un brillo en los ojos–. Que durmamos juntos es otro aliciente para que nos casemos.

–No quiero tener relaciones sexuales contigo.

Él se rio en vez de ofenderse.

–Creo que esa es la primera mentira que me has dicho. No puedes negar que te atraigo.

–Si me atrajeras, no habría rechazado tu oferta de tomar la última copa.

–Si no te atrajera, no habrías titubeado antes de rechazarla. ¿Crees que no sé cuándo me desea una mujer? Sé interpretar el lenguaje corporal y tú das todas las muestras de ser una mujer que reprime el deseo y lo entiendo, no puede ser fácil reconocer que deseas a un hombre que te disgusta tanto.

–¿Siempre has sido tan ególatra?

–He tenido que ejercitarme durante años, pero por fin lo he logrado. Además, todavía no has negado que te atraigo.

–No me atraes.

–¿Dos mentiras en dos minutos? Eso no está bien para ser una mujer que va a ser mi esposa.

–No he aceptado...

–Todavía, pero aceptarás. Los dos lo sabemos.

–Quiero dejarte clara una cosa, si acepto casarme contigo, no tendré relaciones sexuales contigo.

–Yo también te dejaré clara una cosa, cuando nos casemos dormiremos en la misma cama. Que tengamos relaciones sexuales en esa cama o no, dependerá de ti.

–¿No vas a imponer tus derechos conyugales?

–No hace falta que los imponga. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero hay atracción entre nosotros y aumentará cuando estemos bajo las mismas sábanas.

–¿Intentarás obligarme?

Su atractivo rostro reflejó un disgusto muy profundo.

–Jamás. No puedo prometer que no vaya a intentar seducirte, eres una mujer muy sexy y tendría que ser un santo para no intentarlo, pero respeto la palabra «no». En cuanto la digas, me daré media vuelta y me dormiré.

Estuvo a punto de preguntarle si pensaba tener una amante. Lo razonable era que si ella no iba a tener relaciones sexuales con él, las tendría con otra mujer.

Sin embargo, eso era un asunto distinto y la intuición le decía que era mejor dejarlo como estaba. Ella había pasado seis años sin acostarse con nadie y no lo había echado de menos. Había echado de menos los abrazos, pero no el sexo, algo que, en el fondo, siempre le había defraudado. No entendía que la gente le diera tanta importancia, pero se la daban, y esperar que Daniele se refrenara era como esperar que un león hambriento no se comiera a un cervatillo cojo que pasaba por delante de él.

–Si acepto, querré seguir trabajando.

Si él podía enumerar sus exigencias, ella también.

–No necesitarás trabajar.

–¿Vas a dejar de trabajar tú?

Él arqueó las cejas y ella se dio cuenta, distraídamente, de que eran unas cejas muy bonitas.

–No necesitas trabajar –siguió ella–. Podrías jubilarte en este momento y no te faltaría nada el resto de tu vida.

–¿Quieres trabajar? –le preguntó él.

–Me encanta mi trabajo.

Él frunció el ceño pensativamente antes de hablar lentamente.

–Ya no podrás trabajar en el campamento.

A ella se le cayó el alma a los pies. Le encantaba trabajar en el campamento. Podría decirse que su trabajo era administrativo, pero era mucho más, era útil. Había aprendido cosas que no habría aprendido en ningún otro sitio y, a su manera, había sido crucial para muchas personas que lo habían perdido todo.

–No puedo dejarlo –susurró ella.

–¿Por qué? La organización perderá una empleada, pero ganará tres millones de dólares al año y el sueldo que tú puedas perder se compensará sobradamente con la asignación que recibirás de mí.

–No se trata del dinero.

–¿De qué se trata?

Eva tomó aire. ¿Cómo podía explicarle que el trabajo en el campamento le había dado un sentido? Había encontrado esperanza en medio de tantas privaciones y justo cuando había estado segura de que no le quedaba esperanza. Además, aunque encontrara las palabras, a Daniele le

daría igual. Para él, el dinero estaba en el centro de todo, para él, casarse significaba que heredaría más riqueza todavía.

Eso hizo que tomara una decisión, y lo miró fijamente.

–Cinco millones al año. Esa es la cantidad que tendrás que pagar a mi organización si quieres que me case contigo. Además, lo quiero por escrito, en un documento legal.

–Formará parte de nuestro contrato prematrimonial –replicó él sin parpadear.

–Mi abogado le dará el visto bueno.

–Claro.

–Necesito avisar con un mes de antelación...

–No –le interrumpió él en tono tajante–. Es demasiado tiempo. Hay que organizar muchas cosas y no pueden esperar. Quiero que nos casemos en Italia lo antes posible. Les comunicarás a tus jefes que lo dejas inmediatamente o me quedo el maletín y me busco otra esposa.

Él debió de notar la expresión de indignación de ella ante la advertencia, nada sutil, de que podría encontrar fácilmente otra esposa y, probablemente, mucho más maleable.

–Me ocuparé de que alguien apto ocupe tu lugar hasta que puedan encontrarte un sustituto permanente –añadió él.

–¿Y si no encuentras a nadie apto?

–Lo encontraré –Daniele lo dijo con una seguridad tan arrogante que ella tuvo ganas de darle una bofetada–, pero mañana, en cuanto entregue el dinero, quedarás comprometida para casarte conmigo. No podrás echarme atrás.

–No me echaré atrás siempre que mi abogado acepte que el contrato prematrimonial es inquebrantable.

–Entonces, ¿trato hecho? ¿Te casarás conmigo? ¿Dejarás el trabajo y me acompañarás mañana a Italia?

–Tengo que pasar por mi casa antes de ir a Italia.

Él tamborileó con los dedos en la mesa para expresar su impaciencia.

–¿Cuál es la excusa para eso?

–Tú eres italiano, pero a mí me considerarán una forastera. He trabajado en el ministerio de Asuntos Exteriores y sé de lo que estoy hablando. Tengo que pasar por mi casa de La Haya para recoger los documentos que me pedirán las autoridades de tu país.

–Mandaré a alguien para que las recoja.

–No voy a dejar que un desconocido rebusque entre mis cosas.

Él la miró detenidamente antes de asentir con la cabeza

–Muy bien, te llevaré antes a Países Bajos, pero nada más, no voy a permitir más retrasos. ¿Significa esto que estamos de acuerdo? ¿Les digo a mis abogados que redacten el contrato prematrimonial?

Eva se aclaró la garganta al notarla seca e intentó no hacer caso de todas las objeciones que le retumbaban en la cabeza. ¿Qué importaba que estuviera aceptando un matrimonio frío y sin sentimientos cuando llevaba seis años de una vida fría y sin sentimientos? Casarse con Daniele significaba que Blue Train Agency se beneficiaría generosamente de su dinero, algo mucho más ventajoso que tenerla a ella de empleada de poca categoría. Como había dicho Daniele hacía un rato, casarse con él significaba que todos salían ganando.

Sin embargo, una voz le repetía en la cabeza que para que hubiera un ganador también tenía que haber un perdedor.

¿Cómo podía ser ella la perdedora? No iba a darle a Daniele el corazón, solo su presencia

física. Si no iba a darle nada de sí misma, ¿cómo podía ser la perdedora?

No hizo caso a esa voz y lo miró a los ojos con el frío corazón golpeándole en las costillas.

–Sí, estamos de acuerdo.

–¿Te casarás conmigo?

Eva borró la imagen de Johann que le había aparecido en la cabeza y asintió.

–Dilo –le ordenó Daniele.

–Sí, me casaré contigo.

Él levantó las comisuras de los labios, pero fue más una mueca que una sonrisa.

–Entonces, propongo que bebamos algo para ahogar las penas.

Daniele miró el reloj y suspiró. El dinero estaba en manos de los atónitos jefes de Blue Train Agency, habían aceptado a la sustituta provisional de Eva con solo mirar por encima su currículum y sus abogados esperaban tener redactado el contrato prematrimonial antes de que aterrizaran en Europa. Su conductor había metido la mochila de lona de Eva en el maletero del coche y ya se había concluido todo el papeleo para que dejara su empleo, ya deberían haberse marchado de ese campamento dejado de la mano de Dios, pero Eva había desaparecido después de farfullar algo sobre despedirse. Él se había imaginado que sería cuestión de minutos, pero llevaba casi una hora.

Aceptó otro café con color de fango de una empleada que se ponía como un tomate cada vez que él la miraba y esbozaba una sonrisa forzada. Solo quería largarse de ese sitio que hacía que se odiara a sí mismo por haber nacido con tantos privilegios. Aunque nunca se lo reconocería a Eva, habría donado esos millones en efectivo aunque ella hubiese rechazado la propuesta.

Eva apareció en el precario edificio donde se había refugiado justo cuando estaba terminándose ese líquido repugnante, y decidió que tendría que añadir a la donación un suministro de café decente para toda la vida.

–¿Lista?

Él lo preguntó en un tono que dejaba muy claro que si no estaba lista, se la echaría a un hombro y se la llevaría.

Ella asintió con la cabeza. No había cruzado más de dos palabras con él desde que llegó al campamento a media mañana, y tampoco lo había mirado a los ojos.

–Entonces, vámonos.

El coche estaba cerca. El conductor los vio acercarse y abrió la puerta del acompañante.

–¡Eva!

Los dos miraron hacia atrás y vieron a tres adolescentes que se acercaban corriendo y hablando sin parar en español.

A Eva se le iluminó el rostro.

Fue abrazándolos con fuerza y, aunque ellos fingieron fastidio, les dio un beso en la mejilla y les revolvió el pelo. No se montó en el coche hasta que los había abrazado otra vez.

Daniele se montó detrás de ella y dio un golpecito en el cristal de separación para que el conductor se pusiera en marcha inmediatamente.

Los chicos fueron corriendo al lado del coche mientras salían del campamento y agitaban las manos y mandaban besos, que Eva devolvía uno a uno.

Entonces, cuando llegaron a la carretera y el campamento quedó atrás, Daniele vio una lágrima solitaria que le caía por la mejilla.

Capítulo 4

EVA entró en el pequeño apartamento que había compartido con Johann y sintió una opresión en el pecho.

Recorrió lentamente la sala y vio el polvo que flotaba en el aire. No lo había pisado desde hacía un año y tampoco lo había vivido de verdad desde hacía cuatro. Sabía que debería venderlo o, al menos, alquilarlo, pero no reunía las fuerzas.

Las fotos seguían donde las había dejado. Tomó una del antepecho de la ventana y levantó más polvo. Era una foto de Johann y ella en la nieve. Ni siquiera la gruesa ropa de invierno podía disimular la delgadez de Johann. Los dos parecían muy jóvenes, y eran muy jóvenes, solo tenían diecinueve años cuando sacaron la foto.

Dio un beso al cristal y volvió a dejar el marco donde estaba, dejó a un lado los recuerdos que se le arremolinaban en la cabeza y no hizo caso de las ganas de quitar el polvo y pasar la aspiradora. Había prometido a Daniele que no tardaría más de diez minutos.

A él no le había gustado que se empeñara en que la esperara en el coche, pero ella no quería que fuera a su apartamento. Era el sitio donde Johann y ella habían formado un hogar cuando eran poco más que unos chicos que jugaban a ser adultos, que no tenían ni idea de lo que suponía, que iban aprendiendo sobre la marcha, hasta que clavaron un clavo en la pared de la cocina para colgar un cuadro sin saber que los cables de electricidad pasaban por detrás y empezaron a recibir descargas eléctricas cada vez que tocaban el grifo o la nevera. El electricista, que consiguieron pagar después de rascarse hasta el último céntimo de los bolsillos, les dijo seriamente que habían tenido mucha suerte, que si alguno hubiera tocado el clavo, se habría electrocutado.

Todavía, incluso en ese momento, no podía creerse que hubiese tenido tanta suerte. ¿Qué probabilidades había de que hubiese colgado el cuadro sin tocar al clavo? Entonces, lo había considerado una prueba de buena suerte, una manifestación de que había acertado al escaparse con él.

Sin embargo, su buena suerte se había acabado.

Suspiró, bajó la maleta de encima del armario y la llenó con las pocas prendas de abrigo que tenía. La nieve ya estaba cubriendo las calles y el tiempo era el opuesto al que había dejado en Caballeros.

No se llevó nada más. Cuando aceptó la propuesta de Daniele, había sabido que no sería nada definitivo, pero sí estaba segura de que podría aguantarlo unos años.

El *castello* de Daniele era casi idéntico a como se lo había imaginado y estaba en lo alto de una

de las muchas colinas de la Toscana. Estaba cayendo la noche y las pocas luces que estaban encendidas le daban un aire algo fantasmagórico. Si pensaba en el aspecto que tendría con todas las luces encendidas en plena oscuridad, podía entender de dónde sacaba el nombre. Castello Miniato, el castillo iluminado, se habría visto a muchos kilómetros de distancia en los tiempos medievales. Lo que había sido un castillo majestuoso de un resplandeciente color salmón estaba a punto de ser una reliquia ruinosa.

—¿Estás restaurándolo? —preguntó ella cuando se bajó del coche en el patio y vio unos andamios.

—Mi hermano empezó un programa de restauración. Terminó el ala sur y ahora tengo que pensar lo que quiero hacer con el resto —contestó él sin disimular la falta de entusiasmo.

—¿No te gusta?

—Prefiero la arquitectura moderna —Daniele se encogió de hombros—. Si pudiera, lo tiraría y empezaría de cero.

Eva lo siguió a través de una amplia puerta de roble y entró en una habitación de techos altos que, pese al tamaño y la grandiosidad, tenía un aire frío y húmedo.

La diferencia de temperatura con el Caribe no le había importado hasta ese momento. El frente frío había entrado en Europa y la Toscana esperaba que nevara próximamente, pero ella no había notado el frío en los huesos hasta que había entrado en el salón del castillo.

—El cocinero nos ha preparado algo de comer —comentó Daniele mientras se frotaba las manos—. Te enseñaré nuestros aposentos.

Lo siguió un rato hasta que abrió una puerta que daba a un pasillo amplio con ventanas altas y anchas.

—Estos son los aposentos de la familia —Daniele señaló hacia una puerta—. Esa es mi habitación, que será nuestra habitación cuando estemos casados —él esbozó un atisbo de sonrisa—. Naturalmente, si quieres que sea nuestra habitación antes, serás bienvenida...

Ella también esbozó una sonrisa que le indicó claramente que el infierno se congelaría antes.

—¿Cuál es mi habitación?

—Elige la que quieras. Serena, que dirige el castillo, ha hecho que todas las habitaciones estén preparadas. La única vedada es la de Francesca —él señaló otra puerta—. Si quieres quedarte viuda, dile a mi hermana que te he dejado que durmieras en su habitación. Me mataría.

—¿Francesca vive aquí?

Hasta ese momento, hasta que ya estaba allí, no había caído en la cuenta de que no sabía nada sobre Daniele y su familia. Todo lo habían negociado en Caballeros, donde los castillos medievales o los árboles genealógicos no habían salido en la conversación.

—No, pero viene mucho de visita. Todos tenemos llaves y se ha acordado desde hace mucho tiempo que cualquier integrante de la familia puede venir cuando quiera y quedarse el tiempo que quiera. Francesca pasa más tiempo que cualquiera de nosotros. Supongo que eso cambiará ahora que va a casarse y a mudarse a Roma.

—Su prometido parece agradable.

En realidad, el prometido de Francesca, un especialista en cuestiones de seguridad que estaba encargado de la seguridad de la obra del hospital en Caballeros, le había parecido bastante aterrador.

—Creo que «agradable» no es la palabra que estabas buscando —Daniele resopló—, pero la cuidará y eso es lo único que me importa.

—¿Tu hermana y tú estáis unidos?

Él lo pensó y asintió con la cabeza.

–La has conocido, ¿no?

–Sí, y me cayó bien.

–Me alegro porque mañana vas de compras con ella.

–¿Para qué?

Él miró con los ojos entrecerrados la ropa que llevaba, los vaqueros desgastados y el grueso jersey de lana.

–Ropa. A Francesca le encanta gastarse mi dinero y está encantada de ayudarte a que tú también te lo gastes.

–¿Tu dinero? Todavía no estamos casados.

–Estás aquí –él sonrió levemente–. Has dejado tu trabajo y, a juzgar por todo lo que te he visto puesto, necesitas ropa nueva. Recibirás la asignación el día que nos hayamos casado, pero, hasta entonces, te daré una tarjeta de crédito. Tenemos una cita en tu consulado por la *nulla osta*.

La *nulla osta* era un documento legal que necesitaba ella para demostrar que no había ningún impedimento para que se casaran.

–Luego, tenemos otra cita en el registro para comunicar la boda. Francesca se reunirá allí con nosotros y te llevará de compras cuando hayamos acabado. Conoce las mejores tiendas de Florencia.

Eva decidió que no iba a advertirle a Daniele de que no había ninguna posibilidad de que le dieran la *nulla osta* a la primera. Ya comprobaría que una cosa era querer que se casaran inmediatamente y otra que eso fuese a suceder. Entonces, pensó en su penoso guardarropa, que casi no había ni llenado su maleta, e intentó acordarse de la última vez que salió a comprarse ropa. Fue antes de que entrara en la Blue Train Agency. El trabajo con ellos exigía ropa práctica y lo único que se había comprado había sido para reemplazar algo que se había desgastado. No recordaba la última vez que se puso algo que no fueran vaqueros o pantalones cortos.

–Elige la habitación que quieras –repitió él cuando ella no contestó con palabras–. Aquella puerta del fondo del pasillo da a una zona de estar donde cenaremos esta noche.

–¿Hay alguna otra habitación vedada?

–No. Francesca es la única que ha conservado su cuarto como su territorio personal. Mi madre me ha comunicado que no volverá a dormir aquí. Si viene de visita, irá a su villa de Pisa. Pietro durmió aquí por última vez el día de su boda –contestó Daniele arrugando la nariz como si algo oliera mal.

–¿Vamos a vivir aquí?

Ella sabía que Daniele tenía más casas, pero si iban a quedarse allí, efectivamente, tenía que ir de compras. La ropa de abrigo que había llevado no le abrigaría lo suficiente salvo que se la pusiera toda a la vez.

–Solo hasta que se haya resuelto el papeleo y me declaren propietario legal. Elige una habitación y ponte cómoda. Nos veremos para cenar dentro de media hora.

Daniele abrió la puerta de su dormitorio y desapareció dentro. Una vez sola, miró las puertas del lado derecho del pasillo y eligió la que estaba más lejos de la de Daniele.

Le serviría perfectamente las próximas tres o cuatro semanas. Ya se preocuparía por tener que dormir con Daniele cuando llegara el momento.

A la mañana siguiente, salieron temprano hacia el consulado en Florencia. Para mayúsculo

asombro de Eva, les dieron la *nulla osta* inmediatamente y un funcionario que hablaba italiano tradujo las copias de los otros documentos para que no hubiese retrasos innecesarios. La sonrisa jactanciosa de Daniele cuando salieron de edificio hizo que ella sacudiera la cabeza y que volviera a sentir esa sensación de no saber si reírse o llorar.

–¿A quién tuviste que sobornar para que lo hicieran? –le preguntó ella cuando ya estaban en el coche camino del registro.

–A nadie. Me limité a hacer unas llamadas antes de salir –él le sonrió–. Cuando quiero algo, no acepto un «no» por respuesta.

–Eso he visto –murmuró ella.

Su eficiencia para conseguir que se hicieran las cosas era pasmosa. Eva lo había comprobado cuando se reunió con él para cenar y se encontró un borrador del contrato prematrimonial ya impreso. Daniele había cumplido su palabra hasta el más mínimo detalle. Después de la cena, le había dado un plano del castillo con todas las alas señaladas y pequeños comentarios como «No entres en esta ala salvo que estés empapándote por la lluvia». Esa consideración espontánea la había asombrado más que cualquier otra cosa.

El recorrido al registro era tan corto que cuando aparcaron, ella pensó que habría sido más rápido ir andando. El registrador los saludó y los llevó a su despacho, donde se olía al café recién hecho de una cafetera que estaba en un aparador.

Eva se preguntó, por enésima vez desde que se había reunido con Daniele en la terraza de su suite, si habría caído en un torbellino. Allí estaba, organizando la boda con un hombre al que no conocía casi y que le caía muy mal, pero no le parecía de verdad, era como si se hubiese separado de su cuerpo y estuviese viendo algo que le pasaba a otra persona.

Daniele estaba empeñado en seguir y esbozó una sonrisa forzada cuando el registrador, un hombre lento y minucioso, preguntó a Eva en un inglés titubeante si necesitaba un traductor.

–Está bien en italiano si no le importa hablar despacio –contestó ella en un impecable italiano.

El registrador sonrió y comprobó con atención el *nulla osta* que le había dado ella.

–Parece correcto. ¿Tienen los pasaportes?

Se los dieron y Eva también le dio los documentos traducidos. Él los inspeccionó con el mismo cuidado. Una vez hechas las copias, las juntó en un montón y se las devolvió.

Daniele lo tomó y abrió el pasaporte que estaba en lo más alto para ver de quién era. Vio que era el de Eva y se lo entregó. Iba a entregarle los demás documentos, que no había mirado hasta ese momento, cuando se fijó en el que estaba primero.

Lo ojeó en silencio y el corazón empezó a retumbarle en el pecho durante el resto de la reunión, durante el mensaje que le había mandado su hermana para decirle que ya había llegado al edificio y durante todos los trámites que le permitirían casarse con Eva Bergen, antes, Eva van Basten.

Cuando Francesca y Felipe se unieron a ellos en la habitación el corazón estaba a punto de salirse del pecho. No había tenido ni la más remota idea de que esa hermosa y gélida mujer que había elegido como esposa era una viuda.

–¿Qué te parece? –preguntó Eva a la mujer que iba a convertirse en su cuñada dentro de cinco días.

Cinco días.

El registrador había consentido que la boda solo se anunciara durante cinco días, y a ella le costaba creerse que fuese a suceder tan deprisa. Había esperado tener que esperar unas semanas y

que tuviera tiempo de hacerse a la idea.

Tenía que tener mucho cuidado con Daniele. Ese hombre no era solo un mago, podía conseguir que sucediera cualquier cosa.

En cuanto terminó la reunión, Daniele le había dado una tarjeta de crédito y una llave del castillo, había dicho algo sobre su trabajo y había desaparecido en su coche.

Ella, perpleja por esa brusquedad, lo había observado mientras se alejaba y se había quedado convencida de que se había enfadado por algo. Hasta que Francesca se la llevó de compras y ella se olvidó de Daniele, o lo intentó. Faltaban cinco días para que fuese su marido. Para bien o para mal, iban a quedar legalmente atados. De repente, todo le pareció muy real.

En ese momento, estaba en el probador de una tienda increíblemente cara y rodeada de un montón de ropa de todos los colores, formas y telas. Agradecía la presencia de Francesca y su refinado sentido de la elegancia.

–¿Cuándo te mudas a Roma? –le preguntó Eva mientras se desabotonaba una camisa de seda azul eléctrico que le había encantado.

La había rechazado cuando vio la etiqueta del precio, pero Francesca había insistido y le había recordado que el dinero que iba a pagar esas compras se había ganado de forma legal. Aun así, no se podían superar veintiocho años de austeridad en una sola salida de compras.

–Íbamos a mudarnos este fin de semana, pero vamos a esperar a después de vuestra boda – Francesca agarró las manos de Eva para que dejara de desabotonarse la camisa–. Déjate la puesta, estás fantástica.

–¿Me dejarán...?

–Llevas la tarjeta de crédito de Daniele en el bolsillo y puedes hacer lo que quieras.

Eva se rio. Francesca le caía muy bien.

–Voy a pasar frío.

–Entonces, buscaremos un abrigo que le vaya bien. Póntela con los vaqueros negros y las botas negras.

Los vaqueros negros no se parecían nada a los vaqueros que solía llevar. Eran muy ceñidos y teñían pequeños brillantes alrededor de los bolsillos. Las botas tampoco se parecían a nada que se hubiera puesto en su vida, le llegaban hasta las rodillas y tenían unos tacones de diez centímetros. Su madre habría dicho que era un calzado de furcia. Su madre se pondría morada si pudiera verlos y luego le daría un ataque al corazón cuando viera el precio. ¿Cómo reaccionaría Daniele cuando la viera con una ropa tan distinta?

–¿Has pensado en el traje de novia que quieres? –le preguntó Francesca.

¿A quién le importaba lo que pensara de la ropa que se había comprado y de cómo le quedaba? A ella, no.

Sin embargo, lo que veía en el espejo eran sus mejillas sonrojadas...

–Ya encontraré algo –murmuró Eva para centrarse en la pregunta de Francesca.

Como no había querido pensar en la ceremonia, tampoco había pensado en lo que llevaría puesto cuando diera el «sí, quiero».

–Puedo llevarte a una tienda de ropa de novia preciosa que hay en Pisa. Allí encontré mi traje de novia. ¿Puedo ser tu dama de honor?

–No creo que vaya ser una boda así...

–No seas boba. Una boda es una boda y quién sabe, es posible que Daniele y tú acabéis enamorándoos. Sería fantástico.

Eva se quedó tan atónita que solo pudo mirarla con la boca abierta durante un rato.

–¿Lo sabes...?

–¿Que Daniele está pagándote para que te cases con él? Sí, lo sé. Felipe también lo sabe, y nuestra madre –añadió como si se hubiese acordado de repente.

–¿No os importa?

–Tenemos que conservar el castillo en la familia. Es más importante que nunca después de lo que han hecho Matteo y Natasha.

–¿Matteo? ¿Tu primo el médico?

Francesca asintió con la cabeza con un gesto sombrío, con el mismo gesto que ponía su hermano cuando pensaba en algo que no le gustaba.

–¿No te lo ha contado Daniele?

–¿El qué...?

–Matteo está teniendo una aventura con Natasha, la esposa de Pietro, y están esperando un hijo.

–¿De verdad? –preguntó Eva con la boca abierta.

–Nos enteramos la semana pasada, salió en todos los periódicos.

–No leo las noticias –replicó Eva mientras las piezas iban encajando.

Daniele y Matteo en Caballeros. La nariz machacada de Daniele. Su mal humor...

–¿La semana pasada? –siguió Eva–. ¿Matteo y Daniele se pelearon por eso?

–Sí. Es una traición. No me atrevo a verlo. Creo que vomitaría antes de darle un puñetazo. Era como un hermano para nosotros. Natasha... todos la queríamos. Creíamos que también nos quería. Nos han traicionado –Francesca tomó aire, parpadeó varias veces y entonces sonrió–. Me alegro mucho de que hayas aceptado casarte con Daniele. Sé que puede ser un cerdo, pero no es malo del todo. Además, al casarse contigo, el castillo se queda en nuestro lado de la familia. Si no, si Matteo se casa con Natasha, sería el siguiente en la línea hereditaria.

Eva tragó saliva y se acordó de la visita de Francesca a Caballeros para comprar el terreno donde construir el hospital. La había conocido allí y le había encantado contarle todo lo que sabía sobre el país y que pudiera ayudarle. Entonces, en aquella reunión, se enteró de que Daniele construiría el hospital y Matteo proporcionaría el material médico y supervisaría la contratación de los médicos y enfermeras que trabajarían allí. Había visto a los dos hombres juntos y había presenciado cómo bromeaban con naturalidad y familiaridad. La familia había dejado a un lado el dolor por la muerte de Pietro y se había unido para sacar adelante el hospital, pero, en ese momento, se había roto.

Por primera vez, sintió una punzada de lástima por Daniele. Era humano y sentía dolor.

Su hermano había muerto y también había perdido al primo al que había estado tan unido como a un hermano.

Capítulo 5

DANIELE seguía presente en su cabeza cuando Francesca y Felipe, que había estado esperándolas en un café, la dejaron en el castillo a última hora de la tarde. Lo había estado durante todo el día, como una sombra de la que no podía deshacerse.

Felipe insistió en llevarle las bolsas, pero los dos negaron con la cabeza cuando les preguntó si querían quedarse a beber algo.

–Gracias, pero tenemos que ir a un sitio –contestó Francesca mirando fijamente a su prometido.

Eva supuso que «un sitio» era la cama. Su amor y deseo evidentes hicieron que sintiera otra punzada, de envidia esa vez. Ella había estado enamorada una vez, de Johann, y había sido tan dulce como un paquete de donuts cubiertos de azúcar, pero el deseo había brillado por su ausencia.

Se mordió el labio inferior. No tenía sentido desear algo que no había sentido nunca y que, seguramente, no entraba en su naturaleza.

Sin embargo, pensó en el hombre con el que iba a casarse y algo se le despertó en las entrañas. Sin duda, era el hombre más atractivo que había conocido. Era tan guapo como esos hombres que, cuando era una adolescente, salían en los carteles que habría querido clavar en la pared para poder mirarlos todo el tiempo.

Una vez, su hermana Tessel había puesto un cartel en la pared de cuarto que compartían. Recordaba que le había suplicado que lo quitara antes de que lo viera su madre, pero Tessel había sido valiente hasta la tozudez y lo había dejado. Ella siempre había aprendido de los errores de su hermana. Bueno, casi siempre. Había tantas reglas que había sido inevitable infringir alguna de vez en cuando.

Dejó de pensar en eso y sacó el plano que le había dibujado Daniele del fondo del bolso que Francesca se había empeñado que se comprara. Se fijó en que escribía con mayúsculas, pero no supo muy bien por qué notaba un cosquilleo en las entrañas solo por ver su letra.

Necesitó tres viajes al dormitorio para llevar todas las bolsas y tumbarse encima de la cama. Sedienta, volvió a mirar el plano y comprobó que el camino más corto a la cocina era a través de la enorme zona de estar de la familia. Quizá encontrara a alguien allí, por ejemplo, al cocinero que les había hecho la cena y la bollería que había comido esa mañana antes de que se fueran a Florencia.

El cosquilleo se convirtió en un zumbido cuando vio que Daniele estaba a la enorme mesa del comedor donde habían cenado la noche anterior. Llevaba un grueso jersey azul marino y tenía la cabeza inclinada sobre un rollo de papel con toda una serie de lápices y bolígrafos delante de él.

Se quedó en la puerta cuando una repentina timidez le impidió entrar. Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, estaba absorto. Nunca se había imaginado que pudiera quedarse tan quieto.

Giró la cabeza justo cuando estaba preguntándose si debería toser o hacer algo parecido. Ella vio que algo le vibraba en los ojos cuando la miró fijamente antes de que se llevara las manos a las orejas para quitarse los auriculares que tenía conectados al teléfono.

–Perdona, pero no te había oído. Siempre oigo música cuando estoy trabajando, pero todavía no he instalado un equipo aquí. ¿Has vuelto hace mucho?

–Veinte minutos. ¿Estoy interrumpiéndote?

–No, en absoluto –él se levantó la manga para mirar el reloj y ella pudo ver un antebrazo muy masculino cubierto de vello oscuro–. No sabía que era tan tarde. ¿Qué tal las compras?

–Muy bien.

Eva desvió la mirada de su antebrazo y vio que él la miraba de arriba abajo con una intensidad que hizo que le bullera la sangre en las venas. Levantó la barbilla, nerviosa, pero decidida a que él no lo notara.

–Lo siento, he pasado más tiempo del que tenía previsto.

No había sabido, cuando salió de compras, que Francesca solo la llevaría a tiendas de diseñadores. En su momento, cuando Francesca la animaba a que gastara dinero como si el mundo fuese a acabarse, se había dejado arrastrar, pero, en ese momento, tenía un caso grave de remordimiento de la compradora.

Daniele se encogió de hombros y se estiró un poco. Había pasado cuatro horas inclinado sobre la mesa y le dolía la espalda, pero la vuelta de Eva lo había reanimado, y estaba increíble con la ropa nueva. Estaría mejor todavía si se soltase el pelo, algo que él estaba deseando hacer en sentido literal y metafórico.

–Es parte de nuestro trato. Tienes una tarjeta de crédito ilimitado para que gastes en lo que quieras.

–Tu hermana va a llevarme mañana a Pisa para que me compre un traje de novia. Después, no tendré que comprar nada más durante mucho tiempo.

–Tener que no es lo mismo que querer...

Él, malhumorado, se preguntó si se habría puesto un traje de novia con Johann. Había estado pensando de mala gana en ese hombre durante horas, hasta que había acabado poniéndose los auriculares y se había entregado al plano de rehabilitación del teatro donde tenía la sede la Orquesta Nacional de París.

–Soy uno de los hombres más ricos de Europa. Cómprate lo que te apetezca, es parte del trato.

–Ser rico no significa que esté bien despilfarrar.

¿Había sido una pulla intencionada? Trabajaba mucho para ganar el dinero, ¿por qué no iba a disfrutar del fruto de su trabajo?

–Pareces una puritana.

Su precioso rostro se puso tenso y sus mejillas se sonrojaron.

–No hace falta ser una puritana para creer que está mal despilfarrar.

–Es posible –reconoció él–, pero si tienes dinero, gastarlo está bien para todo el mundo. Estimula la economía y se filtra hacia abajo.

Ella ladeó la cabeza como si estuviese pensando lo que había dicho, arrugó la nariz, se encogió de hombros y entró en la habitación. Él volvió a mirarla de los pies a la cabeza. Sus ceñidos vaqueros nuevos resaltaban sus curvas, como si fuese una escultura de Bernini. Si no hubiese sido por el color de las mejillas, podría haber llegado a pensar que estaba hecha de mármol. Notó la presión entre las piernas cuando se imaginó la verdadera textura. Cuando la tuviese desnuda, comprobaría esa textura y su color natural...

–No soy economista, solo soy una mujer que ha vivido y trabajado con algunas de las personas más pobres de la tierra.

Él hizo un esfuerzo para dejar de imaginársela desnuda, faltaba poco para que no tuviera que imaginársela...

–Casarse conmigo implica que esas personas se benefician de mi dinero.

–Por eso acepté.

–¿Tu abogado se ha leído el contrato prematrimonial?

–Sí, y me ha aconsejado que lo firme.

–No me extraña.

Él había dado instrucciones a su abogado para que redactara un contrato lo más sencillo y conciso posible. Le espantaban las cláusulas complicadas que, en teoría, eran garantías, pero que a él le parecían una exhibición de los conocimientos legales del redactor. El contrato prematrimonial tenía tres cláusulas y se ceñía a lo que habían acordado en Aguadilla.

–Hay una cosa...

–¿Qué? –preguntó él cuando ella se calló y miró al suelo.

–No dice nada sobre que durmamos en la misma cama.

–¿Quieres que lo ponga? –preguntó él sin salir de su asombro.

–No –contestó ella sacudiendo la cabeza y la coleta.

–¿Estás segura? Podemos dejar dicho que tú y yo dormiremos en la misma cama mientras estemos casados si quieres que lo cumpla.

Ella cruzó los brazos y se tapó la camisa de seda nueva con el grueso jersey nuevo. Era una camisa que le quedaba increíblemente bien y se preguntó si ella sabría hasta qué punto el corte y la tela le resaltaban la abundante redondez de los pechos. El efecto se disimulaba con los brazos cruzados, pero era una mujer sexy y la recompensa por casarse era que dormiría con ella todas las noches, lo que significaba que el vértigo de solo pensarlo se mezclaba con el miedo por perder la libertad.

–Es que daba por supuesto que lo pondrías en el documento –murmuró ella.

–Es un acuerdo privado entre tú y yo, dí por supuesto que podía confiar en que cumplirías tu parte. ¿Estás diciéndome que no puedo?

Por primera vez desde que la había conocido, parecía azorada de verdad, pero, aun así, lo miró a los ojos con un gesto desafiante.

–Cumpliré mi parte del trato.

–Entonces, no hay nada que decir sobre el asunto. Le diré a mi abogado que venga temprano por la mañana para que lo firmemos.

Ella asintió con la cabeza con los brazos todavía cruzados y pasó a su lado hacia la puerta que daba a la cocina.

–¿Cuándo vas a decirme que has estado casada? –preguntó él a la espalda que se alejaba.

Ella se paró en seco y se dio la vuelta muy despacio. Su rostro era una máscara inexpresiva.

–Dijiste que no querías saber nada de mi pasado.

Él tampoco se inmutó, aunque tuvo que reconocerse a sí mismo que ella tenía razón. Era algo que había estado pensando mientras ella estaba de compras. Eva era tan fría con él que había llegado a creer que era igual con todo el mundo, aunque había visto con sus propios ojos que podía ser cariñosa con la gente que le caía bien, como aquellos chicos que habían ido a despedirla en Caballeros. Le había desconcertado descubrir que había estado lo bastante unida a alguien como para casarse con él, pero no sabía por qué.

–Debería haber sabido que has estado casada.

–No soy vidente, no puedo saber lo que crees que deberías saber cuando, como acabo de decir, me dijiste expresamente que no te interesaba saber nada sobre mí.

Y él que había creído que su hermana reaccionaba rápidamente... La diferencia entre ellas era que Francesca le habría soltado de todo y Eva mantenía una calma gélida que era hermosa e irritante a la vez. Realmente, podría ser de mármol.

Se dio cuenta de que tenía los dientes apretados con todas sus fuerzas y se concentró para relajarse y replicar con cortesía, para demostrarle que no era la única que podía resultar gélida.

–¿Hay algo más sobre ti que sea importante y que debería saber?

Eva arqueó ligeramente una ceja, pero mantuvo la actitud defensiva.

–¿Cómo puedo saber lo que consideras importante?

Quiso preguntarle si se había casado con Johann por amor, pero no lo hizo, no era importante. Era tan poco importante que no podía entender por qué lo había pensado siquiera. En cambio, aligeró el tono para sacarlos de ese territorio tan peligroso.

–¿Tienes antecedentes penales?

Ella, en vez de negarlo inmediatamente, como había esperado él, titubeó antes de sacudir la cabeza.

–No pareces muy segura –comentó él.

–No tengo antecedentes penales –replicó ella con más firmeza mientras señalaba la puerta–. Voy a hacerme un café, ¿quieres algo?

–Llamaré a alguien para que nos lo traiga.

–Creo que no hay nadie.

–Hay personal en la cocina.

–Entonces, debería ir a conocerlos. Si voy a vivir aquí durante un futuro inmediato, tengo que conocerlos y conocer al castillo.

–Sigue el pasillo hasta las segundas escaleras, bájalas y a la izquierda. Me temo que el ascensor de servicio está estropeado. Tenemos que arreglarlo, como todo en este maldito sitio.

Ella se encogió de hombros y llegó a la puerta, pero él no pudo contener la otra pregunta que le corroía por dentro.

–¿Qué le pasó a tu marido?

–¿Cómo se murió?

Él asintió con la cabeza. Si no se hubiese quedado tan asombrado al tener el certificado de defunción en sus manos, lo habría leído más detenidamente.

–Un tumor cerebral.

–Lo siento.

Ella tomó aire y arrugó los labios mientras asentía con la cabeza.

–Gracias.

–¿Cuánto tiempo estuvisteis casados? –preguntó Daniele al cabo de un rato.

–Cuatro años.

–Serías muy joven cuando te casaste.

–Los dos teníamos dieciocho años.

Él frunció levemente el ceño. Era una mujer moderna e independiente, ¿por qué una mujer así se casaría tan joven?

Si se lo preguntaba, se lo diría. Tal y como estaba junto a la puerta, sin apartar la mirada azul de él, sabía que le diría todo lo que quisiera saber sobre ella. Si le preguntaba por qué había

titubeado sobre los antecedentes penales, también se lo diría. Le contestaría cualquier pregunta que le hiciera, pero no quería hacerle preguntas, no le hacía falta saber nada que no supiera ya. Sobre todo, no le hacía falta saber si se había casado con Johann por amor.

Para espanto de Eva, los cuatro días siguientes se pasaron volando. Cada vez que miraba el reloj, creyendo que habían pasado unos veinte minutos desde la última vez que lo había mirado, comprobaba que había pasado una hora. No veía mucho a Daniele. Tenía que terminar un montón de trabajo antes de que se dieran el «sí» y la dejaba a su aire mientras él viajaba a París, Hamburgo y a otros sitios que ya no se acordaba. Ella sabía que todo cambiaría cuando se hubiesen casado.

Francesca la llevó a la tienda de trajes de novia en Pisa, como había prometido, y luego la sorprendió cuando la llevó a comer y Vanessa Pellegrini, la mujer que se convertiría en su suegra al cabo de unos días, las acompañó. Para su alivio inmenso, era una mujer tan cálida y hospitalaria como su hija, y era evidente que estaba emocionada porque el hijo que le quedaba fuese a casarse. Si le preocupaba que su hijo estuviese pagándole para que fuese su esposa, no dijo nada.

Eva se pasó el resto de días explorando el castillo y los terrenos de la finca. Los viñedos, como era invierno, estaban sin frutos y apagados, pero podía imaginárselos llenos de uvas gordas y jugosas durante los calurosos meses de verano. Eso, al menos, era algo que le hacía ilusión.

También visitó la capilla privada del castillo, donde iban a casarse. Ella tenía reparos en casarse en un templo, algo que le había comunicado a Daniele después de que hubiesen firmado en contrato prematrimonial. Su réplica había sido despreocupada.

—Si los dos vamos a comprometernos en este matrimonio, no hay hipocresía o sacrilegio.

—Pero no lo creemos.

Él la había mirado fijamente con esos ojos marrón verdoso.

—Mi antepasado Emanuele tercero se casó con Josephine de Bretaña en esa capilla mientras el padre de ella le retorcía un brazo a la espalda para que no saliera corriendo. Lo que vamos a hacer es una menudencia en comparación con eso, y estuvieron casados durante veinte años.

—¿Fueron felices durante veinte años? —había preguntado ella con retintín.

Él corazón se le había encogido solo de pensar en la agonía que tuvo que vivir Josephine. Ella no creía que pudiese aguantar estar casada con Daniele durante veinte semanas, y mucho menos durante veinte años.

Él se había reído fugazmente, pero con ganas.

—No lo creo, pero tú no tienes que estar casada conmigo tanto tiempo. Puedes dejarlo cuando quieras.

—Lo que confirma que no lo creemos. ¿Por qué no podemos casarnos en el registro?

—Porque yo sí lo creo. Vas a ser mi única esposa. Si lo dejas, lo dejas, pero yo no volveré a casarme. Haré que mi madre se sienta feliz al ver que me caso aquí —él se había pasado los dedos por el pelo mientras miraba los frescos del techo—. Sabe Dios que le viene bien un poco de felicidad en estos momentos.

Aquel había sido el final de la conversación.

Después de haber conocido a Vanessa, ella había entendido lo que pensaba Daniele. Vanessa Pellegrini era cálida y afable, pero tenía una tristeza que ella también captaba en los ojos de Francesca. Ponían un gesto imperturbable, pero ella podía ver que la muerte de Pietro les había

desgarrado el corazón. Si Daniele sentía igual que ellas la muerte de su hermano, lo disimulaba muy bien, pero también tenía que sentirlo, ¿no? Ella había comprobado su rabia por la traición de Matteo y Natasha hacia Pietro. Lo había comprobado y lo había curado. Sin embargo, no había vuelto a presenciarlo desde entonces, al contrario, siempre había sido seductor y afable, aunque esa parte sombría... Efectivamente, algunas veces lo miraba y la vislumbra en lo más recóndito de su ser.

Llegó medianoche. Eva vio con una opresión en el pecho que el reloj marcaba esa hora. Ese mismo día, iba a casarse otra vez, dentro de doce horas, se habría desprendido del apellido de Johann y se habría convertido en la señora Pellegrini.

El fuego de la chimenea no servía de gran cosa, se había tapado todo lo que había podido con las gruesas sábanas y estaba todo lo abrigada que podía estar en ese castillo, pero no se quedaba dormida por mucho que lo intentara.

Se puso la bata nueva y los calcetines, pero el suelo estaba frío cuando salió del cuarto para conseguir una bebida caliente. Se quedó atónita con lo que vio a través de las ventanas cubiertas de vapor condensado que había en el pasillo y que no le habían dejado ver las cortinas de su cuarto; estaba nevando.

Maravillada, se apoyó en el antepecho de la ventana, quitó el vapor condensado con la manga y pegó la nariz al cristal para mirar fijamente los viñedos y las colinas cubiertas de un blanco resplandeciente, era una escena mágica y tan bella que hacía que se le encogiera el corazón.

Se abrió la puerta de la sala y apareció Daniele con el pelo enmarañado y un rollo de planos debajo del brazo. Tenía arrugas de agotamiento y una tupida barba incipiente, pero, aun así, se le despertaron todos los sentidos al verlo.

–Creía que estabas acostada –comentó él mientras se acercaba.

El corazón se le aceleró y se cerró más la bata.

–No podía dormir.

–¿Estás emocionada por lo que va a pasar mañana? –le preguntó él arrastrando las palabras.

–Me muero de emoción –contestó ella arrastrando las palabras como él.

Se miraron a los ojos. Saltó esa descarga de electricidad a la que él ya estaba empezando a acostumbrarse y se hizo un silencio que no se rompió hasta que él habló en cierto tono burlón.

–Vas a resfriarte si te quedas ahí mucho tiempo.

–Está nevando.

Él se sentó en el antepecho de la ventana, al lado de ella, y terminó de limpiar el cristal.

–Es verdad. Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que nevió –él soltó un improperio mientras la ventana volvía a empañarse–. Estas ventanas son una vergüenza –Daniele se puso de espaldas a la ventana y estiró el cuello–. Necesito un despacho, no puedo seguir trabajando en la mesa del comedor.

–Tienes cuartos donde elegir.

Ella lo dijo automáticamente, sin utilizar el cerebro, que estaba concentrado en sus muslos cubiertos de tela vaquera y que estaban a unos centímetros de los de ella. Nunca habían estado tan cerca, lo estaban tanto que podía oler hasta el más mínimo matiz de su colonia.

–Todos son fríos y húmedos, la zona de estar es más caliente.

Eva se dio cuenta de que ya no tenía frío. Fuera por la cercanía de él o por alguna reacción extraña dentro de su cuerpo, ya no sentía el frío del castillo. Una oleada ardiente la dominaba por

dentro solo de pensar que al día siguiente se acostaría al lado de él y se aprovecharía de su calor corporal durante toda la noche...

–¿Por qué tu hermano no rehabilitó el ala familiar lo primero? –preguntó ella con una desesperación repentina.

Daniele era demasiado atractivo, era demasiado viril y olía demasiado bien. Daba igual lo mucho que intentara dejarlo al margen, había una parte de ella que reaccionaba a algo de él y tenía que controlarlo.

–Le parecía que el castillo tenía que financiarse solo –contestó Daniele con una sonrisa tensa–. Pietro rehabilitó primero las habitaciones del ala sur porque son las más grandes y dan dinero, las empresas las alquilan. Los dormitorios de esa ala también se alquilan. La gente viene a pasar fines de semana románticos y a ver fantasmas.

–¿Hay fantasmas? –preguntó ella con un estremecimiento que no fue de frío.

–¿Crees en esas cosas?

–No.

Ella creía en lo que podía ver y tocar, pero eso no impedía que el ambiente fantasmagórico del castillo hiciera que la imaginación se le disparara como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

–Perfecto. El castillo tiene una historia sangrienta y explotarla da dinero. Reconozco el mérito de Pietro. Vio un mercado en los fines de semana de lujo tétrico y siguió ese camino.

–Pero...

–No pensó en la familia. Ser el dueño del castillo es como ser un custodio, nunca es tuyo, solo lo custodias. Mi madre ya no se queda aquí porque hace demasiado frío para ella, aunque nunca se quejó a Pietro –Daniele lo dijo con cierta tristeza que enseguida matizó–. Yo le ofrecí el dinero para que rehabilitara los aposentos familiares, pero no lo quiso.

–¿Por qué?

–No quería ni mi dinero ni mi colaboración –contestó Daniele con rabia–. El castillo era suyo e iba a llevarlo como quisiera.

Daniele, al notar que esa amargura ancestral le atenazaba las entrañas, tomó aire por la nariz para sofocar los resentimientos. Su hermano estaba muerto y la rivalidad fraternal había muerto con él. ¿Qué importaba ya todo eso? Ya debería darle igual que Pietro hubiese recibido con una sonrisa condescendiente todos los elogios y los premios de arquitectura que le habían dado. Era verdad que Pietro abría una botella del mejor vino del castillo para celebrar sus éxitos, pero lo hacía como si eso fuese lo que tenía que hacer, no como si le saliera del corazón. Él había celebrado todos los éxitos de su hermano como si fuesen propios, aunque siempre se prometía a sí mismo que los machacaría con sus propios éxitos. Cuando entró por primera vez en la lista de los más ricos, Pietro había murmurado que un hombre no debería medir su éxito en cantidad de dinero sino en la cantidad de bien que hacía al mundo.

En ese terreno, ni se había molestado en competir con su hermano. La filantropía de Pietro había sido inmensa y su familia lo había considerado como una divinidad por eso. ¿Cómo iba a competir con una divinidad? Eso era imposible y, además, no quería. Utilizaba a su hermano como su referencia en todos los aspectos de la vida, pero en cuanto a la beneficencia, él prefería limitarse a extender unos cheques generosos y discretos.

–Ahora puedes llevarlo como tú quieras –comentó Eva sin el más mínimo retintín.

Él no debería estar pensando eso. Por muchas cosas que le hubiesen dolido, Pietro había sido un buen hermano, aunque siempre le hubiese parecido que era una bondad de cara al público, una exhibición de su humildad más que algo espontáneo.

Ya estaba otra vez, tenía que acabar con eso.

–Sí, es verdad, y mi prioridad será que nuestros aposentos sean habitables.

Él no había querido nunca la responsabilidad del castillo ni del resto del patrimonio, pero el destino, y que Eva hubiese aceptado casarse con él, se lo había puesto en las manos.

Miró a la mujer con las que iba a casarse al cabo de unas horas. Tenía la cabeza apoyada en el cristal de la ventana y los ojos azules clavados en los de él. La bata que la envolvía era de un terciopelo azul añil oscuro y contrastaba muy bien con el pelo rojo recogido en una coleta. Parecía etérea y terrenal a la vez. Allí, a la luz de la luna, podría llegar a creer que estaba hecha para vivir en ese castillo fantasmagórico. Si fuese escultor, la desnudaría, pero la dejaría en esa pose y la cincelaría en mármol y luego le haría el amor. Besaría cada centímetro de su blanca piel y el mármol cobraría vida hasta que se derritiera entre sus brazos.

Notó la tensión abrasadora en las entrañas ante una imagen tan palpable.

–Piénsalo...

Daniele inclinó la cara hasta tenerla muy cerca de la de ella. Podía oler su piel, un olor muy delicado que hacía que le bullera la sangre y se le acelerara el pulso. Sus labios rosas y sensuales se habían separado un poco, casi como si le suplicaran que los besara. Era increíblemente hermosa.

–Mañana por la noche estarás en mi cama.

Los ojos de ella se mantuvieron clavados en los de él, que vislumbró un destello ardiente antes de que los entrecerrara, apretara los labios y se tapara más con la bata. Él se rio y, de mala gana, se puso de pie. Le dolía la entrepierna.

–Te deseo buenas noches con un pensamiento tan estimulante. Nos veremos en la capilla, tesoro.

Notó los ojos de ella en la espalda durante todo el trayecto hasta su dormitorio, que, enseguida, también sería el de ella. Era lo único que le animaba de un día que lo aterraba.

Capítulo 6

EVA, QUE se sentía como la mayor farsante del mundo, tomó aire para decir los votos ante ese amable sacerdote que estaba acertando todo lo posible la ceremonia. Se preguntó si estarían batiendo el récord de la boda más rápida de la historia de Italia y el de la boda con menos invitados. Eran seis sin contar con el sacerdote. Daniele, su madre, su tía, Francesca, Felipe y ella. Él le había preguntado si ella quería invitar a alguien, pero, como era de esperar, no dijo nada cuando ella contestó que no.

Ella tampoco había invitado a nadie a su primera boda. Habría invitado a Tessel, pero no se atrevió por si sus padres se enteraban. En ese momento, cuando se casaba por segunda vez diez años después y sus padres no le daban miedo desde hacía mucho tiempo, no podía invitar a Tessel por el sencillo motivo de que su hermana ya no quería saber nada de ella.

Los que estaban allí iban vestidos con la vestimenta típica de una boda. Ella, a petición de Daniele, llevaba un traje de novia, y se sentía ridícula. Era precioso, pero sabía que el blanco no le favorecía y estaba deseando ponerse algo con lo que se sintiera cómoda. No se había vestido de novia con Johann y sí se había creído los votos que le hizo.

¿Entendería Johann lo que estaba haciendo al casarse con Daniele? Prefería pensar que sí. Había sido la persona más dulce, alegre y optimista que había conocido, no solo de los hombres, de todas las personas en general. Se había casado con ella para protegerla y mantenerla a salvo.

Daniele, con un esmoquin negro, estaba casándose con ella por una herencia que no quería. No estaba casándose por sí mismo, estaba casándose por la mujer mayor que los miraba con lágrimas en los ojos, lágrimas de alegría y pena. Estaba casándose para mantener intacto el patrimonio que había sido de su familia desde hacía seiscientos años. Aunque tuviese muchos defectos egoístas, tenía que reconocer que, en ese caso, estaba comportándose desinteresadamente.

La verdad era que tampoco había visto ningún rasgo de egoísmo desde que llegaron a Italia. Él, al casarse con ella, estaba siendo tan desinteresado como lo había sido Johann, aunque por motivos distintos.

Otra diferencia era que ella se había casado con Johann rebosante de alivio y esperanza. Aunque Daniele insistiera en que todo el mundo saldría ganando con esa boda, ella dijo los votos sin la más mínima esperanza. Ninguno significaba para ellos lo que debería haber significado, aunque el corazón le retumbaba mientras decía las palabras que los atarían.

Entonces, fue el turno de Daniele. La miró fijamente mientras decía los votos, pero, por una vez, no había un brillo burlón en su mirada. Los dijo como un condenado que no esperaba clemencia. Algo brotó entre ellos, algo que Eva no había esperado, como un lazo que iba uniéndolos como conspiradores que abominaban lo que estaban haciendo, y también había algo más, algo más profundo que le atenazaba las entrañas y hacía que el corazón le diera un vuelco y que sintiera una

opresión en el pecho. La mirada de él le decía que estaban juntos, él y ella. Hasta que le tomó la mano, le puso el anillo de oro y sintió su peso en la piel, entonces, el lazo se rompió y ella entró en razón.

Ya había llevado un anillo en ese dedo. Había sido el más barato que habían podido encontrar, pero había significado mucho más. Lo habían entregado y recibido con fe y amor. Solo había faltado el deseo. Ella no lo había sabido y, seguramente, Johann tampoco.

Cuando terminaron y ya estaban declarados esposa y esposo, salieron juntos de la capilla, pero no de la mano. No pidieron que besara a la novia y eso le pareció una bendición. Si alguna vez tenía que besarla, no quería que hubiera público. Había caído una ligera nevada durante la ceremonia, pero los empleados se habían ocupado de echar sal para que el camino estuviera despejado. En ese momento, había salido el sol, el cielo estaba azul y el aire era frío y transparente. Le agradecía a Francesca que se hubiera empeñado en que llevara un manto de piel falsa para cubrirse los hombros. Le protegía un poco del frío de diciembre.

–Vamos a hacernos la foto aquí.

–¿Delante de la capilla? –preguntó Eva.

Sería la foto que mandarían a los medios de comunicación. Todavía le costaba aceptar que mandaran su foto a la prensa, pero se había casado con un hombre famoso y su matrimonio se consideraría una noticia. Había muy pocas posibilidades de que su familia la viera, y si la veía ¿qué importaba? Ya no podían hacerle nada.

–Sí, sin complicaciones –contestó él–. Una foto, un breve comunicado de que nos hemos casado y ya está. Tenemos que dar de comer a los lobos, pero no tenemos que darles un banquete. Felipe, ¿te importaría sacárnosla?

–Yo la sacaré –intervino Francesca con una sonrisa de oreja a oreja–. La cámara de mi teléfono nuevo es increíble.

Eva se fijó en que Felipe puso los ojos en blanco con indulgencia y sintió otra punzada de envidia en las entrañas.

–Muy bien, poneos delante de la puerta. Mamá, ¿podrías cerrarla, por favor? Perfecto. Daniele, rodea a tu esposa con el brazo.

Eva miró a Daniele a los ojos y la punzada se convirtió en un revuelo. Él puso un gesto burlón en los labios por lo mandona que era su hermana, pero ella captó algo muy distinto en sus ojos, la retaba a que lo tocara y lo mirara con arrobos.

Entonces, él le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí. Se había dado cuenta, por su físico, de que era fuerte, pero jamás se habría imaginado lo sólido que era ni la calidez que irradiaba de él.

–Más cerca –ordenó Francesca–. Estáis recién casados. Toda Italia y gran parte del resto del mundo va a ver esta foto.

Eva se acercó un poco más, hasta que un pecho le rozó el torso, y parpadeó por la oleada de sensaciones que se adueñó de ella.

–Ahora, pon la mano con las flores sobre su pecho.

Eva obedeció casi sin poder respirar y el corazón palpitándole como no lo había hecho en toda su vida.

–Daniele, tómale la mano como si los dos sujetarais las flores.

Una mano cálida le rodeó la suya y ese movimiento la estrechó más contra él. Podía oír los latidos alterados del corazón de él. El olor de su colonia ya no era un vestigio que captaba, lo tenía allí y le despertaba todos los sentidos. La mano de la cintura descendió a la cadera y le

hundió los dedos.

Eva levantó los ojos y lo miró.

El brillo de esos ojos marrón verdoso le confirmó que su deseo no era solo palabrería, que estaba dispuesto a seducirla en cuanto la tuviera en la cama y que tendría que ser ella quien se resistiera o sucumbiera.

El anhelo fue dominándola por dentro cuando desvió la mirada a sus labios. Esa boca era tan sensual...

—¡Perfecto!

Le exclamación de Francesca la devolvió a la realidad y empujó a Daniele mientras retrocedía un paso.

—¿Ya?

—Sí. ¿Quieres verla?

—¿Podemos esperar hasta que estemos dentro? Estoy quedándome helada.

Sin embargo, no tenía frío. Que Daniele la hubiese abrazado le había dado tanto calor que tendría que revolcarse en la nieve para enfriarse.

Daniele terminó el vino e hizo una mueca. Ya era un hombre casado.

Había vuelto al castillo y lo habían celebrado con una comida con su familia, que, para él, había sido como un velatorio. No solo había hecho lo único que había jurado que no haría jamás, sino que la ausencia de Pietro se había hecho más presente a medida que avanzaba el día. Era el primer acto familiar sin él. Daniele le había echado de menos y sabía que su madre y su hermana también. Las dos mujeres se habían reído y habían celebrado el matrimonio, pero ninguna de las dos había podido disimular la tristeza de los ojos.

Había llegado el momento de que se marcharan, su madre y su tía a su villa de Pisa y su hermana y Felipe a su nueva casa de Roma. Mientras se marchaban, su madre le tomó las mejillas entre las manos.

—Gracias, Daniele. Ya sé que no querías casarte, pero creo que puedes ser feliz con Eva.

Él quiso reírse. ¿Desde cuándo había pensado su madre en su felicidad? Hasta su éxito profesional, mucho mayor que el de su hermano, había quedado en segundo plano para ellos en comparación con su negativa absoluta a casarse. Sin embargo, siempre había sabido lo que había querido y había seguido su propio camino, y la insistencia de sus padres para que se pareciera más a su hermano solo había conseguido que se afanzara más en ese camino, que se comprara más coches deportivos especialmente veloces y especialmente caros que, según sus padres, debería haber cambiado por coches de lujo como el Bentley de su hermano. Cuando murió su padre, hacía poco más de un año, casi no se hablaba con él. La furia de su padre por las declaraciones de una de las novias de su hijo los había distanciado.

¿Por qué no podía ser como Pietro? Él jamás avergonzaría de esa manera a su familia. Eso había sido un reproche constante a lo largo de su vida. Tenía que ser como Pietro, tenía que ser sensato, tenía que tomar las decisiones acertadas, tenía que pensar en el nombre de la familia.

Nunca había querido ser como Pietro. Solo había querido ser él mismo, pero, a los ojos de su familia, nunca había estado a la altura siendo él mismo.

Sin embargo, lamentó profundamente ese distanciamiento, y no podía culpar solo a sus padres. Era adulto y tenía que aceptar su parte de responsabilidad. Su madre estaba desconsolada por su hijo mayor y trastornada por la traición del sobrino al que había criado como a un hijo desde que

era un adolescente y de la nuera a la que habían acogido con los brazos abiertos en la familia.

Por eso, en vez de reírse o de replicar algo sarcástico, abrazó con fuerza a su madre y le dio un beso.

Al casarse con Eva, el castillo y el resto del patrimonio seguían en su rama de la familia y eso aliviaba un poco el dolor de su madre, y él no podía negar que se le encogía el corazón al saber que había hecho algo que la había alegrado y tranquilizado. Pietro, y Matteo en menor medida, habían sido los que siempre habían hecho eso.

Eva se había mantenido rezagada mientras él se despedía, pero pudo ver su sorpresa y su placer cuando su madre se acercó a ella y la abrazó.

Había sido un día complicado para ella, como para él, pero lo había sobrellevado con entereza. No tenía duda de que había elegido a la mejor esposa que había podido. Había acertado en todo y había hecho un esfuerzo para sonreír y fingir que casarse con él no era la idea de purgatorio que tenía ella, aunque lo hubiese hecho por su familia y no por él.

Sin embargo, esa mirada cuando se juntaron para la foto... Había visto que sus ojos azules como el hielo se oscurecían y que sus mejillas se teñían ligeramente de color. También había sentido que su cuerpo voluptuoso se estremecía pegado al de él.

Una vez solos en la armería del castillo, donde habían comido, Eva suspiró ruidosamente.

–¿Queda algo de vino?

–Pediré que traigan otra botella.

–No te preocupes. Voy a cambiarme.

Ella arrugó levemente la nariz cuando se miró el traje de novia. Él también la miró de arriba abajo. El traje era largo y blanco y tenía un cuello de encaje un poco elevado y unas mangas largas de encaje también. La melena roja estaba recogida en un moño en la nuca y se había maquillado muy ligeramente. Estaba muy guapa, pero a él le parecía soso el color blanco.

–Vamos a salir –propuso él impulsivamente.

–¿Ahora...?

–Antes nos quitaremos los disfraces.

Se miraron a los ojos con complicidad y ella esbozó media sonrisa burlona. No hacía falta decir nada, la farsa había terminado.

–¿Adónde quieres ir?

–El club Giroud estará bien. Podemos vestirnos como si no estuviésemos recién casados, beber algo y fingir que no hemos tirado nuestras vidas por la borda.

–Tu actitud con el matrimonio es una pesadez, ¿lo sabías?

–¿Tú sientes algo distinto?

–Yo no tenía una vida que tirar por la borda –Eva se encogió de hombros–, pero me parece bien, salgamos. A ver si durante las próximas horas consigues convencerme de que te mereces el compromiso que acabo de adquirir contigo.

–Creía que te habías comprometido con mi dinero...

Ella le concedió una de sus raras sonrisas. Fue como si lo hubiese iluminado la luz de las estrellas.

–Efectivamente, pero, por desgracia, para conseguir ese dinero ahora tengo que estar atada a ti.

–Esperemos que las ataduras no nos corten a ninguno de los dos.

Una hora más tarde, Daniele estaba duchado y llevaba un traje que no hacía que se sintiera

como si estuviese disfrazado.

Estaba esperando a Eva en el enorme salón. Había llamado a la puerta de su dormitorio, sería la última vez que lo utilizaría como dormitorio, y ella le había dicho que tardaría diez minutos.

Mientras esperaba, sacó el teléfono, ojeó las noticias, se encontró con un artículo sobre Matteo y Natasha y lo apagó con un suspiro.

La tórrida aventura que su primo y su cuñada habían empezado a tener antes incluso de que el cuerpo de su hermano se hubiese enfriado en la tumba era motivo de un interés ávido.

Su furia seguía tan viva como cuando se enteró, pero el tiempo y la distancia le habían permitido pensar un poco. Ese tiempo y esa distancia solo habían conseguido que la furia fuese mayor. Los rumores de que habían roto, según su hermana, no sofocaron esa furia. Estaban esperando un hijo. Habían pasado dos meses, desde la muerte de su hermano, acostándose en secreto cuando habían fingido que Natasha había ido a Miami para descansar. Jamás se habría creído que su primo podría hacer algo tan denigrante o mentir tan descaradamente.

¿Tan poco había significado Pietro para ellos? Él nunca se había creído que su hermano fuese un santo, pero eso no significaba que no hubiese sido una buena persona. No se había merecido eso de su esposa y del hombre que había estado más unido a él, más que su propio hermano.

Entonces, oyó los tacones de Eva y se olvidó de su hermano y del resto de la familia. Eran unos tacones de aguja negros que sostenían unas piernas que él había llegado a creer que no existían porque siempre las había llevado tapadas. El abrigo negro y largo estaba abotonado y escondía la ropa que llevara puesta, pero le permitía ver unas pantorrillas tan delicadas y bien formadas que tuvo que hacer un esfuerzo para no arrodillarse y besarle el arco donde se unían a los preciosos tobillos.

Desvió la mirada a la cara. Llevaba el cuello del abrigo levantado para protegerse las orejas del frío, pero tuvo la impresión de que llevaba el pelo suelto.

Todavía no se lo había visto suelto.

Las pestañas, que normalmente no llevaban nada, estaban más tupidas por el rímel, una tenue sombra le oscurecía los párpados y los labios... Los labios estaban pintados con un rojo intenso y besable.

Estaba impaciente por descubrir lo que llevaba debajo del abrigo, y por ver lo que había debajo de eso.

Eva ya era su esposa y eso significaba que podía intentar seducirla. Además, a juzgar por el brillo desafiante de sus ojos, ella recordaba esa parte del trato tan bien como él. Parecían invitarlo a que lo intentara y comprobara lo que pasaba, que lo intentara, pero que no se olvidara de que ella podía negarse.

Se le tensaron las entrañas solo de pensar lo divertido que iba a ser conseguir que esos ojos ardieran con unas llamas que dijeran «sí» a gritos, y estaba seguro de que iba a conseguirlo.

Antes o después, haría lo que quisiera con su esposa.

Capítulo 7

EL EXTERIOR del club Giroud, en Florencia, parecía un edificio renacentista más, una obra de arquitectura tan maravillosa como el resto de la ciudad, pero por dentro...

Una vez que los gorilas de la puerta los dejaron entrar, después de haber analizado la tarjeta de Daniele y de habérsela devuelto con un gesto de respeto, el interior era como entrar en los elegantes y sensuales aposentos de una cortesana.

Eva miró las paredes recubiertas de caoba y los cuadros de desnudos renacentistas que colgaban de ellas. Florencia era una ciudad increíble rebotante de historia y monumentos y esa habitación condensaba esa historia mientras conservaba el lujo y la categoría.

La recepcionista los recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

–Buenas noches, señor Pellegrini –le saludó en italiano antes de saludar con la cabeza a Eva–. ¿Me permiten sus abrigos?

Cuando Daniele había propuesto que salieran, su intuición le había dicho que le dijera que saliera sin ella. Había sido un día largo y mucho más emotivo de lo que había previsto. La verdad era que llevaba tanto tiempo sintiéndose muerta por dentro que había esperado no sentir nada, salvo, quizá, cierto remordimiento, aunque sabía que Johann no habría querido que lo sintiera. Llevaba tanto tiempo muerto que si alguna vez volvía a sentirse vulnerable, y no lo haría, no sería una traición a él. Lo había llorado, había rehecho su vida y había seguido adelante y, poco a poco, había quedado anestesiada hasta que ya no sentía nada en absoluto.

Quizá hubiese sido ingenua al creer que podría pasar ese día con los sentimientos enterrados. Los sentimientos habían ido despertándose dentro de ella desde que llegó a Italia, y eran más intensos cuando estaba con Daniele, pero aun así...

No había esperado sentirse como si estuviese ahogándose, no había esperado que los pulmones se le encogieran tanto que le costara respirar, no había esperado que se sentiría distinta por llevar su anillo ni que miraría el dedo vacío de Daniele con resentimiento. Debería darle igual que Daniele llevara anillo o no, ella no le había pedido que lo llevara.

Sin embargo, ya estaban casados y tenían que llegar a conocerse. No hacía falta que supieran los secretos más profundos, pero si querían que su matrimonio no fuese doloroso, tenían que ver si existía la posibilidad de que pudieran vivir con cordialidad, ya que no con amistad.

Le había parecido que la manera ideal de empezar podría ser salir unas horas del castillo para soltarse el pelo.

Había abierto el armario y había elegido el vestido rojo que le llamó la atención en cuanto entró en la segunda tienda con Francesca. Mientras se lo ponía, le daba las gracias a Francesca por haberse empeñado en que se olvidara del precio y se lo comprara.

Jamás se había puesto algo parecido.

No tenías ni tirantes ni mangas y era poco escotado, pero se le ceñía a las curvas y le llegaba justo por debajo de las rodillas. Al contrario que el traje de novia, que había hecho que se sintiera como una muñeca de porcelana desfasada, ese vestido hacía que se sintiera elegante, algo que no había podido sentirse desde hacía tanto tiempo que ni se acordaba, hacía que se sintiera como una mujer.

Cuando terminó de arreglarse y se encontró con Daniele en el salón, la emoción le atenazaba las entrañas. Su mirada al verla entrar le había confirmado esa sensación femenina y desconocida hasta ese momento.

Jamás había sido vanidosa, pero con Daniele...

Por algún motivo que no llegaba a entender, estar con él hacía que cada cinco minutos quisiera comprobar cómo estaba. Se cepillaba el pelo con un esmero especial, pero luego se enfadaba consigo misma y se lo recogía con una coleta o un moño. Se maquillaba muy poco para que Daniele no creyera que hacía un esfuerzo por él. Negaría que él la atraía hasta las últimas consecuencias, como él había comentado alguna vez, pero no podía negárselo a sí misma, solo podía reprimirlo. Sin embargo, salir por la noche era completamente distinto a estar los dos solos en el castillo. Se acordaba con demasiada claridad de la humillación que pasó durante su «cita» en Aguadilla, cuando ella iba con la ropa de trabajar y todo el mundo iba de punta en blanco.

Había elegido ese vestido porque le gustaba y se había pintado los labios de rojo porque entonaban con el vestido, no por él.

Se quitó con cuidado el abrigo y se lo entregó a la recepcionista intentando parecer segura de sí misma y que los nervios no la delataran.

Entonces, se miraron a los ojos y su vanidad femenina se disparó al captar un agrado evidente en su mirada. Él también se había quitado el abrigo y llevaba un traje gris con corbata azul marino y el pelo un poco enmarañado, como a ella le gustaba, y...

¿Enmarañado como a ella le gustaba?

¿Desde cuándo le había gustado algo de él aparte del dinero que iba a dar a su organización humanitaria?

Miró esos hipnóticos ojos marrón verdoso y tuvo que reconocerse que ya no le disgustaba.

—¿Vamos, señora Pellegrini? —le preguntó él tendiéndole un brazo.

Ella no pudo contener una sonrisa por su despreocupación y le tomó el brazo.

—Creía que esta noche íbamos a intentar olvidarnos de que estamos casados...

—¿Cuando estás así de guapa? —él bajó la voz hasta que fue una caricia mientras iban al ascensor—. He cambiado de opinión. Esta noche quiero que todo el mundo sepa que eres mía.

Ella se quedó boquiabierta por su arrogancia y unas palpitaciones ardientes la derritieron por dentro de una forma que le puso tan nerviosa como sus palabras la enfurecieron.

—Tenías que decir algo así justo cuando empezabas a gustarme.

—¿Empiezo a gustarte? —preguntó él con interés y agarrándola con fuerza del codo para que no se soltara.

—Empezabas —la puerta del ascensor se abrió—, pero lo has estropeado al decir que soy tuya. No soy tuya, solo soy mía.

Entraron en el ascensor y él pulso el botón del tercer piso. Era un ascensor antiguo y tardó un momento en ponerse en marcha, lo bastante como para que Daniele le soltara el brazo y la acorralara con una mano apoyada en la pared al lado de su cabeza. No la tocaba, pero estaba tan cerca que el olor de su colonia hacía estragos en sus sentidos.

Esbozó una sonrisa burlona y sus ojos dejaron escapar un destello de algo que le encogió el

estómago.

–Sabes que todos los hombres que te vean esta noche te desearán.

Ella tuvo que tragar saliva para que le funcionara la garganta.

–No sé nada de eso... –replicó ella en un susurro.

–Pues es verdad –insistió él en tono tajante–. Todos te desearán, pero también puedo asegurarte que ninguno te deseará más que yo.

Eva notó que se sonrojaba, y que se ponía como un tomate cuando él le pasó un pulgar por la mejilla. Tragó saliva otra vez, pero no encontraba las palabras, no podía ni pensarlas ni decirlas, el cerebro se le había hecho papilla.

–Y tú también me deseas a mí –él acercó la boca a su oreja–. No puedes decirme que elegiste ese vestido y no te imaginaste lo que sentirías cuando yo te lo quitara.

Ella quiso negarlo y replicar algo cortante para devolverle la arrogancia y borrarle ese engreimiento.

–Basta –fue lo único que pudo susurrar.

–Ya estamos casados y eso significa que puedo intentar seducirte, pero también soy un hombre de palabra y te di mi palabra de que pararía cuando me lo pidieras –Daniele retrocedió un paso con las manos levantadas–. Y ahora, paro.

El ascensor se detuvo y las puertas empezaron a abrirse lentamente. La expresión divertida de su rostro se esfumó y dejó paso a una más seria.

–Cuando dije que sabrán que eres mía lo hice porque es lo que todo el mundo da por supuesto cuando una pareja está casada. Nunca seremos el uno del otro, pero sí estamos casados y eres una mujer increíblemente hermosa. Todos los hombres vivos se pavonearían contigo del brazo.

Cada vez se ponía más roja, pero hizo un esfuerzo para seguir mirándolo a los ojos. Nadie había hecho que se derritiera por dentro con solo mirarla.

La puerta estaba completamente abierta y Daniele le tomó una mano.

–Vamos a divertirnos un rato, señora Pellegrini.

Intentó pasar por alto el cosquilleo que le producía ir de la mano de Daniele por los estrechos y laberínticos pasillos y tuvo la certeza absoluta de que las personas que veía por las distintas habitaciones pertenecían a la categoría de los inmensamente ricos. No era solo el corte de su ropa o los diamantes que resplandecían en los dedos, orejas y cuellos de todas las mujeres, era, sobre todo, la seguridad en sí mismos que mostraban. Era una seguridad en sí mismos que ya había visto en los huéspedes del hotel Edén de Aguadilla y que había hecho que se sintiera muy inferior.

Esa noche, así vestida, podía llevar la cabeza muy alta y aguantar la mirada, curiosa y sorprendentemente amable, de quienes la miraban a los ojos.

Todas las habitaciones parecían tener un objetivo concreto, fuera restaurante, sala de juegos o bar. Algunas solo tenían un puñado de personas y otras estaban abarrotadas. Algunas eran silenciosas y otras ruidosas por las carcajadas.

Daniele la llevó a un bar donde había un pianista que tocaba jazz y que tenía muchos sofás de cuero oscuro con mesitas bajas y redondas. Mientras se sentaban en un sofá increíblemente mullido y lujoso, una camarera, con un uniforme sorprendentemente elegante, se acercó con una sonrisa. Eva se había hecho la idea, equivocada, de que los camareros y las camareras irían embutidos en cuero dorado o algo igual de vulgar.

–Es un placer volver a verlo, señor Pellegrini. ¿Qué prefiere esta noche? Dentro de una hora empezará una partida de póquer.

–Esta noche tomaremos una copa, Anita. ¿Quieres champán? –le preguntó a Eva.

–Prefiero un gintonic –contestó ella.

–Dos gintonics –le pidió él a la camarera.

–No tenía ni idea de que existiera un sitio como este –reconoció Eva mientras se alejaba la camarera.

–Es un club privado y el secreto mejor guardado de Italia. Hay varios clubs Giroud por Europa. Mi preferido es el de Viena.

Ella miró alrededor y vio las paredes con fotos enmarcadas de músicos famosos.

–Si no te gusta esta habitación, podemos irnos a otra.

–No, está bien.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas cuando vio a una famosa estrella de cine sentada en un sofá en el extremo opuesto de la habitación. Daniele, que estaba sentado a su lado, también miró en esa dirección.

–Creo que está rodando en Florencia... y deja de mirarla fijamente.

–Lo siento.

–Los socios vienen a relajarse y a divertirse discretamente.

–Mensaje captado.

–Una vez traje a Francesca y casi se desmayó cuando vio a su cantante favorito.

–Es un consuelo saber que no soy la única.

–Te acostumbrarás. Muchos socios son muy conocidos. Recuerdate que son humanos y que tienen las mismas necesidades elementales que los demás humanos. Si no, ensaya tu cara de póquer.

Daniele, mientras lo decía, pensó que Eva, en general, tenía una cara de póquer fantástica. Era muy difícil saber lo que le pasaba por la cabeza. Él había comprobado que la mejor manera de saberlo era mediante sus ojos, que nunca mentían.

Volvió la camarera con las bebidas, unos vasos altos llenos de hielo y una rodaja de limón. Eva dio un sorbo y asintió con la cabeza.

–¿Te gusta?

Ella volvió a asentir con la cabeza, se dejó caer sobre el respaldo, cruzó las piernas y miró alrededor otra vez.

–Esta mañana, cuando me desperté, no me imaginé que fuera a terminar así el día.

–No ha terminado todavía...

–¿Tienes que recordármelo?

–¿Por qué no? No puedo pensar en otra cosa. ¿No te pasa lo mismo? ¿No te has pasado el día pensando que esta noche será la primera que vamos a pasar en la misma cama?

–He intentado olvidarlo por todos los medios.

–Eres una mentirosa muy mala.

–Y tú eres un egoísta muy bueno.

–Te limitas a insultarme porque es más fácil que reconocer que me deseas.

Los pómulos se le sonrojaron levísimamente a Eva.

–Que te zurzan.

–Queda demostrado.

–No hay nada que demostrar.

Daniele se movió para apoyarse en el respaldo y mirarla de frente.

–Desear a tu marido no tiene nada de malo.

–No eres...

Eva sacudió la cabeza y el pelo, más largo y tupido de lo que él se había imaginado, osciló de un lado a otro. El color rojizo entonaba tan bien con el vestido y el tono de los labios que podrían haber estado hechos el uno para el otro. Él podría pasarse toda la noche mirándola y no aburrirse.

—Iba a decir que no eres mi marido, pero sí lo eres —Eva se rio y se bebió la mitad del gintonic de un sorbo—. Eres mi marido, que Dios se apiade de mí.

Ella lo dijo con un suspiro y poniendo los ojos en blanco, pero en un tono de resignación burlona.

—Que Dios se apiade de los dos —replicó Daniele con ironía antes de levantar la copa—. Por nosotros y un matrimonio absurdo.

Ella chocó la copa y bebieron a la vez. Casi no habían dejado las copas vacías en la mesa cuando su camarera les llevó otras copas, las dejó y desapareció tan discretamente como había aparecido.

—Un servicio excelente —comentó Eva con desenfado—. Ya veo que ser rico tiene sus ventajas.

—Y esas ventajas llegarán a encantarte.

Ella puso un gesto de disgusto.

—¿Qué prefieres ser, rica y desdichada o pobre y desdichada? —preguntó él.

—Rica, pero todo el mundo contestaría lo mismo. Ser pobre es espantoso.

—¿Has sido pobre?

—No como la población de Caballeros o de otros países, pero Johann y yo lo pasamos mal durante años. Sé lo que es no saber si tienes dinero para comer hasta que te paguen el próximo sueldo.

—Me extraña que una mujer inteligente como tú no haya ido a la universidad.

Ella resplandeció como no resplandecía cuando la alababa por su belleza.

—Sí, fui a la universidad. Me licencié en Idiomas y Empresas Internacionales en la universidad de Ámsterdam.

—Creía que me habías dicho que te casaste a los dieciocho años.

—Es verdad. Casarse y estudiar una carrera universitaria no son excluyentes.

—¿Cómo podías mantenerte cuando estudiabas?

—Johann trabajaba —Eva se encogió de hombros—. Yo trabajaba los fines de semana y las vacaciones. No era fácil, pero nos apañábamos. Cuando me licencié, conseguí un trabajo de traductora en el ministerio de Asuntos Exteriores, en La Haya, y dejamos de pasarlo tan mal. Incluso, pudimos comprarnos nuestro pequeño apartamento.

—¿Qué hacía Johann?

—Trabajaba en una tienda de bicicletas.

—¿No tenía ambición...?

—Tenía muchas ambiciones —le interrumpió ella con cierta tristeza—. Quería ser ingeniero, pero no podíamos estudiar los dos y mantenernos. Él tenía muchos sueños, pero los dejó a un lado para que yo pudiera hacer realidad el mío, y él nunca tuvo la oportunidad...

Inesperadamente, a Daniele se le encogió el corazón por la melancolía que había captado en su voz. ¿Todavía lo echaba de menos? ¿Había decidido que no volvería a casarse por lo mucho que lo amaba? ¿Por qué se sentía tan fuera de lugar al pensar eso?

Había trabajado mucho para ganarse el dinero. Había sido afortunado por haber tenido unos padres adinerados que lo habían llevado a la universidad, pero no había aceptado un céntimo de ellos desde que se licenció. Había triunfado en la vida y tenía la satisfacción de saber que todo se lo había ganado él solo.

Sin embargo, también sabía, en el fondo, que hiciera lo que hiciese nunca inspiraría algo parecido a la lealtad y afecto que sentía Eva por Johann. Siempre lo compararía con su primer marido y lo encontraría inferior, como su madre siempre lo compararía con su hijo mayor y lo encontraría inferior.

Daba igual. Exigiría la fidelidad de Eva como esposa, pero no necesitaba su visto bueno. No quería su afecto en ningún otro sitio que no fuese el dormitorio.

Entonces, cuando estaba diciéndose que le daba igual y que el pasado de Eva no significaba nada para él y no tenía nada que ver con su matrimonio, se oyó a sí mismo hablar.

–Hay una cosa que no entiendo. Por qué te casaste tan joven.

Ella lo miró mientras bebía y diciéndole claramente con los ojos que creía que su pasado le daba igual.

–Es por curiosidad –aclaró él con una indiferencia fingida para disimular los latidos acelerados del corazón–. La mayoría de las mujeres inteligentes como tú deciden casarse más tarde. Mi hermana es un ejemplo –lo había sido hasta que conoció a Felipe y se enamoró perdidamente de él–, pero tú eres la excepción.

Eva bebió un poco más y tomó la copa con las dos manos. Él se preparó para oír una historia de hormonas adolescentes y de rebeldía.

–Nos casamos para protegerme.

–¿De qué tenías que protegerte? –preguntó él sin salir de su asombro.

Ella lo miró un rato más, pero, esa vez, él no pudo interpretar lo que decían sus penetrantes ojos. Era como si tuviesen una persiana por delante. Hasta que ella tomó aire y movió ligeramente la cabeza.

–De qué, no, de quiénes. De mis padres.

–¿Tenías que protegerte de tus padres? –preguntó él con más asombro todavía.

Eva arrugó los labios antes de asentir con la cabeza.

–Diría que dejé mi casa el día que cumplí dieciocho años, pero no sería verdad; me fugué. Cumplir dieciocho años significaba que ya no tenían autoridad sobre mí, pero yo quería la protección que daba un matrimonio. No sabía lo que harían para encontrarme ni hasta dónde llegarían. Johann y yo sabíamos que si nos casábamos y yo adoptaba su apellido, les costaría mucho más. Me daba miedo que si me encontraban, acudieran a un tribunal para intentar obligarme a que volviera.

¿Miedo? ¿Eva? Había creído que no había nada que la asustara.

–¿Habrían podido hacerlo?

–Legalmente, no, pero conozco a mis padres. Habrían intentado cualquier cosa, me habrían declarado incompetente o... habrían hecho cualquier cosa.

–¿Por qué?

–Porque les pertenecía, como todos. Nos habían dado la vida y, por lo tanto, éramos suyos. Ellos decidían la ropa que nos poníamos, adónde íbamos y a quiénes veíamos. Ellos sabían lo que nos convenía y sus reglas eran rígidas. Si no obedecíamos, era porque nos pasaba algo y había que castigarnos.

Eva dio otro sorbo. Había mantenido la compostura durante ese breve relato de su infancia, aunque él sabía que ni siquiera había rascado la superficie. Parecía relajada en el sofá, con las piernas debajo del trasero y mirándolo a los ojos. Además, había conseguido que el vestido no se le subiera por encima de las rodillas.

También estaba seguro de que esa compostura era superficial y había indicios que lo

confirmaban, como la garganta que se movía por cuenta propia y los dientes apretados.

La familia de Eva...

Se había preguntado vagamente por qué no les había invitado a la boda, pero había dado por supuesto que no quería hacerles pasar por lo que los dos consideraban una farsa y no se lo había pedido.

Entonces, una voz estruendosa resonó en sus oídos.

—¡Daniele Pellegrini! ¡Me alegro de verte!

La imponente figura de Talos Kalliakis había aparecido sobre ellos.

Le encantaba verlo, pero, sobre todo, le encantaba que hubiese interrumpido una conversación que había girado peligrosamente hacia un terreno demasiado personal. Daniele se levantó y abrazó a su amigo.

—¿Qué haces por aquí? No sabía que hubieses planeado venir a Italia.

—Amalie va a tocar esta semana en la Ópera de Florencia.

Talos se refería al nuevo teatro de la Ópera de Florencia que había proyectado un arquitecto al que Daniele admiraba desde hacía mucho tiempo. A él no le interesaban las artes o la cultura, pero los edificios que las albergaban le habían estimulado la imaginación desde que era muy joven. Recordaba que cuando era un niño, lo arrastraban de vez en cuando al teatro de Pisa y él se pasaba todo el tiempo admirando el maravilloso interior en vez de prestar atención a la representación.

Amalie, la esposa de Talos, era una violinista que tocaba con una sensibilidad que hasta Daniele podía apreciar.

—¿Estás solo? Acompáñanos... —Daniele se volvió hacia Eva para hacer las presentaciones—. Eva, es mi viejo amigo Talos Kalliakis. Talos, ella es Eva mi...mi esposa.

—¿Tu esposa? —Talos no intentó disimular su pasmo—. Eres un bicho. No sabía que te hubieses casado.

—Porque nos hemos casado hoy.

Eva se levantó y le tendió la mano. Se había quedado sin respiración mientras esperaba a ver cómo la presentaba Daniele.

—Encantada de conocerte —añadió ella.

Estaba encantada de verdad. Esa interrupción era exactamente lo que los dos necesitaban.

A pesar de lo mucho que había intentado pasar página y olvidarse de su infancia, hablar de su familia y su pasado todavía le hacía daño. Podía exponer los hechos con un lenguaje sencillo y claro, pero los recuerdos que evocaban...

Era un terreno en el que prefería no entrar a fondo, sobre todo, con un hombre que le había dicho expresamente que no le interesaba su pasado, que, por lo tanto, no le interesaba ella. Daniele solo deseaba su cuerpo. Para él, solo era un medio para llegar a un fin, y haría bien en tenerlo presente, como también tenía que tener presente que, para ella, él solo era un medio para llegar a un fin.

El gigante no hizo caso de la mano y le dio un beso en cada mejilla mientras la abrazaba con fuerza.

—Enhorabuena a los dos. ¿De verdad no os importa que me sienta con vosotros? No me ofenderé si preferís estar solos.

Talos miró con los ojos entrecerrados a Daniele, como preguntándose por qué una pareja recién casada pasaba la noche de bodas fuera de la cama.

—Claro que no —contestó Daniele en ese tono tan simpático que ella no podría igualar nunca—.

Eva y yo tenemos el resto de nuestras vidas para estar solos —añadió él mientras tomaba la mano de Eva y se la llevaba a los labios.

Talos pidió que les llevaran champán y antes de que ella se diera cuenta, los tres habían formado un grupo que había ido ampliándose poco a poco, hasta la estrella de cine se había unido a ellos, a medida que había ido sabiéndose que Daniele Pellegrini, el soltero recalcitrante, había sentado la cabeza por fin.

Capítulo 8

EVA NO podía dejar de mirar ese grupo tan variopinto en el que eran el centro de atracción y volvió a tener la sensación de que estaba metida en un torbellino que la tragaba. Tampoco ayudaba que Daniele la tuviera pegada a él en el sofá con un brazo alrededor de los hombros y la otra mano posesivamente sobre un muslo. Se ocupaba de que la incluyeran en todas las conversaciones y cuando le preguntaban, una y otra vez, cómo se habían conocido, él, orgullosamente, les contaba el trabajo que había llevado a cabo ella en Caballeros. Incluso, parecía sincero, y eso la emocionaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Eran algunas de las personas más ricas y famosas del mundo y estaban tratándola como a una de ellos. Casi se atragantó con el champán cuando se enteró de que Talos era un príncipe y su esposa era la violinista cuyo último disco se había descargado ella. Cuando por fin se marcharon, habían recibido más de una docena de invitaciones a fiestas y cenas.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Daniele cuando estaban en el coche camino del castillo—. ¿Te lo has pasado bien?

—Ha sido irreal, pero sí, me lo he pasado bien.

Se había sorprendido a sí misma por lo bien que se lo había pasado. Se había sentido fuera de lugar, pero sus amigos habían sido tan hospitalarios y acogedores que casi se había relajado, aunque algunas mujeres la habían mirado con demasiada lástima para su gusto.

—Has estado fantástica.

Su admiración parecía sincera, como su orgullo cuando había hablado de su trabajo, y era algo que no se había esperado ni remotamente.

Sin embargo, estaba resultando que Daniele no era tan superficial como le había parecido cuando lo conoció. Se había formado una idea preconcebida sobre él y su comportamiento durante la «cita» se la había confirmado. No le había dado ningún mérito por lo que estaba haciendo en Caballeros, un proyecto que había puesto en marcha su hermano, el hermano que había muerto justo un mes antes de la cita.

Aparte del coqueteo, no había vuelto a ver ni rastro del egoísta superficial desde entonces, sino, más bien, al contrario si era sincera. En general, era un perfecto caballero.

—Gracias —dijo ella con delicadeza.

—¿Por qué?

—Por incluirme, por no dejarme de lado.

—¿Por qué iba a haberlo hecho? —preguntó perplejo.

Entonces, de repente, ella se dio cuenta de que seguían de la mano. Se soltó los dedos con cuidado y puso las manos en el regazo. Sintió un cosquilleo en los dedos, como si estuviesen decepcionados.

–No lo sé –Eva tomó una bocanada de aire–. No había pensado qué pasaría cuando conociera a tus amigos, pero me sorprendió que me incluyeras en tus conversaciones. Supongo que me había imaginado que cuando se reunían los hombres ricos, sacaban los puros y las mujeres tenían que irse a otra habitación.

–Si eso sigue pasando, no es en los círculos en los que me muevo –replicó él sin importarle el prejuicio tópico de ella.

–¿Has llevado a muchas mujeres a ese club?

Eva no consiguió reunir el valor para preguntarle si alguna de las mujeres que la habían mirado con lástima había sido novia suya. ¿Había sentido lástima de ella por experiencia propia o por la reputación de Daniele? ¿Por qué iba a importarle? No debería. Su pasado le interesaba tan poco como el de ella a él...

Sintió su mano sobre la de ella y tuvo que cerrar los ojos y hacer un esfuerzo para no tomársela otra vez.

–Tesoro, ¿me harías un favor?

–Si puedo...

–Deja de presuponer lo peor de mí. No soy un ángel, sé que no tengo buena reputación con las mujeres, y reconozco que me la merezco, pero tampoco soy el cerdo que piensas. La primera vez que hablamos de este matrimonio dije que estaría basado en el respeto y lo dije de verdad. Jamás sería tan irrespetuoso como para llevarte a un sitio a donde he llevado a otras mujeres.

–Estoy empezando a creérmelo –murmuró ella abriendo los ojos y mirándolo fijamente.

–Perfecto –entonces, él lo estropeó todo al mirarla con lascivia y besarle los nudillos–. También dije de verdad que intentaría seducirte cuando tuviera una oportunidad.

Ella lo miró con el ceño fruncido, pero no consiguió hacerlo con la intensidad habitual, fue imposible cuando todo su cuerpo anhelaba que la besara en sitios mucho más íntimos que las manos.

–Ya puedes soltarme la mano –replicó ella, aunque le espantó que la voz le saliera destemplada.

Él se rio, pero le soltó la mano.

–Estoy empezando a pensar que este matrimonio va a ser divertido.

–Soy tronchante.

–Eres mucho más divertida de lo que me imaginaba –reconoció él dándose la vuelta para tener todo el cuerpo de frente a ella.

–Nunca he tenido mucho tiempo para dar rienda suelta a mi lado divertido –comentó ella con ironía–. Siempre he estado estudiando o trabajando.

No añadió que el concepto de diversión estaba prohibido en la casa donde se había criado. Otras familias se divertían, pero los Van Basten, no.

–Yo también he trabajado y estudiado mucho, pero eso no me ha impedido divertirme.

–No me imagino que pueda haber algo que te impida buscar el placer.

–Tú estás impidiéndomelo –él bajó la cabeza para parecer afligido, pero sus ojos dejaron escapar un destello y se acercó más a ella–, pero no por mucho tiempo, y puedo prometerte que será un placer para los dos.

–¿Solo piensas en sexo?

Ella no debería dar pie a esa conversación, pero era como si el buen juicio hubiese volado por la ventana, y tampoco debería estar acercándose a él.

–¿No te has mirado en un espejo? ¿Qué hombre te miraría y no pensaría en sexo?

–Soy algo más que solo un cuerpo.

–Y a mí no me mueve solo el sexo, también estoy empezando a apreciar tus otras virtudes.

–Si no te mueve solo el sexo, ¿por qué te espanta tanto el matrimonio?

–No me espanta el matrimonio. Sencillamente, es una institución en la que nunca he querido entrar, pero, una vez dentro, quiero sacarle todo el partido y en eso se incluye el dormir todas las noches al lado de tu cuerpo cálido y precioso.

Estaba casi pegada a Daniele, su maravillosa boca estaba tan cerca que sus labios casi se rozaban, pero sintió un alivio inmenso cuando vio las luces del castillo en medio de la oscuridad de la noche.

Tomó aire y se apartó de él. Estaban en casa y era hora de irse a la cama.

Daniele avivó el fuego antes de meterse en la cama de cuatro postes que llevaba tanto tiempo en el castillo que ya se consideraba una antigüedad. Había cambiado las cortinas del ventanal y había puesto las más gruesas que había encontrado, pero tenía que llamar al contratista a la mañana siguiente. La rehabilitación de esa ala empezaría inmediatamente.

Todos los pensamientos se le disiparon cuando Eva salió del cuarto de baño envuelta en su gruesa bata. Su compostura, que ya era una característica propia, era la misma de siempre. La misma que cuando entró en ese cuarto, miró alrededor con frialdad y asintió ligeramente con la cabeza como si diese el visto bueno.

Él se había ocupado de que algún empleado le llevase sus cosas al dormitorio de él mientras estaban fuera, y ella había abierto las puertas del vestidor, que sus antepasados habían utilizado como oratorio, como si ya las hubiese abierto un centenar de veces. Había elegido lo que iba a ponerse esa noche y había ido al cuarto de baño como si hubiese estado haciéndolo durante años.

Entonces, cuando se dirigía descalza a la cama, vio que sus pasos vacilaban un poco. Se metió en la cama y se quedó boquiabierta.

–¿No calientas la cama de alguna manera?

Esa noche, no. Esa noche había dado instrucciones concretas para que no les calentaran la cama. Rastrero, pero necesario.

–Si tienes frío, estaré encantado de darte calor.

–Ya entraré en calor por mis medios. Sobre todo, si me dejo la bata encima del pijama.

–¿Es un pijama sexy?

Se tumbó en su lado y se tapó hasta que solo sobresalió la coronilla de su resplandeciente pelo rojo.

–Nunca lo sabrás si no calientas la cama. Buenas noches, Daniele.

–¿No le das un beso de buenas noches a tu marido?

–No.

–Es nuestra noche de bodas...

–Feliz noche de bodas.

Daniele se rio en voz baja y apagó la luz de la mesilla. Una vez a oscuras, se quedó lo más cerca del centro de la cama que pudo, sin invadirle su espacio para que no pudiera quejarse, y de cara a ella. Bueno, de cara a su espalda. Podía oler levemente su champú y su pasta de dientes, y algunos retazos del perfume que usaba y que él estaba empezando a adorar.

Ella se movió un poco, como se movía alguien que tenía frío.

–¿Sigues teniendo frío?

–Estoy entrando en calor.

Se quedaron en silencio y solo se oyó el rumor de las sábanas con las que se había envuelto ella.

–¿Siempre te mueves tanto?

–¿Siempre hablas tanto?

–Puedo darte calor.

–Estoy bien.

–Deja de moverte y demuéstralo.

–No tengo que demostrar nada.

Sin embargo, dejó de moverse, hasta que un minuto después volvió a oír el rumor de las sábanas. Daniele sonrió, se acercó un poco y levantó la sábana que le cubría la espalda.

–¿Qué haces? –preguntó ella en tono áspero.

–Usar el cuerpo para darte calor. No temas, estás a salvo.

–Tócame más de la cuenta y tú no lo estarás.

Daniele aprovechó el consentimiento tácito, aunque a regañadientes, y le pasó un brazo por encima del abdomen con mucho cuidado de no tocarle en ningún sitio que a ella pudiera parecerle excesivo y la estrechó contra él.

–¿Mejor? –preguntó él por encima de su cabeza.

Los mechones de pelo que le acariciaban por debajo de la barbilla le parecieron de seda.

Eva farfulló algo. No estaba derritiéndose entre sus brazos, pero tampoco estaba intentando escapar.

Le sorprendió lo a gusto que estaba abrazándola sin más. No iba a intentar nada, aunque tampoco le importaría que ella se diese la vuelta y saltara sobre él, y se conformaba con estar tumbado con sus voluptuosas curvas pegadas a él. Además, todos sus olores hacían que le desbordaran los sentidos.

Era mucho esperar que la entropierna se portara con el mismo decoro que el resto del cuerpo. Llevaba semanas fantaseando con tener a Eva en la cama y entre sus brazos y, aunque fuese algo tan casto, estaba haciendo estragos en su reacción hacia ella. Oyó un resoplido y supo que ella había notado en su propia carne esa falta de decoro.

–Tranquila –murmuró él–. No va a pasarte nada.

Eva debió de creerlo porque suspiró, pero se quedó donde estaba. Cuando le pasó la mano por encima del abdomen y del nudo del cinturón de la bata, se encontró con su mano, pero ella no se opuso cuando se la tomó. Más aún, notó cierta presión cuando entrelazó los dedos con los de ella. Tenía los dedos fríos.

Sintió una punzada de remordimiento. Eva había vivido en el Caribe no sabía cuánto tiempo. No se lo había preguntado, pero sí sabía que había sido mucho tiempo. Lo único de bueno que tenía Caballeros era un clima soleado durante todo el año. Ella tuvo que acostumbrarse a eso y, en ese momento, estaba en ese castillo centenario lleno de corrientes de aire durante un invierno más frío de lo normal en esa zona, y tenía que acostumbrarse otra vez.

No se había quejado, se había limitado a sobrellevar las gélidas corrientes y las inútiles chimeneas de troncos. Si hubiese sabido lo friolera que era, habría llamado a su operario para que acondicionara inmediatamente sus aposentos y no se habría concentrado en ponerse al día con el trabajo antes de la boda.

Además, también habría pedido que le calentaran la cama. Una cosa era que hubiese querido que tuviese un poco de frío para aprovecharse, pero otra cosa era que se congelara.

Sin embargo, estaba entrando en calor y relajándose.

Se le aceleró el corazón a medida que pasaban los segundos y también le gustaría relajarse. Era una batalla, una batalla que se había buscado él mismo al tenerla tan cerca aunque esa bata tan gruesa separase sus cuerpos. La única parte de sus cuerpos que se tocaban eran las manos, y no parecían querer separarse.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —susurró ella justo cuando el cerebro de él estaba empezando a apagarse.

—Claro.

—Has tenido muchas amantes, ¿no has sentido nada por ninguna de ellas?

Estaba pensando en él con amantes. No sabía si era algo bueno o malo, seguramente, lo segundo, y no podía reprochárselo.

—Algunas me gustaron más que otras.

Se remontó a hacía unos años, cuando salió con una modelo francesa que podía mantener una conversación aceptable. No una conversación aceptable como la que podía mantener con Eva, pero había sido Einstein en comparación con sus otras novias. No se había aburrido de ella tan deprisa como solía hacer. Después de unas semanas saliendo con ella, un auténtico récord para él, la llevó a una fiesta que daban en una embajada en París a la que también asistía su hermano. Ella se había pasado toda la noche coqueteando con Pietro, quien no hizo nada para disuadirla, aunque ya estaba prometido a Natasha, quien, por su parte, no había ido a la fiesta. Él la dejó sin contemplaciones, pero cada vez que pensaba en aquella noche, no pensaba en ella, pensaba en su hermano.

Él había tenido fama de libertino, pero jamás habría coqueteado con Natasha ni con ninguna de las novias que había tenido Pietro antes. Jamás coquetearía con una mujer que tenía pareja. Era posible que su sentido del honor fuese laxo para algunas personas, pero su lealtad era absoluta. Le había enfurecido y asombrado que el perfecto Pietro tuviese un sentido del honor y de la lealtad tan voluble y que él no lo hubiese visto.

—Pero ¿no pensaste casarte con ninguna en vez de conmigo? —preguntó ella con el mismo susurro delicado.

—No.

Él le apretó la mano. No quería pensar en su hermano ni en su más que dudoso comportamiento. Tenía que pensar en lo bueno, no en lo malo, y había habido mucho más de lo primero.

—Eres la única mujer con la que podría haber dado este paso.

Él sabía, con una certeza que no podía explicar, que Eva no se degradaría ni sería tan insensible como para coquetear con un hombre cuando era de otro.

Aunque no era de él, se recordó inmediatamente. Claro que no y, además, si se enteraba de que pensaba eso, lo mandaría a paseo.

Sin embargo, eso no le disminuía el sentido de propiedad mientras la abrazaba con fuerza.

Jamás se había despertado tan a gusto, estaba tan calentita y somnolienta que no quería abrir los ojos para romper el hechizo. El cuerpo grande y cálido de Daniele seguía pegado al de ella y le daba calor como si fuese una bolsa de agua caliente de tamaño natural. En algún momento de la noche, se había soltado la mano y la había metido por debajo de la bata para posarla sobre la parte de arriba del pijama, sobre el abdomen.

No había pensado que podría dormir en la misma cama que él, pero había dormido profunda y

apaciblemente, como un bebé. Había notado su erección y el calor que le había producido, habría bastado para que se apartara de él con la certeza de que ya no tenía frío. Sin embargo, se había quedado donde estaba, no había querido moverse. Había anhelado apretarse más contra él, tentarlo para que se dejara llevar por el deseo, para que le borrara la palabra no de los labios con un beso...

Sentía lo mismo en ese momento. Un anhelo que se había adueñado hasta del último rincón de su cuerpo, un calor que la derretía por dentro y que hacía que tuviera que hacer un verdadero esfuerzo para acordarse de los muchos y muy buenos motivos que tenía para que su matrimonio fuese platónico.

Tomó aire por la nariz y abrió los ojos. La oscuridad que los había envuelto durante la noche se había convertido en una tenue luz grisácea, el sol de la mañana intentaba colarse entre las gruesas cortinas como ella intentaba entender ese anhelo tan intenso por el hombre con el que se había casado.

Se destapó con decisión, se levantó de la cama y fue al cuarto de baño. Una vez encerrada y a salvo en su refugio provisional, se metió en la ducha y rezó para que el agua humeante le borrara esas sensaciones que se habían abierto paso entre el caparazón que se había construido alrededor de sí misma.

—¿Has dormido bien, tesoro?

Eva miró por encima del borde de la taza de café que acababa de llevarse a los labios y el corazón le dio un vuelco peligroso.

Cuando había salido del cuarto de baño, se había metido en su vestidor. Estaba pensando qué ponerse cuando oyó el agua de la ducha y supo que Daniele estaría debajo. De repente, sintió una timidez que le había parecido injustificada, se había vestido de prisa y corriendo y se había recogido el pelo, todavía húmedo, en una coleta, e hizo una mueca de fastidio cuando vio las raíces oscuras en la raya del pelo. Se le notaría dentro de un par de días.

Luego, había cruzado apresuradamente el dormitorio antes de que él saliera del cuarto de baño y había ido al comedor. Un empleado ya había llegado con una bandeja con café, fruta, carnes frías y bollos recién hechos, y puso un gesto de decepción cuando ella rechazó la oferta de algo cocinado.

Esa era la primera vez que veía a Daniele desde que había salido corriendo de su cama. ¿Estaba imaginándoselo o estaba más guapo cada vez que lo miraba?

Se había vestido con ropa informal, con unos pantalones de algodón negro y un grueso jersey gris de cuello redondo. Su pelo alborotado seguía mojado y olía a colonia y gel de ducha.

Sus ojos brillaron cuando se encontraron con los de ella.

Eva se aclaró la garganta con discreción y contuvo las ganas de llevarse la mano al corazón acelerado.

—Bastante bien, gracias. ¿Tú?

—Bastante bien para ser un hombre que temía el...dolor testicular —contestó él con una sonrisa que solo podía calificarse de maliciosa.

Ella volvió a aclararse la garganta.

—A lo mejor no tendrías ese problema si durmieras solo.

Él sacudió la cabeza con un arrepentimiento burlón.

—He padecido un deseo insatisfecho crónico desde que viniste aquí. Basta con que te imagine en

una cama –él ladeó la cabeza como si estuviese pensándose mejor–. La verdad es que basta con que piense en ti.

–¿Quieres café? –le preguntó ella ironía.

–Creo que eso no da resultado para curar el deseo insatisfecho crónico, pero sí, por favor.

Ella, intentando disimular el temblor de las manos, sirvió una taza y la empujó a través de la mesa hasta donde él acababa de sentarse y ya estaba comiéndose una galleta.

–Gracias –Daniele sonrió–. Ahora, come algo y haz una bolsa.

–¿Vamos a marcharnos?

–Vamos a ir un par de días a mi casa en Siena. El tiempo no es mucho mejor, pero la casa está bien acondicionada. Mandaré a algunos de mis operarios para que vengan a hacer unos cambios y no te sientas como si durmieras en un iglú.

Sin embargo, poco después, mientras elegía algo de ropa para llevársela, pensó que ese era el problema, que a ella le había gustado dormir en un iglú, que le había gustado porque así podía aceptar que Daniele le diese calor con su cuerpo.

Capítulo 9

LA CASA de Daniele en Siena resultó ser una extensa villa en las afueras que había proyectado él mismo, que se identificaba con el patrimonio artístico de la ciudad, pero que era innegablemente moderna. Estaba tan bien acondicionada que podría haberse paseado desnuda y no habría tenido frío.

Fueron sin prisa, pararon en un restaurante tradicional de un pueblo y pasaron la tarde paseando por la zona de la catedral. Por la noche fueron a otro restaurante, donde cenaron sopa *ribolitta* y *pappardelle* con un *chianti* tan suave que Eva tuvo que hacer un esfuerzo para no beber más de dos copas.

Como la temperatura de la casa era constante, se acostó con el pijama, pero sin la bata. Una vez más, rechazó la propuesta de Daniele para que le diera un beso de buenas noches y, una vez más, durmió de espaldas a él.

Sin embargo, se despertó por la mañana muy pegada a él, con su mano en el abdomen y con un muslo muy pesado por encima... y con la sangre bulléndole por una cálida sensación de deseo. Entonces, cuando se levantó de la cama sin despertarlo, se dio cuenta de en qué parte de la cama habían dormido juntos. Tenía que haber retrocedido para encontrarse con él en el centro.

Lo mismo pasó a la noche siguiente, pero esa vez se despertó entre sus brazos con la cara sobre su pecho desnudo y aspirando su intenso olor. Había pasado en un instante de sentirse como drogada a estar completamente despierta y a saltar de la cama como impulsada por un resorte. Cuando por fin se le serenó el pulso y pudo salir del cuarto de baño, fingió que no veía el brillo tan elocuente de sus ojos.

Negaría esa atracción mientras pudiera. No haría caso a cómo se le aceleraba el corazón por una simple mirada ni a cómo se le alteraba el pulso cuando su mano rozaba la de ella.

Después de dos noches y una ociosa mañana que pasaron paseando por un museo, volvieron al frío castillo para prepararse y salir por la noche con Francesca y Felipe, que estaban en Pisa.

Eva pudo ver que algo importante había pasado en cuanto entraron en el patio. Habían levantado unos andamios en su ala y un ejército de hombres estaba trabajando en el frío de diciembre para reponer la argamasa de la mampostería. Lo primero que notó cuando llegaron a sus aposentos fue que no había corrientes.

–Ventanas nuevas –le explicó Daniele con una sonrisa–. Espera a ver nuestro dormitorio.

Ella entró un paso y se paró en seco.

–¿Qué te parece?

–No tenía ni idea de esto... –contestó ella casi sin poder respirar y dándose la vuelta para mirarlo.

Durante el poco tiempo que habían estado fuera, su equipo de operarios había cambiado el

antiguo papel pintado por otro con hojas doradas que mantenía el estilo del castillo pero mucho más moderno y habían puesto una moqueta nueva y más mullida. Habían limpiado la chimenea y unas cortinas gruesas, a juego con las que había puesto en la ventana, estaban recogidas y atadas a los postes de la cama.

–Creo que notarás que ahora está mucho mejor acondicionado –comentó él para romper el silencio–. Me pareció que tenía que hacer algo para calentar el castillo y que no salieras corriendo con todo el dinero que te había dado.

–Solo llevamos tres días casados, dame tiempo.

Sin embargo, la delicadeza de su mirada indicaba que había dejado a un lado cualquier idea de acabar el matrimonio a corto plazo. Estaba ablandándose con él.

–¿No me darías un beso de agradecimiento por haber hecho todo esto? –preguntó él.

Él esperó que ella hiciese una mueca de disgusto o contestara con algún sarcasmo, pero se quedó boquiabierto cuando Eva se acercó, apoyó las manos en sus hombros y le dio un beso en la mejilla.

Sus labios eran tan delicados como se había imaginado, pero se apartó demasiado pronto para su gusto.

–¿A eso le llamas un beso?

Él la agarró de las muñecas con tanta fuerza que no pudo zafarse. Ella se sonrojó y los ojos azules se le oscurecieron.

–¿En qué tipo de beso estabas pensando?

Él la estrechó tanto contra sí que pudo notar el ligero estremecimiento que le recorrió el cuerpo a ella.

–En uno así.

Daniele le soltó las manos y le subió los dedos por los brazos y los hombros hasta que le tomó la cara y la besó en la boca.

Ella se resistió levisísimamente, como si tomara aire por la sorpresa antes de suspirar y de casi dejarse arrastrar por el beso.

El deseo, siempre rondándole esos días, le convirtió la sangre en lava por la reacción tan ardiente de ella. Eva introdujo la lengua en su boca y fue todo lo que necesitó para profundizar el beso, retirar las manos de su cara y quitarle la cinta que le sujetaba la cola de caballo. El pelo la cayó como una cascada de seda, pero entonces, demasiado pronto, Eva giró la cara y sus labios se quedaron sobre la mejilla de ella.

–Ya puedes parar –murmuró ella con la voz entrecortada, no tan firme como solía ser.

Daniele, con la entrepierna dolorida, cerró los ojos y tomó aire, lo que solo empeoró las cosas porque inhaló su maravilloso y único olor.

–Vas a matarme –gruñó él.

–Creo que voy a matarnos a los dos –replicó ella con una risa fugaz.

–Entonces, ¿qué te detiene?

Eva se apartó de él y se recogió el pelo para hacerse la cola de caballo, pero no se acordó de que él lo tenía en la mano. Eva se mordió el labio inferior.

–Daniele... –ella volvió a tomar aire para que la voz la saliera bien–. Daniele, solo he estado con un hombre. Llevó seis años sin... hacerlo. Yo... –Eva parpadeó como si buscara la palabra que explicara lo que estaba sintiendo–. Estoy asustada...

–¿De mí?

–De lo que siento –contestó ella mirando hacia otro lado.

–¿Y qué sientes?

–Desorientación –le soltó el pelo y le cayó por los hombros y la espalda–. No he sentido deseo jamás. No sé si conseguiría que una cabeza racional quisiera cosas irracionales.

La cabeza la dio vueltas cuando ella reconoció que no había sentido deseo antes que él y la intuición le dijo que tenía que cortar esa conversación, que no hacía falta que supiera más detalles. Ya sabía que había estado casada con Johann durante cuatro años y que se había casado para escapar de sus padres. Eso era más que suficiente. No quería complicar su matrimonio con sentimientos, sobre todo, con los suyos.

Sin embargo, saber que no había sentido deseo por el hombre al que había considerado un rival... Saber que era el primer hombre al que había deseado...

–Desear a alguien no tiene nada de irracional –replicó él con delicadeza–. El deseo es lo que hace que el mundo gire, ya sea el deseo de dinero, de poder o de otra persona, es lo que nos mueve. Yo te deseo y tú me deseas, y estamos casados. ¿Qué tiene todo eso de irracional?

Ella volvió a mirarlo y a él le pareció captar cierta tristeza.

–Haces que parezca muy sencillo.

–Solo es complicado si lo complicas.

Eva, después de aguantarle un momento la mirada, dejó caer los hombros con una risa forzada.

–Tienes razón, tengo tendencia a darle demasiadas vueltas a las cosas.

–Entonces, ¡deja de darle vueltas y ven conmigo! –exclamó él con los brazos abiertos.

Ella, sin embargo, se quedó donde estaba, con una sonrisa vacilante en los labios.

–Lo pensaré...

Daniele se acercó, le tomó la cara con las manos y la besó con firmeza en la boca.

–Toma... –le susurró él al oído–. Eso te ayudará a pensar –la soltó y se fue al cuarto de baño–. Esta noche, cuando nos vayamos a la cama, te prometo que te ayudaré a pensar un poco más.

Francesca y Felipe estaban de un humor excelente cuando se encontraron en el exclusivo y acogedor restaurante de Pisa.

Cuando oía a Francesca hablar con pasión sobre su casa nueva y los planes de boda, casi se olvidaba del beso que se habían dado Daniele y ella... Se estremeció solo de pensarlo. No debería pensar en eso, en ese momento y en ese lugar, en un restaurante donde la gente notaría el calor que todavía le subía por el cuello y la cara.

Hizo un esfuerzo doble para olvidarse de eso y de lo que le esperaba esa noche, y para relajarse y disfrutar de la calidez y la amistad, aumentadas por los saludos de otros comensales que los habían reconocido. Daniele conocía a mucha gente y tenía muchos amigos.

La mayoría de las personas aprendía a hacer amigos en la infancia, pero ella nunca había adquirido ese conocimiento. Le habían disuadido de tener amigos y era impensable que invitara a una niña a jugar con ella. Había tardado un año en reunir el valor necesario para devolverle a Johann una de sus tímidas y dulces sonrisas. Después de casarse, y con su ayuda, había empezado a relacionarse mejor con los demás, pero él había seguido siendo el único amigo de verdad que había tenido...hasta ese momento. Daniele tenía un círculo de amigos muy amplio y estaban encantados de acogerla.

Una pareja con un bebé dormido los vio cuando se dirigían hacia la salida y se acercaron para saludarlos. El padre se presentó como un viejo amigo de Daniele. El bebé, ya mayorcito, se movió entre sus brazos, bostezó, abrió los ojos y los clavó en Eva. Ella sonrió y el bebé sonrió tanto que

no pudo resistir la tentación de alargar una mano para acariciar la mejilla rellena de la niña.

–Le caes bien –comentó la madre.

–Es preciosa –se limitó a decir ella.

Miró con avidez esas manitas regordetas que la saludaban y el pequeño mechón de pelo rubio y sintió algo en el corazón que la dejó sin respiración.

Nunca había pensado en tener hijos. Cuando estuvo casada con Johann, bastante les costaba rascar el dinero que necesitaban para comer ellos y no pensaron en tener un hijo. Después, había estado sola desde que murió él, se había apartado de todo el mundo y había sofocado sus sentimientos. Le encantaban los niños del campamento de Caballeros, pero con cierta distancia, como a los profesores les encantaban los niños a su cargo.

Desde que Daniele la había metido en su vida, esos sentimientos que había sofocado habían empezado a despertarse, era como un goteo que iba aumentando poco a poco dentro de ella.

Por primera vez, se permitió imaginarse lo que sería tener un hijo propio, alguien a quien amar y alguien que la amara.

Entonces, miró a Daniele y vio que la miraba fijamente, como parecía mirarla todo el rato, y el corazón le dio otro vuelco.

Podrían tener un hijo juntos.

Descartó esa idea tan pronto como la tuvo. Solo llevaban cinco minutos casados y era demasiado pronto para pensar en tener un hijo juntos. Un hijo implicaba un compromiso para toda la vida y eso era algo que ella no le había prometido a él. Podía dejar todo eso cuando quisiera.

Volvió a mirarlo. Estaba sonriendo por algo que había dicho Francesca y debía de haberse pasado la mano por el pelo, porque lo tenía levantado. Anheló alisárselo y bajar la mano por la nuca. Volvió a estremecerse.

Su matrimonio duraría todo lo que ella quisiera y, en ese momento, no tenía la más mínima intención de dejarlo.

Una vez en el coche, Daniele tomó la mano de Eva mientras los llevaban al castillo. Más que sentirse encantado porque a ella parecía gustarle que se la hubiese tomado, le daba vueltas en la cabeza a todo lo que había averiguado sobre ella gracias al incesante interrogatorio de su hermana.

Se había enterado de que Eva había pasado los tres primeros años con Blue Train Aid Agency trabajando en los países más pobres de África, coordinando la llegada de medicinas y comida y cerciorándose de que llegaban a quienes las necesitaban. Como dijo ella, un montón de papeleo. Luego, hacía un año, la mandaron a Caballeros porque hablaba español y volvió a coordinar la comida y las medicinas para quienes las necesitaban, que, en ese país, era un porcentaje muy elevado de la población. Cuando llegó el huracán, había tenido la suerte de estar con sus colegas en el edificio de hormigón que utilizaban como oficinas. Que Eva y sus colegas ya hubiesen estado allí listos para ponerse manos a la obra y trabajar en el campamento de acogida había sido una suerte mayúscula.

Así lo había llamado ella: suerte. Suerte porque se había visto atrapada en medio de uno de los huracanes más fuertes de la historia. Lo había contado tan desapasionadamente que él había llegado a creer que no había pasado ningún miedo, y fue lo que había dicho Eva cuando se lo preguntó una Francesca muerta de curiosidad.

–No tenía que tener miedo de nada –había dicho Eva encogiéndose un poco de hombros–. Si me

había llegado la hora, pues me había llegado.

Él había sentido un escalofrío por todo el cuerpo ante esa indiferencia por su propia seguridad y su vida, y seguía sintiéndolo en las venas. ¿Qué vida había vivido para no darle valor?

Le soltó la mano y se pasó los dedos entre el pelo.

–Estaba pensando que podrías abrir una consultoría para asesorar a los ricos y famosos sobre cómo ayudar mejor a los necesitados.

–¿De verdad? –preguntó ella parpadeando por la sorpresa.

–¿Por qué no? No querías renunciar a tu trabajo y sé que te aburrías mientras esperábamos a la boda. Puede ser todo lo formal o informal que quieras. A mucha gente le gustaría ser filantrópica, pero no siempre es fácil saber por dónde empezar y que el dinero que donan va a donde ellos creen que va a ir. Tienes que tener un montón de contactos en el mundo de las organizaciones humanitarias –Daniele levantó las palmas de las manos–. Es algo que habría que pensar.

–No dejas de sorprenderme... –reconoció ella asintiendo con la cabeza.

–¿En qué sentido?

–Cuando nos conocimos, creí que solo eras un playboy egoísta, pero no lo eres, ¿verdad? Veo, bajo tu fachada de escéptico, que hay alguien que sí se interesa y que quiere ayudar. Ya has donado dinero a buenas causas –añadió ella en tono afirmativo, no interrogativo.

–Dinero por remordimiento. La filantropía de verdad se la dejaba a otros.

Como su hermano Pietro.

Ella se giró un poco en el asiento para mirarlo a los ojos, como si quisiera interpretarlo.

–Al menos, eres sincero y no lo utilizas para hacerte propaganda o buscar la adulación.

–¿Conoces a alguien que lo haga?

–Claro. Creo que, para algunos, la filantropía es...una pose.

–¿Una pose? ¿En qué sentido?

–Por favor, no creas que estoy hablando mal de ellos. Lo que hacen es maravilloso independientemente del motivo. Lo que pasa es que creo que algunos no lo hacen con el corazón. ¿Entiendes lo que quiero decir? Lo hacen para aparentar, para que los adulen o los aplaudan, que no tienen un deseo sincero, de corazón, para ayudar a mejorar las cosas. También debería añadir que solo me refiero a algunos, que he conocido a muchos que se preocupan sinceramente.

–¿En qué categoría pondrías a mi hermano?

Ella vaciló y se mordió el labio inferior, algo que a él le extrañó un poco porque había esperado la típica palabrería sobre lo increíble que era Pietro.

–¿Consideras que mi hermano hacía todos esos gesto impresionantes para que lo adularan? –preguntó él mientras notaba cierta rabia por dentro.

–No he dicho eso.

–Tampoco lo niegas.

–Solo lo traté un par de veces. No lo conocía casi.

La evasiva hizo que el recelo fuese mayor.

–Pero sí creíste que lo conocías lo bastante como para juzgarlo.

–¡No lo he juzgado! –se quejó ella–. Era una persona impresionante, lo que hizo para ayudar a los demás fue increíble...

–Aun así, te parecía que lo hacía para aparentar –Daniele se inclinó hacia delante con el corazón golpeándole en las costillas–. Mi hermano hizo más que nadie, que yo conozca, para ayudar a los demás. Dedicó mucho tiempo a recaudar fondos y a organizar proyectos para su fundación, y se metió en situaciones peligrosas sin preocuparse por su seguridad porque quería

ayudar y sabía que podía hacerlo. Además, jamás recibió un céntimo, al contrario que los empleados de las organizaciones humanitarias, como tú, que reciben un sueldo por el buen trabajo que hacen. Aun así, ¿te atreves a criticarlo?

Eva se quedó increíblemente inmóvil durante su diatriba. Él no sabía de dónde había salido eso, lo dijo aunque la parte racional de su cerebro sabía que estaba siendo injusto con ella, y que no podía parar.

Jamás en su vida había oído una palabra crítica con su hermano, ni una sola palabra.

–No lo he criticado –replicó ella con firmeza, y con un ligero temblor en la voz–. Me has preguntado lo que pensaba y te lo he dicho. Tu hermano hizo cosas increíbles y nada puede o debe cambiar eso, y menos mi opinión personal, que no tiene ningún valor.

Daniele tomo una bocanada de aire muy profunda y hundió los dedos en el asiento del coche.

Aunque le doliese reconocerlo, la opinión de Eva era idéntica a la suya. Siempre había creído que lo que hacía Pietro lo hacía para aparentar, que era una manera de que el mundo viera lo maravilloso que era. Nunca había creído que le saliera del corazón.

Sin embargo, una cosa era lo que él pensara de su hermano, era su hermano y él tenía la obligación de ver sus defectos y criticarlos, no los demás.

–Tienes derecho a tener tu opinión, pero deberías saber que es mi hermano y que siempre lo defenderé.

–Lo entiendo –reconoció ella sin alterarse–. Las familias son complicadas, pero los lazos pueden ser muy fuertes. Se tiende a protegerlos aunque sean las peores personas del mundo.

Él no tuvo que preguntar nada para saber que lo decía por experiencia propia y eso le crispó un poco más todavía. No pensaba preguntar los detalles, no quería saber nada más sobre ella. Su matrimonio debería ser un juego de salón a largo plazo donde los sentimientos estaban vedados, un matrimonio que era, para los dos, un medio para llegar a un fin. Los votos deberían unirlos en un sentido figurativo.

En teoría, él solo debería sentir deseo hacia ella.

Capítulo 10

EVA NO podía entender por qué se sentía tan desgraciada. No había dicho nada ofensivo sobre el hermano de Daniele, pero sabía que lo había enojado.

Ojalá hubiese mantenido cerrada la boca. No había estado pensando en su hermano cuando había hablado de los filántropos que buscaban la adulación. Había estado pensando en Daniele, quien parecía egoísta y frívolo, pero era un hombre bueno y desinteresado que no necesitaba que lo adularan. Más aún, estaba empezando a pensar que él se oponía activamente a la adulación.

Los diez últimos minutos hasta el castillo habían transcurrido en silencio y cuando pararon en el patio, él se bajó y le ofreció la mano para ayudarla, pero en vez de aprovechar la ocasión para retenerla el mayor tiempo posible, como solía hacer, se la soltó en cuanto estuvo de pie.

Siguieron en silencio hasta el ya cálido dormitorio. Daniele le ofreció que usara el cuarto de baño incorporado y, antes de volver a salir, murmuró algo sobre que él usaría el que estaba en la puerta de al lado.

Ella se había duchado mientras se preguntaba qué podría decir para arreglar las cosas entre ellos. Después de secarse, miró con indecisión el pijama que había llevado para cambiarse.

Le asombraba y asustaba lo deprisa que habían cambiado sus sentimientos hacia Daniele. Su relación con Johann había evolucionado, delicada y tímidamente, durante muchos años. Johann, a su manera, había sido tan retraído como ella, era un chico de pueblo con muchos sueños y un corazón enorme. Lo que les había estimulado había sido el amor y la amistad y no la pasión, aunque le daba pena reconocerlo. Cuando lo había mirado, había sentido satisfacción y seguridad. Cuando lo había besado, había sentido tranquilidad.

Cuando miraba a Daniele, sentía como si tuviera dos corazones latiéndole. Cuando la había besado, había sentido un deseo desbordante que había conseguido contener con mucho esfuerzo.

No, «contener» era una palabra incorrecta. ¿Cómo se iba a contener una fuerza de la naturaleza? Ella había corrido para escapar de esa sensación, pero sabía que nunca podría correr lo bastante deprisa. Cuando estaba con Daniele, brotaba entre ellos con una intensidad abrasadora que la provocaba y tentaba.

Sin embargo, ¿de qué tenía miedo? Solo era sexo. Otra vez estaba dándole demasiadas vueltas a las cosas.

Le había dicho a Daniele desde el principio que no tendría relaciones sexuales con él porque tenía que conservar cierto poder y porque su matrimonio era un contrato que se basaba en el dinero y que, además, no iba a aceptar que su cuerpo fuese una forma de devolverlo, que eso sería lo mismo que prostituirse.

Sus sentimientos habían cambiado. Hacer el amor con él no sería prostituirse. ¿Qué poder sobre ella iba a darle a él si hacían el amor? Ella seguiría siendo libre para marcharse cuando quisiera.

Entonces, tomó la bata que estaba colgando de la puerta y, todavía desnuda, se la puso y se la ató alrededor de la cintura. Sin pensárselo, sin preocuparse. Deseaba a Daniele y él la deseaba a ella. ¿Qué iba a temer?

Abrió la puerta y entró en el dormitorio.

Daniele ya estaba en la cama, tumbado de costado y de cara a la pared. Había apagado la luz principal y había dejado encendida la de la mesilla. No se movió ni se dio por enterado de que ella estaba allí.

Ella fue a su lado de la cama, pero, en vez de acostarse, desató la cortina que estaba atada al poste y la corrió hasta el centro de la barra que unía los postes.

Él, lentamente, se puso de espaldas.

Eva rodeó la cama con Daniele mirándola en silencio, fue desatando las cortinas y corriéndolas hasta que toda la cama estuvo rodeada por los cortinones granate. Luego, se metió entre los dos que estaban en el lado de Daniele.

La única iluminación era el ligero resplandor de unas luces diminutas que había encima del cabecero y que él debía de haber encendido mientras ella rodeaba la cama.

Daniele tenía una mano debajo de la cabeza y la miraba con una expresión indescifrable en los ojos.

Ella se quedó al lado de él y puso la mano sobre la colcha que cubría las sábanas. Fue subiéndola hasta el embozo y, sin permitirse un asomo de duda o miedo, las bajó hasta sus pies.

Se quedó mirándolo y deleitándose con él.

Siempre lo había visto completamente vestido. En ese momento, estaba desnudo y era impresionante.

Sus piernas musculosas acababan en unas caderas estrechas con una erección tan grande en medio que le llegaba al ombligo, y tuvo que parpadear para cerciorarse de que no era un efecto visual por la tenue luz. El pecho era musculoso y fibroso, con una leve mata de vello oscuro entre los pezones marrones.

Algo le palpitó por dentro, esa fuerza de la naturaleza de la que había intentado escapar estaba despertándose y la atenazaba por dentro. La resistencia era cosa del pasado. Eso era el presente, eso era lo que ella quería, lo que querían los dos.

Bajó la mirada hasta los grandes y sorprendentemente bonitos pies. No sabía que unos pies pudieran ser bonitos. Puso una mano en el derecho y los dedos se contrajeron un poco. Le acarició el tobillo y fue subiendo la mano por el muslo hasta que llegó a la tableta del abdomen con un vello muy delicado, pasó de largo la erección rampante, siguió por el pecho, que subía y bajaba aceleradamente, y por el costado del cuello y se detuvo cuando llegó a la boca. Él separó los labios y ella le pasó el dedo índice como si fuese un beso, hasta que, por fin, se sentó a su lado en el borde de la cama.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, se desató el cinturón de la bata, que se abrió y la dejó tan expuesta como él lo estaba a ella. Toda posible timidez se disipó cuando vio que él abría los ojos y tragaba saliva.

Le tomó la mano y él no se movió mientras le acariciaba los dedos, mucho más largos y gruesos que los de ella, y le pasaba la lengua por la palma.

Se le había entrecortado la respiración y se llevó su mano a un anhelante pecho. Sintió algo parecido a unos dardos ardientes en la piel y echó la cabeza hacia atrás.

Daniele se sentía como si se hubiese quedado dormido y se hubiese despertado en el sueño más erótico que podía haberse imaginado. Se olvidó de todos los sentimientos atormentados que había

llevado al dormitorio. Con las cortinas de la cama cerradas, solo estaban ellos dos en ese mundo.

Eva estaba seduciéndolo y casi no podía creerse que fuese verdad. Sin embargo, el peso de su pecho en la mano era de verdad, el suspiro que dejó escapar cuando lo apretó entre los dedos pareció de verdad, le pareció como un sueño hecho realidad.

Nunca había visto un deseo tan concentrado como el que veía en esos ojos azules que se derretían, nunca había sentido tanto deseo él mismo.

Eran unos pechos maravillosos, se los había imaginado tantas veces que había perdido la cuenta, pero superaban todo lo que su limitado cerebro podía imaginar. Eran blancos como la nieve con unos pezones rosas como frambuesas y tenían la textura del satén

Todo lo suyo era precioso, exquisito.

Volvió a mirarla a los ojos y notó la conexión que fluía entre ellos como una marea.

Se incorporó y se llevó el pecho a la boca.

Ella volvió a echar la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido.

Daniele terminó de quitarle la bata y, cuando estuvo completamente desnuda, se concentró en el otro pecho. Lo besó y lo lamió y el deseo se le disparó cuando ella lo agarró con fuerza de la cabeza y se arqueó como si le pidiera más.

Necesitaba besarla, pero antes quería mirarla otra vez.

La agarró de las caderas y, gracias a su fuerza, la levantó y se la puso a horcajadas con él tumbado. Podría estar dentro de ella con solo colocarla un poco. La erección le palpitó con fuerza ante la idea, pero prefirió olvidarse por el momento de ese placer supremo que no tardaría en llegar.

La melena roja sobre los hombros y sobre los pechos abundantes y firmes que sabían como el néctar. Su abdomen tenía una redondez suave y femenina. Toda ella era suave y contrastaba con la dureza del cuerpo de él. ¿Cómo era posible que se la hubiese imaginado como el mármol?

Le acarició el abdomen y bajó la mano hasta el suave vello que tenía entre las piernas. Había intuido que era morena y había acertado. Ella se estremeció y cerró los ojos.

Entonces, Eva se inclinó hacia delante y el pelo cayó sobre él mientras lo besaba tan profunda e intensamente que podría haberse olvidado de todo. Introdujo la lengua en su boca y volvió a captar ese sabor que no podía describir, pero que era tan exclusivo de Eva como su olor y que su lengua había recordado desde el primer beso.

Mientras se devoraban con los labios y las lenguas, él fue bajándole una mano hasta el trasero, que era tan terso y aterciopelado como el melocotón más maduro.

La agarró con más fuerza y le dio la vuelta hasta que estuvo de espaldas con él encima. Era increíble sentir sus pechos pegados a él.

Levantó un poco la cabeza para mirarla a los ojos, que le devolvieron todo lo que estaba sintiendo él. Era como si toda su vida hubiese sido un ensayo general para ese momento.

Ansiaba estar dentro de ella, pero tenía que esperar. Primero tenía que deleitarse con el sabor más íntimo de Eva, él único que no conocía todavía.

Después de otro beso apasionado, empezó a explorar a la mujer que lo había enloquecido desde hacía tanto tiempo, empleó la lengua y los dedos para tocarla y paladearla y sus gemidos lo apremiaban para que no parara. Cuando le separó los muslos con delicadeza, ella se estremeció antes incluso de que le hubiese separado los maravillosos pliegues con los labios.

Ese sabor... Era Eva, el sabor de su deseo. Y le pertenecía a él.

Cuando Daniele llevó los labios a esa parte de su cuerpo que nadie había besado antes, creyó que iba a volverse loca y cerró los puños con todas sus fuerzas para no dar un respingo.

No estaba preparada para nada de todo eso, no podía estarlo, habría sido imposible.

Ese grado de intimidad no podía ser real, pero lo era, era muy real.

Todos los rincones de su cuerpo se estremecían por las sensaciones y ardía con una avidez anhelante por todo lo que estaba haciéndole Daniele y por...

Su lengua alcanzó su punto más sensible y fue como si toda esa oleada de placer se la hubiese concedido un creador benévolo. Notaba las sensaciones que se acumulaban unas encima de las otras hasta formar un amontonamiento palpitante y ardiente.

Oyó un gemido y comprendió que ese sonido lascivo había salido de ella.

Cuando ese amontonamiento había llegado al punto de casi impedirle respirar por la cercanía de algo, no sabía de qué, Daniele retiró la boca para besarle el interior del muslo. El grito de decepción quedó amortiguado porque le recorrió el abdomen y los pechos con los labios... y ella no había sabido que los pechos pudieran anhelar de esa manera. Él siguió por el cuello y fue colocando el cuerpo hasta que estuvo entre sus piernas con la erección apuntando entre sus muslos.

El deseo embriagador que captaba en sus ojos hizo que se le cerrara la garganta y le oprimiera el pecho. Cuando volvió a besarla con un beso casi comedido, Eva percibió un sabor nuevo y comprendió, con cierto asombro, que era el sabor de ella.

Le rodeó el cuello con una mano, introdujo los dedos entre su pelo y profundizó el beso. Entonces, cuando él introdujo la lengua en su boca, empezó mover los glúteos y a entrar en ella.

Le hizo el amor despacio, gruñendo en su boca, con los cuerpos entrelazados, con los pechos pegados el uno al otro, todo lo cerca que podían estar dos personas. Ella lo rodeó con las piernas y todas las sensaciones volvieron a amontonarse, pero, esa vez, él no se apartó y se movió lenta y sensualmente dentro de ella. Empezó a gritar con más fuerza, aunque ella oía unos gritos atenuados, y el montón fue comprimiéndose cada vez más hasta que, sin previo aviso, explotó y el placer más puro y embriagador que podía haberse imaginado se adueñó de ella.

Daniele, como si hubiese comprendido lo que estaba pasándole, se detuvo para que se aferrara a él y se dejara llevar por la oleada hasta que remitió un poco. Entonces, con un gruñido, empezó otra vez con más ímpetu, como si hubiese estado esperando al clímax de ella para llegar al propio. Sus acometidas fueron más rápidas y sus gruñidos más roncós, hasta que acometió una vez más, se estremeció de los pies a la cabeza y se desmoronó encima de ella.

Eva, todavía palpitante por el clímax, lo abrazó con fuerza y se deleitó con su peso y la calidez de su aliento en el cuello. Unos tambores le retumbaban en la cabeza con tanta fuerza que él también tenía que notarlos.

Le pareció que tardaba una eternidad en apaciguarse, pero cuando ya no le palpitaba su rincón más íntimo, podía sentir lo que habían compartido y esa novedad en las venas que no había sabido lo que era.

Le besó la mejilla húmeda, sintió una punzada de felicidad en el pecho y tomó aire.

—¿Te hago daño? —le preguntó él con la voz ronca.

—No.

Ella le pasó los dedos por la espalda y volvió a tomar aire. Tenía la garganta cerrada y los pulmones oprimidos, pero no era por el peso de Daniele. Tragó saliva y notó que le escocían los ojos por las lágrimas. Parpadeó para contenerlas porque no podía llorar.

Sin embargo, no había terminado de decidirlo cuando se le escapó una lágrima que cayó en la almohada.

Daniele sentía una languidez deliciosa y el sueño estaba abriéndose paso en su cerebro, pero

contuvo las ganas de desconectar. Tenía que estar aplastando a Eva y, a regañadientes, se apartó, apoyó la cabeza en la almohada, al lado de la de ella, y le rodeó la cintura con un brazo.

Jamás había vivido algo como lo que acababa de vivir. Había sido más que sexo. Estaba intentado dilucidar por qué había sido distinto cuando vio que los ojos de Eva brillaban por las lágrimas.

—¿Qué pasa, tesoro?

La estrechó contra sí hasta que tuvo su cara apoyada en el pecho. Notó que ella tragaba saliva y que se atragantaba un poco por contener las lágrimas.

—¿Tan mal he hecho al amor que quieres llorar?

Daniele intentó decirlo en un tono desenfadado, pero tenía el corazón acelerado y no pudo. Aunque dio resultado. Eva dejó escapar una risa temblorosa y le tomó la mano. Entrelazó los dedos con los de él y se los apretó.

—No sabía que podía ser así —susurró ella.

Él le acarició la espalda con la mano que le quedaba libre y apoyó la mejilla en lo alto de la cabeza de ella.

—¿Lo dices como algo bueno o malo?

—Las dos cosas.

—¿Cómo pueden ser la dos cosas?

Eva se quedó un momento en silencio antes de contestar.

—No me enseñaron nada sobre sexo cuando era joven. Johann y yo éramos vírgenes cuando nos casamos y ninguno de los dos sabía lo que estábamos haciendo. Johann sabía lo más elemental, pero yo no tenía ni idea —Eva bajó más la voz—. No sabía que podía sentir algo así.

Ya no tenía que decir nada más, ya había confesado que no había sentido deseo por el chico con el que se había casado cuando tenía dieciocho años, un matrimonio que, como había comprendido ya, había sido más entre dos amigos que se querían que entre dos enamorados de verdad.

Él sabía, sin que nadie tuviera que decírselo, que lo que habían vivido había despertado una amalgama de sentimientos en ella.

—Eva... —él titubeó, y ya no tenía sueño—. Eres holandesa y tu país es famoso porque tiene un planteamiento muy serio de la educación sexual. ¿Cómo es posible que no te enseñaran nada?

—Era una palabra prohibida en mi casa —contestó ella en voz baja—. Sabía que así se hacían los bebés, pero nada más.

—¿Y no te enseñaron nada en el colegio?

—A mis hermanas y a mí nos quitaron de esas clases.

—¿Y tus amigas no te contaban nada?

Eva tardó bastante en contestar.

—No tuve amigas.

—¿No tuviste amigas?

—Las otras niñas nos evitaban.

—Los niños pueden ser despiadados.

Ella le pasó los labios por el pecho y le apretó más las manos.

—Si lo pienso ahora, lo entiendo. Éramos raras en comparación con ellas.

—¿Por qué?

—Para empezar, no teníamos televisión, y eso nos convertía en raras automáticamente. Nuestra madre nos cortaba el pelo y siempre lo hacía como un cazo. También nos hacía los uniformes y toda la ropa, una ropa fea y anodina que nos convertía en feas y anodinas. Yo no sabía hablar con

la gente y tampoco sabía hacer amigas. No tenía nada que contar o que dar para que les cayera bien a las otras niñas y tampoco podía invitarlas a casa. Los desconocidos no eran bien recibidos en mi casa. Vivíamos una vida muy austera y controlada.

Al oírla hablar, él se preguntó cómo era posible que hubiese creído que era inglesa. Su voz tenía un tono musical que habría captado antes si hubiese tenido los oídos abiertos para escuchar. Era la más hermosa y seductora de las voces.

—¿Johann iba a tu colegio?

—Íbamos a un colegio solo para chicas. Él vivía en la misma calle que nosotros. Me pareció que era raro porque siempre me sonreía.

—¿Cómo os hicisteis amigos?

—No me acuerdo —Eva se quedó un momento en silencio mientras lo pensaba—. Fue a lo largo de muchos años. Con sonrisas disimuladas, ya sabes. No nos hablamos hasta que estuvimos en el instituto. Él terminaba antes, me esperaba a la salida de mi colegio y me acompañaba a casa. Tessel me cubría para que Angela y Kika no lo vieran. Se lo habrían dicho a mis padres y me habrían castigado.

—¿Son tus hermanas?

Le dolía el cerebro solo de oír la palabra «castigo» y no se atrevió a preguntarle a qué se refería. La que había sido su experiencia más satisfactoria y afectiva, tenía que reconocerlo, estaba dando un giro y estaba arrastrándolo a un sitio al que no quería ir.

Habían acordado que no hablarían en la cama ni se contarían confidencias.

—Sí. Angela era la mayor, luego iban Kika y Tessel y yo era la más pequeña.

—¿Eran...?

La curiosidad hizo que desoyera las alarmas para que cortara esa conversación y se fuera a dormir.

—Bueno, lo son, pero no las he visto desde hace diez años.

—¿Desde que te fugaste?

—Sí. Me puse en contacto con Tessel un año después de marcharme y me dijo que mis padres habían renegado de mí. Le habían sacado la verdad y se enfrentaron a los padres de Johann, quienes sabían mi situación familiar y nos habían dado algo de dinero para ayudarnos. Según Tessel, cuando se enteraron de que nos habíamos casado, quemaron todas las fotos de mí y me recortaron de las fotos de toda la familia.

—Entonces, ¿sigues en contacto con Tessel?

—Ya no. No he hablado con ella desde antes de que Johann se muriera —ella levantó la cabeza y apoyó la barbilla en su pecho—. La última vez que hablamos me contó que había entrado en un grupo. Cuando empezaron a devolverme los correos que le mandaba, investigué un poco. Es una secta, creo que es inofensiva, si es que existen las sectas inofensivas, pero no permite el contacto con el exterior. Ella también se ha fugado, aunque ha tardado más que yo —Eva suspiró y volvió a apoyar la mejilla en su pecho—. Son curiosas las vueltas que da la vida, ¿verdad? Tessel siempre había sido la rebelde. Angela y Kika eran sumisas y siempre obedecían las reglas de nuestros padres, y había muchas reglas. Era muy fácil infringir una y no saberlo, y Tessel parecía infringirlas todas. Cualquiera hubiera dicho que habría sido ella la que se habría fugado en cuanto hubiese podido, pero no lo hizo, y cuando se escapó por fin, fue para cambiar una forma de prisión por otra.

—¿Consideras a tus padres unos carceleros?

—Éramos de su propiedad. Nos adoctrinaron desde la infancia para que los obedeciéramos. Nos

aterraban y con motivo. Sabíamos lo que pasaba si desobedecíamos.

Daniele tragó saliva y cerró los ojos antes de preguntar.

–¿Qué pasaba?

–Dependía de lo que hicieras y de su humor. Si estaban de buen humor, podían mandarte a pasar la noche en la caseta del jardín. Si estaban de mal humor...bueno.

–¿Bueno?

–Una vez azotaron a Tessel con un cinturón por haber metido barro en la casa –ella le apretó más las manos–. Mi madre me pisó una vez los dedos cuando intenté tirar a la basura los restos de una comida que no podía terminarme.

Daniele soltó un improperio en voz baja. Tenía el estómago tan revuelto que creyó que iba a vomitar.

–¿Cómo es posible que no lo supiera nadie? ¿Los vecinos...?

–Mi padre era el médico local y nos arreglaba las lesiones cuando se pasaban. Los adultos lo consideraban excéntrico, pero lo respetaban. Además, creo que los adultos tienden a mirar hacia otro lado. Los niños sí sabían que pasaba algo, pero no sabían lo que estaban viendo. Veían una familia de bichos raros.

Se hizo el silencio y Daniele le daba vueltas a la cabeza. Tomó unos mechones de su pelo entre los dedos y, de repente, ese color tan vivo que siempre le había gustado tanto cobró un significado nuevo.

–¿Cuándo empezaste a teñirte el pelo?

–Fue lo primero que hice cuando llegamos a Ámsterdam –ella se rio levemente, pero bastó para derretirle la sangre que se le había helado al escucharla–. Tendrías que haber visto cómo quedó el cuarto de baño cuando terminé. Parecía como si hubiese habido un asesinato.

Entonces, antes de que él pudiese reaccionar a la broma que había aligerado el ambiente, ella movió los muslos y se sentó a horcajadas encima de él.

Los pezones le rozaron el pecho y, a pesar de todo lo que le había contado y del clímax que había alcanzado hacía muy poco, la entrepierna volvió a la vida.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

–¿Entiendes por qué no habría podido aceptar casarme contigo si eso significaba ser de tu propiedad? Que hagamos el amor no cambia nada, ¿de acuerdo?

A él le bulló la sangre un poco más y el alivio lo dominó por dentro, pero, aun así, se le encogió el corazón. Las reglas que habían fijado desde el principio seguían en vigor.

Esa charla en la cama no había cambiado eso, pero lo último que pensó antes de que el beso de Eva reavivara el deseo entre ellos fue si había elegido ese color de tinte para imitar el color de esos animales mortíferos que querían avisar a los otros de que acercarse demasiado podría ser peligroso. Se preguntó si, inconscientemente, habría sido una señal al mundo para que mantuviera las distancias.

Capítulo 11

LA SEMANA siguiente pasó vista y no vista. Con los trabajos que estaban haciendo en su ala del castillo, pasaron mucho tiempo recorriendo Florencia y Pisa, visitando museos y en largas comidas, las noches las pasaban haciendo el amor con desenfreno.

Llegaron a saber más cosas el uno del otro, cosas prácticas como la arquitectura de Daniele, que Eva podría poner en marcha una consultoría sin ánimo de lucro para asesorar a los ricos y famosos sobre la mejor manera de ayudar a los necesitados. Hablaron de muchísimas cosas, pero de nada que pudiera considerarse íntimo.

Era lo más prudente.

Ella no había previsto hablarle sobre su infancia, pero, una vez hecho, no se arrepentía. Daniele era su marido y debería conocer su pasado. También había sido como un recordatorio a sí misma de que no podía ser de nadie.

No era tonta. Todo era maravilloso entre ellos en ese momento, pero era el principio. Daniele se aburriría antes o después y buscaría otras aventuras. Cuando ocurriera, ella comprobaría si podía mirar hacia otro lado. Si no podía, haría las maletas y se marcharía.

Esperaba que él no se alejara demasiado pronto, que fuese capaz de ser fiel hasta el primer aniversario para que la organización humanitaria recibiera la siguiente inyección de dinero.

Eso era lo que se decía a sí misma. Sin embargo, nada de todo eso había impedido que deseara que esa maravillosa fase, parecida a una luna de miel, no terminara nunca. Aunque nada duraba eternamente y seis días después de haber empezado a ser amantes, cuando volvieron de una matiné en el teatro de Pisa, comprobaron que el despacho de Daniele estaba terminado.

–Es increíble que lo hayan hecho tan deprisa y tan bien.

Eva miró las paredes pintadas de un azul verdoso y los preciosos armarios y estanterías de nogal, todo lo que necesitaba para llenarlo con sus cosas.

–Es lo que consigues cuando pagas bien las horas extras –replicó él con esa sonrisa que ella ya adoraba–. La mayoría habían trabajado en el hospital de Caballeros y se acostumbraron a las jornadas largas y las pagas extras al final de mes.

–Debería estar terminado dentro de poco, ¿no?

–La gran inauguración será dentro de un mes.

–¿Vamos a ir?

–Si no vamos, mi hermana nos matará.

–¿Y tu madre...?

–Nada le impediría ir al homenaje a su hijo favorito.

Él hablaba con desenfado, pero había algo que le indicaba que no hablaba en broma. Notó una punzada en el pecho que le impulsó a acariciarle el rostro.

–No sé si él era su favorito o no, pero sí sé que a ti te adora.

Él apretó los dientes, pero la sonrisa se mantuvo intacta.

–Nunca he dudado del amor de mi madre.

Entonces, tomó la mano que todavía estaba en su rostro y le besó la palma.

–Tengo que comprobar cómo sigue el mundo real. Tengo que comprobar con mi secretaria si mi empresa sigue en pie; tengo que llamar a mi abogado para saber cómo van las escrituras que están cambiando a mi nombre; tengo que llamar a mi contable para cerciorarme de que mi fortuna sigue intacta...

–¿Puedo hacer algo?

Él la miró con los ojos entrecerrados y una expresión pensativa en el rostro.

–¿Te das cuenta de que dentro de ocho días será Navidad?

Solo había celebrado la Navidad con Johann. Sus padres la habían considerado una festividad inútil, como tampoco habían celebrado los cumpleaños de sus hijos.

–Voy a encargarte que decorees nuestros aposentos. Necesitaremos un árbol, de unos tres metros y medio, y todo lo que se te ocurra para darles un aire festivo.

–No tengo mucha experiencia... –le avisó ella.

Daniele, sin embargo, había visto un destello de emoción en esos ojos azules que una vez había creído que eran fríos. Los ojos de Eva, cuando lo miraban así, eran tan cálidos como su cuerpo con curvas y su melodiosa voz.

–Serena puede ayudarte si la necesitas.

–De acuerdo. Podría ser divertido. ¿Qué sueles hacer el día de Navidad? –le preguntó ella en tono más titubeante.

–Es el único día del año que tengo que pasar con mi familia –contestó él en tono abatido.

–¿Iré yo este año?

Daniele la miró con detenimiento y se acordó de lo que hablaron la primera noche que hicieron el amor. Se apostaría el castillo a que Eva no había celebrado nunca la Navidad en su infancia.

Había llegado a la conclusión de que si no había invitado a nadie a la boda, no había sido porque se avergonzara de los motivos para casarse, había sido porque no se sentía tan unido a nadie como para invitarlo.

La rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza.

–Eres mi esposa. Mi madre y mi hermana te adoran y me lincharían si no fueras. Haré algunas llamadas para averiguar lo que está pasando.

–¿Quieres que les compre unos regalos? –preguntó ella sin abandonar ese tono titubeante.

–¿Te importaría?

–Ni lo más mínimo. Me gustará comprarles algo. Han sido muy acogedoras conmigo.

Pensó que tenía que llamar a su hermana para decirle que no hacía falta que ese año comprara los regalos por él, algo que había estado haciendo desde que ella tenía unos trece años, y se preguntó qué iba a regalarle a su esposa. Lo consultaría con Francesca, pero no permitiría que su hermana se lo comprara. Eva se merecía algo especial y también se merecía que su marido se lo eligiera.

Era posible que no consiguiera borrarle los recuerdos de su infancia, pero sí podía empezar a crearle nuevos.

Unos días después, Daniele constató que la decoración de Eva no tenía nada de sofisticado ni

de discreto. Le había hecho caso al pie de la letra y le había dado un aire festivo a sus aposentos. Tan festivo que nadie podría culparle por pensar que había entrado en la cueva de Papá Noel. El árbol de Navidad llegaba hasta el techo, que era muy alto, pero no podía ver casi nada del pino porque Eva lo había cubierto de guirnaldas y bolas. Había adornos colgados por todos lados, había nieve falsa y estrellas en todas las ventanas y colchas y almohadones con temas navideños en su cama y en los sofás. No había un tema común o un color dominante, como su madre siempre se ocupaba de que hubiera en su casa, y nada entonces.

Era lo más disparatado que había visto en su vida y exactamente lo contrario de lo que se había imaginado que haría la seria y pragmática Eva. Era como si alguien hubiese dado carta blanca a un grupo de niños hiperactivos, y jamás había visto nada mejor, jamás había entrado en la zona de estar del castillo y había sonreído al instante.

Tampoco había hecho el amor con una mujer debajo de un árbol de Navidad, pero sí lo había hecho con Eva.

Seguía esperando que ella perdiera el atractivo, pero seguía intacto. Ni siquiera lo había perdido cuando él había entrado en el cuarto de baño y se la había encontrado tiñéndose el pelo.

Dos días antes de Navidad, cuando Eva había desaparecido en uno de sus coches para ir de compras, él había aprovechado la ocasión para repasar el proyecto de una casa subterránea en los Alpes suizos que le habían encargado hacía poco. Habría que excavar toneladas de tierra y...

Sonó su teléfono.

Lo tomó, vio que era su secretaria y bajó el volumen estruendoso de la música.

–Deberías estar de permiso –le riñó Daniele cuando contestó.

–Daniele... ¿no has visto la noticia?

Hubo algo en su tono que lo alarmó al instante.

–¿Qué noticia?

–Un escándalo...

Era lo que le faltaba, otra exnovia que quería llevarse dinero a costa del poco tiempo que habían pasado juntos. Pensó en Eva y prefirió no pensar en su reacción si lo leía.

–¿Quién me ha vendido esta vez?

Su secretaria se aclaró la garganta.

–No es un escándalo sobre ti, es sobre tu hermano.

–¿Pietro...?

–Sí, lo siento.

–¿Por qué lo sientes?

–Daniele, por favor, léelo.

–¿En qué periódico está?

–En todos, está por todos lados.

Daniele cortó la llamada y buscó su tableta electrónica. Treinta segundos después, la miraba fijamente y atónito por la incredulidad.

Eva volvió al castillo mucho más tarde de lo que había previsto. Había ido a una tienda de Florencia especializada en música y habían pasado horas. Ya, lo único que tenía que hacer era esconder los regalos, con todos los regalos de Daniele, en el cuarto de Francesca.

Una vez a buen recaudo, cerró la puerta y fue a buscarlo. El dormitorio y su despacho estaban vacíos y fue a la zona de estar.

Se paró en seco en cuanto llegó a la puerta. Toda la felicidad que la había inundado por dentro se esfumó en cuanto vio la devastación.

Habían arrancado todos y cada uno de los adornos de Navidad, había trozos de porcelana por la moqueta, una butaca estaba volcada y dos de sus patas rotas y astilladas como si las hubiesen golpeado contra algo, el escritorio también estaba tumbado con los cajones abiertos y su contenido tirado por el suelo.

Lo primero que pensó fue que habían entrado a robar, hasta que vio que el árbol de Navidad estaba intacto con todos los regalos debajo.

–Daniele... –susurró ella aterrada de repente.

La puerta que daba a la cocina del castillo se abrió de golpe y Daniele apareció con un cuarto de botella de algo que parecía whisky en la mano.

–¿Lo has pasado bien? –le preguntó él en italiano y tambaleándose descalzo por la habitación.

–Daniele, ¿qué ha pasado?

–¿Qué...? –él dio una vuelta para mirar la habitación–. Ah, eso, lo siento... Perdí un poco la cabeza. Mañana llamaré a la decoradora. No he tocado el árbol –añadió él como si eso fuese algo bueno.

–¿Ha pasado algo?

–Podría decirse... –él asintió vehementemente con la cabeza–. Que sí. Que ha pasado algo.

–¿Quieres contármelo?

–No –Daniele dio un sorbo de la botella y se secó los labios con la manga–, pero ya te enterarás. Debes de ser la única persona del mundo que no lo sabe.

–¿El qué...?

Él hizo una mueca espantosa con la cara mientras se acercaba a ella.

–Que mi hermano perfecto, con una vida perfecta y una esposa perfecta, era gay. Mi hermano perfecto era un mentiroso farsante.

Eva, sin dar crédito a lo que había oído, no sabía qué decir ni cómo reaccionar. Era indudable que eso era realmente grave.

–¿Has oído lo que he dicho? –preguntó él dando otro sorbo.

–Lo he oído –susurró ella.

–¿Sabes lo que significa?

Ella negó con la cabeza, aunque podía hacerse una idea.

–Significa que mi hermano era un mentiroso, que don Perfecto, a quien yo debería imitar, quien, según todo el mundo, era mejor que yo y no podía hacer nada mal, era un mentiroso farsante.

Daniele soltó un improperio y levantó la botella como si fuese a tirarla contra algo.

–¡No, por favor!

Eva, aterrada porque pudiera hacerse daño, lo agarró del brazo. Tenía los músculos tensos y dispuestos a lanzar la botella.

–Suéltame –gruñó él entre dientes.

–No. Si sueltas ahora esa botella, caerá sobre mí y me hará daño. ¿Es lo que quieres?

Sus ojos, inyectados en sangre, brillaron con perplejidad.

–Nunca te haría daño.

–Entonces, por favor, mi amor, deja la botella, no hagas más estropicios.

Fuera por el apelativo cariñoso o por la súplica que tenía que reflejarse en sus ojos, él relajó el brazo y permitió que ella le quitara la botella.

Eva la tiró inmediatamente al sofá, donde derramó el poco whisky que quedaba sobre la

carísima tapicería.

Entonces, le agarró las manos.

–Daniele, ¿me harías un favor?

Él frunció el ceño como si no lo hubiera entendido muy bien, pero asintió con la cabeza.

–Vamos al dormitorio. Me preocupa que puedas caerte y herirte.

–Ah...

–¿Me acompañarás?

–Sí.

Ella captó un destello repentino de sobriedad y él le dejó que lo sacara de la zona de estar, donde ella había abierto una especie de sendero entre los destrozos.

Sin embargo, él, a mitad del pasillo, se apoyó de repente en la pared y se dejó caer hasta el suelo, desbaratando todas las esperanzas de ella de llevarlo al dormitorio. Daniele levantó las rodillas, se tomó la cabeza entre las manos y empezó a maldecir en voz alta. Ella se sentó en el suelo para mirarlo a la cara. Él, al cabo de un rato, apoyó la cabeza en la pared, estiró las piernas para ponerlas sobre su regazo y esbozó una sonrisa abatida.

–Estoy borracho.

–Ya lo sé.

–Lo siento.

–No pasa nada.

Eva tomó sus preciosos pies entre las manos y se los masajeó con los pulgares. Le maravilló que no se los hubiese cortado al andar sobre tantas cosas rotas.

Él suspiró y cerró los ojos.

Se quedaron así una eternidad, en un silencio que los envolvía, y Eva se limitó a pasarle los dedos por los pies con la esperanza de que así apaciguaría a los demonios que lo dominaban. Su corazón quería llorar por él.

–¿Por qué mintió? –preguntó él de repente abriendo los ojos y mirándola como si supiese la respuesta.

–¿Por qué miente alguien? –contestó ella en tono tranquilo–. Normalmente, es porque el mentiroso cree que las consecuencias de la verdad son muy grandes.

–¿Qué consecuencia podría haber habido si Pietro nos hubiese contado la verdad?

–No sé. ¿El castillo?

–Si lo hubiese deseado tanto, podría haberse casado a pesar de todo.

–Y se casó.

–Podría haberse casado sinceramente –él volvió a hacer una mueca y cerró los puños–. Estaba enamorado de Alberto y estuvieron juntos durante más de diez años.

–¿Alberto...? ¿El hombre que dirigía la fundación con él?

–Sí –contestó Daniele en tono sombrío–. Él ha sido quien ha hablado con la prensa. Tiene cartas manuscritas y fotos.

–¿Por qué lo ha contado ahora?

–Para que la prensa deje de acosar a Natasha.

–¿La esposa de Pietro? ¿La mujer que está esperando un hijo de tu primo?

Daniele parpadeó. Incluso en la espesura de su cabeza ebria, creyó que nunca había hablado con Eva de Matteo y Natasha. Eva lo miró con delicadeza otra vez.

–Francesca me lo contó cuando salimos de compras.

–No dijiste nada.

Ella se encogió de hombros con una mirada de comprensión.

–Me imaginé que no querías hablar de eso.

–No quería.

–Pues eso.

–Lo llamé.

–¿A Alberto?

–Me contó que Natasha no supo nada hasta que estuvieron casados. Ella ha estado protegiendo su secreto por la familia de él, por nosotros. ¿Crees que es verdad?

–¿Cómo voy a saberlo? No la conozco.

–Imagínatelo.

–No puedo. Tú la conoces, ¿qué crees?

Él tragó saliva e intentó imaginarse a su cuñada. La había conocido toda su vida. Pietro había ido a por Natasha en cuanto ella cumplió dieciocho años y la tuvo esperando seis años para casarse. Él decía que había retrasado el matrimonio para que ella pudiera disfrutar de la juventud antes de dar ese paso decisivo cuando, en realidad, lo había hecho para seguir con su aventura sin que una esposa entrometida lo descubriera. No se casó hasta unas semanas antes de que su padre muriera para así poder heredar el castillo y el resto del patrimonio de los Pellegrini.

Daniele tomó aire para intentar contener las náuseas.

–Ella estaba protegiéndonos a nosotros, no a él. Ella esperó seis años a que él se casara con ella.

Y Eva, con sus delicadas caricias en los pies, estaba protegiéndolo a él, solo con sus dedos y el tono comprensivo de su voz. Se le ocurrió que si ella hubiese estado allí cuando supo la verdad, no se habría dejado llevar por ese arrebatado de furia.

–Lo siento –repitió él con un remordimiento espantoso–. Los adornos...

–Podemos comprar más.

–Sí, podemos reponerlos. Yo no puedo reponer a mi hermano, no puedo preguntarle por qué mintió –Daniele tomó una bocanada de aire–. Me han comparado con él toda mi vida. Mi padre me decía siempre que fuese como él. Hiciera lo que hiciese, nunca era lo bastante bueno por sí mismo, había que compararlo con él y sus logros, aunque mis logros fuesen mejores.

–¿Erais rivales?

–Él era mi rival –Daniele sintió la amargura–, pero yo no lo era de él. Me hablaba como si yo no fuese un competidor digno de él. Sin decirlo, me daba a entender que podría tener muchísimo más que yo si no dedicara tanto tiempo y energía a su maravillosa fundación. Lo odiaba.

Era la primera vez que se lo reconocía a alguien que no fuese él mismo, y le sentó bien reconocer la verdad.

–Lo odiaba. Odiaba su actitud condescendiente, odiaba que mi familia creyera que el sol brillaba porque él lo iluminaba –entonces, miró con otros ojos el rostro sereno de su esposa –, pero tú no. A ti no te engañó.

–Creía que era un gran hombre –replicó ella aguantándole la mirada–. Sigo creyéndolo, pero también creo que tú vales cien veces más, mil veces más.

Sus palabras lo aliviaban tanto como sus pulgares en los pies.

Entonces, tan repentinamente como le había dominado la amargura, una oleada de náusea se abrió paso en él y miró a la única persona en el mundo con quien podía hablar libre y abiertamente.

–Dime una cosa, si lo odiaba tanto, ¿por qué no me alegro de que esté muerto? ¿Por qué me

siento tan mal?

Ella arrugó los labios con una mirada de desolación. Abrió la boca y volvió a cerrarla, le quitó los pies de encima y se arrodilló al lado de él. Le tomó las mejillas entre las manos y lo miró fijamente a los ojos.

–Te sientes mal porque lo querías. Me temo que no puedes hacer nada al respecto. Lo tienes programado, como yo tengo programado que quiera a mis padres. Los odio y odio lo que nos hicieron a mis hermanas y a mí, pero si alguien me hubiese preguntado cuando era pequeña que si quería denunciarlos a la policía o a los servicios sociales, habría contestado que no. Me habría aterrado que me hubiesen separado de ellos. Me libré de ellos hace diez años y nunca he denunciado sus maltratos porque los quiero a pesar de todo lo que me hicieron.

Él quiso reírse de ella y decirle que era ridículo querer a unas personas que la habían tratado peor que a un animal, que no se merecían que los quisiera.

Sin embargo, le parecía que tenía cierta razón. No había tenido más remedio que querer a Pietro y cuando no estaba, sentía un dolor que no se había imaginado que podría sentir.

–Siento cómo te traté aquella noche, cuando te engañé para que salieras conmigo. Estaba pasando una mala racha –esa vez, él sí se rio–. No sabía qué racha era. No me extraña que me mandarás a paseo.

Ella le dio un beso muy leve en los labios.

–Disculpas aceptadas. Ahora, ¿podemos acostarte antes de que te quedas dormido ahí?

Capítulo 12

EVA SE metió en la cama tres horas después. Daniele, profundamente dormido a su lado, necesitaba espacio. Había tirado su ropa por el suelo, se había tomado los analgésicos con el vaso de agua que le había dado ella, se había tumbado de espaldas y se había quedado dormido, y no había movido ni un músculo desde entonces. Ella le había dejado un vaso de agua en la mesilla para cuando se despertara en medio de la noche con una sed agobiante, y estaba segura de que le pasaría.

Lo miró dormido y sintió una oleada de empatía, unas oleadas que no dejaba de sentir.

Sabía que lo que más le había costado a Daniele no era saber la preferencia sexual de Pietro, sino todas las mentiras y los engaños que había necesitado para ocultarla. Ella podría haberlo entendido si los Pellegrini tuviesen una visión del mundo rancia, pero no era lo que ella había visto. Daniele tenía amigos gais y uno de ellos le había contado, en el club Giroud, los preparativos de su boda. Francesca, quien había llamado hacía una hora para ver cómo estaba su hermano y no le había sorprendido que estuviese dormido en la cama, parecía completamente desconcertada por la noticia. Su primera reacción había sido sentirse dolida porque su hermano mayor no se había sincerado con ella.

Eva le acarició la barba incipiente y cerró los ojos por otra oleada de sentimientos hacia su marido. Él no había querido nada de todo eso, no había querido heredar el castillo ni el resto del patrimonio y no había querido casarse. Lo había hecho por su familia y nunca había mentido al respecto. Las personas que lo querían sabían la verdad y él no lo había negado nunca, como tampoco le había mentido a ella. No le había contado un montón de sandeces para que se casara con él, le había contado los motivos con toda franqueza. Hasta el sacerdote que los había casado sabía la verdad, pero se había conformado porque habían prometido que se tomarían en serio los votos.

Daniele había cumplido todas sus promesas, no había incumplido ni una sola.

Sintió una punzada espantosa cuando se acordó de que él había prometido que no la amaría nunca y cerró los ojos con más fuerza todavía cuando la punzada le alcanzó el corazón y empezó a latirle estruendosamente.

Ella había jurado que jamás se enamoraría de él, pero lo había hecho llevada por la rabia cuando lo miró y quiso darle un puñetazo en esa cara arrogante y engreída. Entonces, lo había odiado. Le había espantado todo lo relativo a él, pero le había dado miedo la parte sensorial, y había tenido motivos para temerla. Haber hecho el amor con él le había despertado una parte de ella que había estado dormida toda su vida, una parte carnal y ávida de placer que giraba alrededor de él.

Sin embargo, se había recordado que ese cariño que sentía por el hombre con el que tenía unas

relaciones sexuales increíbles no quería decir que estuviese enamorándose. Daniele la había elegido porque tenía una cabeza equilibrada y la capacidad de contener los sentimientos. En ese momento, tenía que utilizar esa cabeza equilibrada y verlo todo desde un punto de vista lógico, no desde un punto de vista romántico, algo de lo que él se reiría y burlaría si llegara a saberlo.

Se terminó el disco que estaba oyendo y Daniele se levantó de la butaca del despacho, se acercó al tocadiscos, levantó la aguja y guardó el disco en su funda, y luego ojeó las docenas de discos de vinilo que tenía ordenados al lado. Eva se lo había regalado todo, habían sido su principal regalo de Navidad.

En un sentido económico, había sido como una gota en el océano, pero se le encogía el corazón de pensar en que lo hubiese hecho, en el tiempo y esfuerzo que le había dedicado. Se acordó de que una vez le había comentado, casi de paso, que la música sonaba mucho mejor en los discos de vinilo. Ella no solo se lo había grabado en la memoria, sino que le había buscado un tocadiscos y todos sus discos preferidos. Eso había hecho que lo que le había regalado él a ella, un coche deportivo, pareciera una insignificancia en comparación. Era curioso que las cosas más sencillas pudieran conseguir que un hombre se sintiera fatal.

La Navidad había llegado y pasado con la alegría de un velatorio. Los planes y preparativos de Eva habían quedado en nada. Él habría preferido que Eva se hubiese quejado, pero ella, con su serenidad habitual, solo había mostrado comprensión, lo que había conseguido que él se sintiera peor.

Su madre se había recluido en su dormitorio. Había perdido a su marido y a su hijo favorito en el transcurso de un año y eso había sido un golpe muy fuerte para ella, pero se había obligado a sí misma a seguir adelante como los Pellegrini siempre seguían adelante. Enterarse de que su hijo favorito había sido un homosexual que no había salido del armario y que nunca le había presentado al verdadero amor de su vida había sido un golpe devastador, y no podía dejar de llorar.

Eva le había dicho, con delicadeza y en privado, que creía que ella actuaba así porque por fin sentía todo el dolor por la muerte de Pietro, que esa era la primera vez que su madre necesitaba hablar con él por todos los medios, pero que él no estaba allí ni para defenderse ni para pedirles perdón, que estaba muerto.

Él había respondido con un gruñido que no significaba nada y se había tragado las ganas de gritarle que no sabía de lo que estaba hablando. Había estado irritable con ella desde que la mañana de Nochebuena se despertó con una resaca atroz y la boca tan seca como el desierto de Gobi. El vaso de agua que había en la mesilla había brillado como un espejismo, pero había sido de verdad, Eva había sido tan considerada de ponérselo ahí, como no podía ser menos.

Al principio, los recuerdos de su borrachera habían sido difusos, como imágenes sueltas que habían tardado en juntarse para formar una escena. La bebida le había soltado la lengua. Le había confesado cosas a Eva que ni siquiera se había reconocido a sí mismo, y, en ese momento, tenía un vacío en las entrañas y una opresión en el pecho que no cedían. Además, juraría que se acordaba de que ella le había llamado «mi amor».

Ninguno de los dos había dicho nada sobre esa charla. Ella le había preguntado por la cabeza y le había ofrecido más analgésicos, pero no había dicho nada sobre lo que él había confesado.

Se abrió la puerta de su despacho y entró la mujer en la que había estado pensando.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó ella en un tono algo cauteloso.

Había desaparecido esa cercanía y naturalidad que había surgido entre ellos. Eran muy amables el uno con el otro, pero también era como si anduvieran con unos invisibles pies de plomo. No sabía si Eva le daba pie a que mantuviera la distancia o si ella se había dado cuenta, al mismo tiempo que él, de que habían intimado demasiado deprisa, de que era el momento de que retrocedieran un paso y de que volvieran a poner su matrimonio donde estaba al principio.

También era posible que el destrozo inducido por el alcohol y las crueldades que había dicho sobre su hermano hubiesen sido el recordatorio que ella necesitaba para que no se olvidara de que había muchas cosas de él que le espantaban, a pesar de que tuvieran una relaciones sexuales increíbles y de que le hubiese dicho que valía mil veces más que su hermano.

Fuera lo que fuese, la distancia entre ellos era algo bueno.

—Claro, pasa.

Daniele volvió a su mesa y se sentó detrás. Eva cerró la puerta y se quedó de espaldas a ella. Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y lo miró como si estuviera intentando adivinar de qué humor estaba, y, seguramente, era lo que estaba haciendo.

—Me ha llamado tu hermana.

Él se encogió de hombros. Eva y Francesca se habían hecho amigas.

—Me ha dicho que no vas a ir a la inauguración del hospital la semana que viene.

Eva vio que él apretaba los dientes y se le cayó el alma a los pies.

—Mi hermana sabe lo que siento al respecto.

Ella también lo sabía, aunque él no le hubiese dicho nada. Daniele ya no hablaba con ella de nada importante.

Había sido un hombre distinto desde que se despertó el día de Nochebuena, un hombre distante. Había desaparecido esa sonrisa sexy y espontánea y las insinuaciones y ocurrencias eran cosa del pasado. En ese momento, solo trabajaba y pasaba horas con los abogados para que aceleraran los trámites para que el castillo estuviese a su nombre. La otra noche, durante la cena, había comentado que solo deberían faltar unos días. Eso había sido justo antes de que le dijera que iba a salir. No le había dicho adónde iba a ir ni le había pedido que lo acompañara.

Su orgullo le había impedido preguntárselo y había hecho que fingiera que estaba dormida cuando él se acostó, horas después de la medianoche.

Lo único que seguían haciendo era tener relaciones sexuales, pero hasta eso tenía un tono distinto. Las barreras que habían levantado silenciosamente entre ellos solo se bajaban cuando se despertaban en plena noche y estaban el uno en brazos del otro. Entonces, podían hacer el amor con esa despreocupación emocional a la que se había acostumbrado peligrosamente.

Pensó que le parecía bien que Daniele se hubiese distanciado de ella, aunque se le agarrotaran los pulmones y le ardiera el cerebro solo de pensarlo. Aun así, le resultaba más fácil equilibrar la cabeza y recordarse de qué se trataba ese matrimonio, y no se trataba, ni mucho menos, de sentimientos.

La intuición le decía que Daniele no había encontrado otra amante todavía, pero también sabía que no tardaría mucho. Un hombre como él disfrutaba cazando. Ella había sido su presa y, antes o después, buscaría otro objetivo. Y cuando lo hiciera...

Además de los pulmones, se le agarrotaron las entrañas con tanta fuerza que le pareció como si alguien las hubiese retorcido con unas tenazas.

—Entiendo por qué no quieres ir —ella eligió las palabras con mucho cuidado—, pero tienes que ir.

En eso ya no podía mantener las distancias, sobre todo, cuando Francesca le había rogado que

la ayudara. Al parecer, creía que Daniele le hacía caso, y había hecho oídos sordos, como su hermano, cuando había intentado sacarla de su error.

Sin embargo, no iba a tener esa conversación por Francesca, iba a tenerla por Daniele. Si no iba a la inauguración, se arrepentiría durante el resto de su vida. Aunque sabía que no podía decirlo con esas palabras, que tenía que moverse con mucho cuidado en ese terreno.

–No tengo que hacer nada –replicó él entrecerrando los ojos amenazadoramente.

–Esta vez, sí. ¿Acaso quieres que todo el mundo crea que te avergüenzas de la sexualidad de tu hermano?

–No se trata de eso –gruñó Daniele apretando los puños.

–Ya lo sé –Eva siguió mirándolo a los ojos–, pero será lo que parecerá.

–Me da igual lo que parezca.

–No se trata de ti –aunque para ella sí se tratara de él–. Se trata de tu familia. Te necesitan. Si tu madre va a hacer de tripas corazón ante la prensa de todo el mundo, necesita que la apoyes.

–No había necesitado mi apoyo antes.

–¿Cómo lo sabes? ¿Se lo has preguntado?

–¿El qué?

–¿Alguna vez le has preguntado si necesitaba tu apoyo o siempre has dado por supuesto que no te necesitaba porque estaban tu hermano y tu primo? Si pensabas eso, estabas equivocado.

Él se incorporó un poco de la silla y se inclinó hacia delante como si ella fuese una niña impertinente.

–No sabes nada sobre todo eso.

–Sé que te quiere y que ahora te necesita. ¿Sabías que Natasha y Matteo van a ir?

–No se atreverán...

–Se aman –Eva tomó aire–. Nunca hicieron nada a espaldas de Pietro, aunque, a juzgar por lo que se ha sabido de tu hermano, creo se les habría podido perdonar. Tu madre está deseando reconciliarse con ellos, está deseando volver a unir a la familia. Os quiere a todos. Quiere ir a la inauguración del hospital para honrar a Pietro, pero te necesita a su lado.

–Si mi madre necesita todo eso, ¿por qué no me lo ha dicho?

–Porque te niegas a hablar de eso. Daniele... tu hermano se merece ese homenaje. Hiciera lo que hiciese mal, no borra todo lo que hizo bien. Si su propia esposa puede perdonarlo y mostrar el perdón en público, tú también puedes.

Fue como si él dejara de resistirse. Cerró los ojos, se dejó caer sobre el respaldo del asiento, bajó la cabeza y se metió los dedos entre el pelo.

Eva, incapaz de presenciar ese dolor, se acercó a él, le puso una mano en el hombro y tragó saliva para humedecerse la garganta seca.

–Te dije, cuando estabas bebido, que valías mil veces más que tu hermano, demuéstreme que es verdad. Sé el hombre que creo que eres, no el hombre que creí que eras cuando te conocí.

–No he cambiado, Eva –replicó él con una frialdad que le heló la sangre–. Por mucho que creas que sabes de mí, no cambiaré nunca –él le retiró con delicadeza la mano que tenía en el hombro–. Disculpame, por favor, pero tengo trabajo.

Eva hizo un esfuerzo sobrehumano para disimular el daño que le había hecho y consiguió esbozar una sonrisa muy leve.

–¿Al menos te plantearás la posibilidad de ir a la inauguración?

–Sí, lo pensaré –contestó él asintiendo bruscamente con la cabeza y abriendo un cajón.

–Gracias.

Mientras salía del despacho, Eva no pudo evitar darse cuenta de que siempre la había llamado por su nombre de pila desde que se supo la verdad sobre su hermano.

Daniele cumplía su palabra y, dos días después, mientras desayunaban, le dijo que lo había pensado y que iría a la inauguración del hospital en Caballeros, que sería un homenaje permanente a su hermano.

Dos días después de haber tomado la decisión, allí estaban, en un convoy de coches con las más estrictas medidas de seguridad que circulaba por las estrechas y bacheadas calles de Caballeros camino del hospital.

A Eva le parecía que había estado en ese país hacia una eternidad, pero hacía unos dos meses. No veía ningún cambio sustancial, hasta que el conductor redujo la velocidad para pasar un control de seguridad y mostraron sus pases. Entonces, los dirigieron hacia el aparcamiento del hospital y pudo ver lo que habían creado Daniele y su familia. En medio de la ciudad, donde la electricidad se cortaba todos los días, se erigía un resplandeciente edificio blanco y enorme que, evidentemente, era un hospital, pero que se había construido respetando el legado hispanocaribeño. Había cientos de personas al otro lado del control, casi todas, de la prensa. Un poco alejados de ellos, protegidos por los hombres de Felipe, estaban la madre de Daniele, su hermana, su tía, su prima y su cuñada con docenas de caras que ella no conocía, pero que supuso que eran amigos y colegas de Pietro Pellegrini. También vio al gobernador de la ciudad y su comitiva. Todos miraban con cierto recelo a Felipe, quien no había soltado la mano de su prometida desde que habían llegado.

Al otro lado del control había, literalmente, miles de personas que querían presenciar la inauguración de un hospital en su país desolado, de un sitio donde podrían dar a luz, donde podrían llevar a los niños heridos y donde los tratarían de todo tipo de enfermedades.

Daniele le agarró la mano con fuerza mientras se mezclaban con su familia. Él abrazó a su madre y a su hermana y, después, miró a Matteo.

Eva contuvo la respiración y le pareció oír que todo el mundo hacía lo mismo.

Matteo le tendió la mano.

La última vez que se vieron fue cuando se pelearon y Daniele acabó en su campamento para que lo curara.

Entonces, rodeados por los destellos de los flashes, Daniele dejó a un lado la mano de su primo y le dio un abrazo tan fuerte que a Eva se le derritieron las entrañas. Después de esa demostración de cariño italiano, Daniele se acercó a su cuñada y también la besó y abrazó.

Una vez reunidos los Pellegrini, se quedaron junto a la entrada principal del hospital, junto a la placa con el nombre de Pietro.

Habían montado una pequeña tarima con un micrófono para los discursos y, ante al pasmo de Eva, Daniele salió el primero.

Se hizo el silencio.

Él se aclaró la garganta y la miró fijamente. Ella se llevó la mano a la garganta y asintió con la cabeza. Daniele habló en inglés.

—Señoras y señores, muchas gracias por haber venido a la inauguración del hospital que mi hermano Pietro había pensado construir desde antes de que nos lo arrebataran tan despiadadamente. Mi hermano era un hombre bueno y ejemplar que siempre utilizó los privilegios que tenía desde su nacimiento para ayudar a los demás.

Se oyó un murmullo entre la multitud y Eva no tuvo que adivinar el motivo.

–Estoy seguro de que muchos de ustedes habrán leído historias sobre él durante las últimas semanas, y todas ellas son verdad.

Los murmullos cesaron cuando todos se quedaron boquiabiertos. Nadie había esperado que abordara el asunto sin tapujos.

–Cometió errores, era humano. Mintió y engañó y su sangre, como la de todos los que estamos aquí, era roja.

Volvió a hacerse un silencio sepulcral.

–Me habría gustado, a toda su familia nos habría gustado, que hubiese tenido el valor de habernos reconocido su sexualidad. No habría cambiado nada. Lo habríamos querido exactamente igual. Seguimos queriéndolo y no queremos restar ni un ápice del magnífico trabajo que hizo o del inmenso valor que demostró en el resto de su vida. Sin él, sin su visión y sin su rechazo a aceptar que no podían hacerse algunas cosas, ninguno de nosotros estaría hoy aquí y este terreno seguiría siendo el terreno baldío que era antes. Este hospital fue la reacción de Pietro al huracán que asoló este país y sé que si existe un paraíso, él será el más feliz de sus habitantes al ver que se ha erigido en su recuerdo.

Entonces, dio las gracias con la cabeza al público, se bajó de la tarima y volvió con Eva, le tomó la mano y se la apretó con fuerzas.

–Ha sido impresionante –susurró ella casi sin poder hablar por el orgullo.

Él le apretó un poco más la mano y los dos observaron al fatuo y corrupto gobernador subir a la tarima.

A Eva le latía el corazón con tanta fuerza que no podía oír nada de lo que se decía. No solo estaba sobrecogida porque había aceptado a su hermano y a su pasado, también lo estaba por su forma de agarrarle la mano.

Aparte de en el dormitorio, no le había demostrado afecto desde Navidad y en ese momento, cuando estaba demostrándose otra vez, se daba cuenta de lo mucho que le había dolido. Había seguido adelante lo mejor que había podido, había intentado convencerse de que daba igual, de que ese era el matrimonio que habían acordado, pero en ese momento, cuando los dedos de él se entrelazaban con los de ella y estaba tan orgullosa de él como no lo había estado de nada o de nadie, la verdad fue como una bofetada.

No quería el matrimonio que habían acordado, quería el de verdad. Quería tener una docena de hijos con él y que los criaran juntos, quería ver que el pelo se le iba encaneciendo, quería ver cómo se convertían en surcos las arrugas incipientes, quería agarrar su mano para siempre.

–¿Te pasa algo?

Ella parpadeó mientras salía del ensimismamiento.

Los discursos habían acabado y Daniele la miraba con el ceño fruncido, con ese ceño fruncido que quería ver cómo se convertía en hendiduras.

Tenía que sonreír para tranquilizarlo, pero los músculos de la cara se negaban a trabajar.

–Estoy bien, un poco abrumada.

No estaba un poco abrumada, estaba completamente abrumada por sus sentimientos, por el terror absoluto que hacía que se le helara la sangre. Había tenido miedo muchas veces, pero nunca había tenido un miedo así. Había hecho lo peor que podría haber hecho y se había enamorado de él.

¿Cómo podía ser tan necia y hacerse tan vulnerable como para enamorarse de alguien que nunca se enamoraría de ella?

Entonces, vio la preocupación reflejada en los ojos de él. Aunque no la amara, sí sentía algo hacia ella, ¿no?

–¿Sigues queriendo ir al campamento? –le preguntó él tomándole las mejillas entre las manos.

Ella le había dicho que quería visitar a los chicos y ver cómo le iba a todo mundo. Él le había propuesto que fuera después del homenaje porque volverían a Italia por la mañana. Luego, la había sorprendido al preguntarle si quería que la acompañara. Ella, a regañadientes, había contestado que no porque creía que debería estar con su familia. Los Pellegrini iban a volar a la vecina isla de Aguadilla y ella se reuniría con ellos unas horas después. Todo estaba organizado. Felipe había asignado a tres de sus hombres que la acompañaran. Ella se había reído ante la idea de tener guardaespaldas, hasta que Daniele le había recordado, en un tono más firme del que solía emplear con ella, que solo iría al campamento con protección armada, que era una mujer adinerada que había entrado en una familia famosa y que su cabeza tendría un precio.

El acordarse de esa firmeza, se preguntó si los sentimientos de él hacia ella habrían evolucionado como los de ella hacia él. Una vez que había desaparecido toda la tensión que lo agobiaba, ¿podrían llegar crear juntos un porvenir como un matrimonio de verdad? ¿Existía la posibilidad de que fuesen felices?

Eva se puso de puntillas y lo besó levemente en los labios.

–Sí. Vete con tu familia, solo llegaré unas horas después.

–Prométeme que tendrás cuidado –le pidió él mirándola fijamente.

–Lo prometo.

Entonces, él la besó, y fue el primer beso de verdad después de tanto tiempo que ella creyó que iba a llorar de alegría.

Se montó en el coche que la llevaría al campamento y se prometió a sí misma que esa noche hablaría en serio con él, que le diría lo que sentía y comprobaría si tenían un porvenir de verdad juntos.

Capítulo 13

POR QUÉ estás tan preocupado?

Daniele giró la cabeza y vio a su hermana a su lado.

–Eva no ha llegado todavía.

Él estaba sentado a una mesa cerca de la entrada de uno de los bares del hotel Edén, una habitación enorme y resplandeciente con uno de los lados abierto que daba a la playa iluminada por la luz de la luna.

Francesca se sentó a su lado y él vio que ponía los ojos en blanco.

–Hace una hora te mandó un mensaje para decirte que iba a llegar más tarde por un retraso en el aeropuerto, ¿no?

Él asintió con la cabeza. Cuando organizaron la salida de Caballeros hacia Aguadilla, no habían tenido en cuenta que toda la prensa también abandonaría en masa el país. Nadie en su sano juicio se quedaría en Caballeros más tiempo del estrictamente necesario, nadie menos una persona compasiva como su esposa, quien seguiría trabajando en ese campamento de acogida si no la hubiese pagado para que se casara con él. El aeropuerto estaba saturado de aviones que querían despegar.

–Llegará enseguida.

–Está quedándose sin batería.

Si Eva lo necesitaba, no podría ponerse en contacto con él. Podría pasarle cualquier cosa y él no lo sabría hasta que fuese demasiado tarde. Debería haberse empeñado en acompañarla, pero, en su momento, no le había parecido mal que fuese sin él si iba convenientemente protegida.

–¿Y qué? Seb y dos de sus hombres están con ella. No va a pasarle nada, deja de preocuparte.

Seb era el lugarteniente de Felipe y había estado en las Fuerzas Especiales británicas.

Francesca señaló a su madre, quien charlaba, emocionada y animadamente, con una Natasha evidentemente embarazada. La tía Rachele charlaba con Matteo, quien la miraba sin disimular la perplejidad. A juzgar por los movimientos de sus brazos y por el pelo alborotado, la tía Rachele ya estaba como una cuba.

–Me alegro de que nos hayamos reconciliado, pero todavía siento remordimiento por haberlos dividido.

–No lo sientas, no lo sabías.

–No –Francesca suspiró–, no lo sabía, pero debería haberlo sabido.

–¿El qué? ¿Que Pietro era gay?

–No, bobo. Me refiero a que Matteo no habría tocado a Natasha si no hubiera sentido algo muy fuerte por ella, y a que Natasha no habría tenido una aventura con Matteo si hubiese llorado a Pietro como una esposa de verdad.

–¿Qué quiere decir «una esposa de verdad»?

–Una que ama a su marido y es amada en la misma medida. Lo que Felipe y yo sentimos el uno por el otro o lo que Eva y tú sentís el uno por el otro.

–Eva y yo no sentimos nada el uno por el otro, al menos, como tú quieres decir.

–No finjas, Daniele. He visto cómo la miras. No puedes decirme que no estás empezando a sentir algo por ella.

A él le dio un vuelco el corazón.

–Nos llevamos bien –reconoció Daniele con cierta rigidez–, pero nada más. Dejamos muy claro lo que queríamos que fuese nuestro matrimonio y no es lo que estás insinuando, ni lo será nunca.

–¿A qué suena eso?

–¿El qué? –preguntó él con asombro.

–Ah, ya lo sé, suena a una gili...

–¡Francesca!

–Estás enamorándote de ella –insistió ella sin hacer caso de su advertencia.

–¿Has bebido? El amor y esas cosas son para necios. Lo sé yo y lo sabe Eva. Acordamos las reglas cuando acordamos casarnos.

–Las reglas están para incumplirlas.

–No en este caso. No estoy enamorado de ella y no lo estaré nunca.

–Si tú lo dices...

–Lo digo.

–¿Debería decirle a Felipe que es un necio? Él me ama...

–O hablamos de otra cosa o te buscas a otro para incordiarlo.

–¿Estoy irritándote?

–Sí.

Ella se rio.

–¿Qué tal se apaña Eva con el Maserati que le regalaste en Navidad?

–Francesca...

–No me amenazas, matón. He cambiado de tema.

Daniele tuvo que reírse. Su hermana era incorregible. No entendía cómo podía soportarla Felipe, y Eva también la adoraba...

Tomó una bocanada de aire.

No habría podido pronunciar el discurso sin el apoyo silencioso, pero sincero, de Eva. Ese pequeño gesto con la cabeza y el brillo de sus ojos habían bastado para que la salieran las palabras.

Sin embargo, era ridículo que su hermana asegurase que estaba enamorándose de ella.

Notó un golpecito en el hombro, se dio la vuelta y vio a Eva a su lado.

–Siento haberme retrasado –se disculpó ella con una sonrisa que no se reflejó en los ojos–. El aeropuerto era un caos.

Él se levantó y la miró con detenimiento. Estaba blanca como la cera.

–¿Te pasa algo? Parece como si hubieses visto un fantasma. ¿Seb y sus hombres te han cuidado?

–Lo han hecho muy bien, pero me duele mucho la cabeza. ¿Tienes la llave de nuestra habitación? Espero que no te importe, pero voy a meterme en la cama.

–Te acompañaré.

–No.

Daniele se quedó atónito por el tono tajante. Ella volvió a sonreír y siguió hablando en un tono

más suave.

–Perdona. Quédate con tu familia, por favor. Tengo que dormir un poco. No me pasa nada.

Él, a regañadientes, le dio una llave.

–Es la misma suite que la última vez.

–¿La suite donde me sobornaste para que me casara contigo?

Eva lo dijo sin malicia, pero, aun así, él volvió a mirarla con detenimiento. Parecía enferma.

–Subiré enseguida.

–Muy bien –Eva se inclinó sobre Francesca y le dio un beso en la mejilla–. Seguro que te veré en el desayuno.

Ella se alejó sin darle un beso a Daniele, quien captó la mirada de preocupación de Francesca.

–Ha tenido un día agotador –comentó él, aunque no supo si la explicación era para Francesca o para sí mismo.

Por una vez, Francesca mantuvo la boca cerrada.

–Pediré algo de beber.

Cuando llegó a la suite, solo estaba encendida la luz de su mesilla. Eva estaba hecho un ovillo, tapada y en su lado de la cama, con los ojos cerrados y la respiración regular.

Hizo el menos ruido que pudo para no molestarla, pero cuando se metió en la cama con todo el cuidado del mundo, no pudo evitar tener la certeza de que estaba completamente despierta.

Eva abrió los ojos y miró la pared negra que tenía delante. A juzgar por su respiración, Daniele se había quedado dormido. Tenía una de sus manos en la cadera y estaba teniendo que hacer un verdadero esfuerzo para no quitársela.

Él no la amaba y no la amaría nunca, se lo había oído decir con toda claridad. «No estoy enamorado de ella y no lo estaré nunca».

¿Cómo había podido ser tan inconsciente? Daniele la había elegido porque había creído que ella no se enamoraría de él. Había sido tan claro sobre sus sentimientos que era como si los hubiese tallado en madera.

No podía quedarse con él. Sabía lo que sentía por él, ¿cómo iba a dormir con él todas las noches y oír esas intimidades que siempre se quedarían cortas en comparación con lo que ardía en ganas de oír? Sin amor, no había nada que los uniera. Nada impediría que él se fijara en otras mujeres y nada impediría que el corazón se le hiciera añicos a ella al presenciarlo.

No podía, no podría aguantar ese dolor.

Haría la maleta y se marcharía en cuanto volvieran al castillo.

El vuelo de vuelta a Pisa le pareció el vuelo más largo de su vida. Su madre y su tía los acompañaban en su avión privado, pero ni siquiera su presencia pudo aliviar la sensación de desastre inminente que le atenazaba las entrañas.

Eva se había despertado con el mismo dolor de cabeza con el que se había acostado la noche anterior, y una hora después de que hubiesen despegado, se excusó para dormir un poco más en su dormitorio. Ella aseguraba que solo era un dolor de cabeza, pero él estaba seguro de que estaba mintiendo, pero tendría que esperar hasta que estuvieran en casa, y tuvieran cierta intimidad, para sacarle lo que estuviera trastornándola. Aun así, fuera lo que fuese, pintaba mal, lo notaba en lo más profundo de su ser.

Mientras ella dormía, él pasó el rato jugando a las cartas con su madre y su tía, y no se enteró de que eran unas fanáticas del póquer hasta que lo habían desplumado.

Estaba dándose cuenta de que había muchas cosas que no sabía de su madre y, aunque estaba preocupado por Eva, lo pasó muy bien con ella. No sabía si Eva tenía razón y su madre siempre lo había necesitado, pero sí sabía que, en ese momento, los dos estaban muy a gusto juntos, a pesar de que el remordimiento por haberla descuidado durante su vida adulta le martilleaba como un pájaro carpintero enfadado.

Tenía tantos pensamientos dándole vueltas en la cabeza que podía entrarle una jaqueca a él. Cuando ya iba a excusarse para meterse en la cama con Eva, su madre rebuscó en una bolsa enorme que llevaba a todas partes y sacó un *backgammon* de tamaño portátil.

–¿Quieres ver si puedes ganarme a esto? –le preguntó ella con un brillo desafiante en los ojos.

Su tía Rachele se rio en un tono malicioso y Daniele, que nunca se resistía a un desafío, aunque llegara de la mujer de sesenta y seis años que les había dado a luz a su hermana y a él, despejó las mesa donde habían jugado a las cartas.

Era media tarde cuando aterrizaron en Pisa. Su conductor estaba allí para recogerlos. Dejaron primero a su madre y a su tía y, por fin, se quedó solo con Eva.

–¿Qué tal estás? –le preguntó él.

–Mejor.

De repente, ella siguió antes de que él pudiera preguntarle algo más.

–¿Ya han puesto el castillo a tu nombre?

–Todo resuelto –contestó él–. Ayer, cuando estabas en el campamento, recibí la confirmación oficial –su abogado le había mandado un correo electrónico–. Tengo que hacer una serie de llamadas cuando lleguemos y luego voy a sacarte por ahí.

Ella se encogió de hombros.

–Además, mientras estemos por ahí, vas a contarme qué te pasa exactamente, y nada de mentiras sobre el dolor de cabeza.

–No he mentado sobre el dolor de cabeza –replicó ella sin alterarse.

–Sin embargo, hay algo que te altera.

Ella no contestó, pero, cuando llegaron a casa, se dijo a sí mismo que iba a dedicarle media hora a poner en orden sus asuntos. Luego, podría dedicarle toda la atención a ella sin miedo a que los interrumpieran. La llevaría a algún sitio discreto y neutral, apagaría el móvil, le pediría a ella que también lo apagara, y haría que ella se abriera.

También le daría tiempo para prepararse. Entonces, se le ocurrió que podía estar embarazada. No habían hablado de tener hijos desde aquella vez que se vieron en la suite de Aguadilla, cuando la sobornó para que se casara con él. Ella se había burlado de la idea de tener hijos con él, pero todo había cambiado desde entonces y no habían usado anticonceptivos...

No era un especialista en embarazos, pero sí sabía, porque se lo había oído decir a amigas con hijos, que se sentían muy cansadas al principio. Además, la palidez y el dolor de cabezas también podían ser síntomas, ¿no?

Si estaba embarazada, tendría que aprender deprisa.

Se encerró en su despacho mientras Eva iba a ducharse y cambiarse, llamó a su abogado y habló con Talos Kalliakis para confirmar las fechas de la renovación de la sala de conciertos que tenía Talos en París.

Él padre... Con el cerebro y la belleza de Eva, su hijo podría ser cualquier cosa que quisiera. Astronauta, neurocirujano, cocinero con estrellas Michelin, cualquier cosa.

–Daniele, ¿has oído lo que he dicho? –le preguntó Talos en un tono áspero.

–Perdona, estaba en las nubes. ¿Qué has dicho?

–Amelie está a mi lado y quiere que decidamos una fecha para vernos, que quiere conocer a Eva.

–Fantástico. Voy a por mi agenda.

¿Dónde la habría dejado?

La vio en el aparador, junto al tocadiscos, y se levantó. Iba a agarrarla cuando algo le llamó la atención desde fuera. Dejó la agenda, se acercó a la ventana, que daba al patio, y miró afuera.

Eva estaba metiendo una maleta en el maletero del coche que le había regalado. Se olvidó de la conversación, dejó caer el teléfono y golpeó la ventana.

–¡Eva!

Ella miró alrededor para intentar adivinar de dónde llegaba el ruido. Él volvió a golpear. Si lo hacía con más fuerza, haría añicos el cristal.

Entonces, ella lo vio y él captó el pánico en sus ojos a pesar de la distancia que había entre ellos.

Sus dedos nunca habían sido tan inútiles como en ese momento, cuando intentaba abrir el pestillo de la ventana. Ella había cerrado el maletero y se dirigía apresuradamente a la puerta de conductor cuando por fin consiguió abrir la ventana.

–¡Ni se te ocurra marcharte! ¿Me oyes? Quédate donde estás.

Daniele corrió por los pasillos, bajó las escaleras y recorrió más pasillos, y cada vez estaba más seguro de que ella se habría marchado cuando llegara al patio.

No se había marchado, ni siquiera se había movido.

–¿Adónde vas? –le preguntó él arrebatándole las llaves del coche.

Él, sin embargo, ya sabía la respuesta. La había sabido desde que ella llegó al hotel blanca como la leche y durante toda la noche, cuando ella había dormido a su lado como una estatua, pero no había querido crearla.

–Me marchó.

–¿Adónde? ¿Cuánto tiempo?

Él también sabía la respuesta a la segunda pregunta.

Ella cerró los ojos y se frotó la frente con un nudillo.

–Daniele, no puedo seguir haciéndolo. El castillo está a tu nombre y ya no pueden quitártelo. Está a salvo en tu familia. Ya no me necesitas y puedo marcharme.

–¿Sin despedirte? ¿Sin siquiera darme una explicación? ¿Ibas a marcharte sin más?

–Te he dejado una nota en el dormitorio.

Apretó las llaves con todas sus fuerzas, la furia estaba adueñándose de él y superando al miedo que le atenazó las entrañas cuando la vio por la ventana y supo lo que estaba haciendo.

–Muy bien, eso lo arregla todo. Me has dejado una nota.

–Daniele, por favor, no me lo compliques más de lo que ya es. Dame las llaves y vuelve adentro.

–¿Quieres las llaves? Ven a por ellas, pero no vas a irte a ningún lado hasta me digas por qué estabas dispuesta a largarte sin decirme nada, y no te atrevas a hablar de esa maldita nota. No te creía una cobarde. Dime a la cara por qué ibas a tratarme con ese desprecio.

–¿Que yo iba a tratarte con desprecio?

Eva volvió a frotarse la frente y levantó la mirada al cielo. Cuando lo miró a los ojos otra vez, el pánico y el miedo habían desaparecido y eran como dos ascuas.

–¿Yo? –siguió ella–. ¿Cómo te atreves a decir eso después de cómo hablaste de mí con tu hermana?

–¿De qué estás hablando?

–Te oí. Oí todo lo que dijiste. «El amor y esas cosas son para los necios». «No estoy enamorado ni lo estaré nunca». Lo dijiste, lo dijiste refiriéndote a mí.

–¿Y qué? Es lo que acordamos cuando...

–¡Me da igual lo que acordamos! –gritó ella golpeándole el pecho–. Por eso quería escaparme sin verte. Sabía que no te impresionaría, como sabía que no podría soportar que rebajaras lo que tenemos a un ridículo acuerdo que hicimos –ella volvió a golpearle el pecho–. Creías que te había casado con una perra insensible que nunca se enamoraría de ti. «El amor y esas cosas son para los necios». «Lo sé yo y lo sabe Eva. Acordamos las reglas cuando acordamos casarnos».

Terminó de imitarlo y retrocedió un paso. Estaba temblando visiblemente y a él le dolió ver la mezcla de furia y daño que se reflejaba en su rostro.

–He incumplido las reglas, lo he estropeado todo –siguió ella–. Me he enamorado de ti y ya no quiero fingir un matrimonio feliz, quiero un matrimonio feliz de verdad. Quiero que me ames. ¿Puedes amarme? –le preguntó ella en tono desafiante.

–Eva...

–Claro que no. Te he oído decirlo. Emocionalmente, no tienes agallas.

Eso le despertó la incomprensión y la rabia por lo que estaba haciendo.

–¿Dices que no tengo agallas cuando eres tú la que huye?

–No huyo, me marchó.

Como si hubiese alguna diferencia.

–Siempre huyes. Huiste de tus padres y luego, cuando perdiste a Johann, huiste de tu vida, y ahora estás huyendo de mí. ¿Sabes por qué? Porque eres demasiado cobarde para quedarte a luchar.

–¿Cómo iba a luchar contra mis padres? ¡Era una niña!

–Huir de ellos te enseñó que la única manera de enfrentarte a las cosas es huyendo.

–Vaya, como resulta que ahora te has erigido en psicólogo, a lo mejor podrías decirme por qué tipo de vida tenía que luchar después de Johann. ¿Qué vida tenía? ¿A quién tenía? Me había distanciado de mi familia y la familia de Johann había emigrado a Australia. Tampoco tenía amigos de verdad. Dime por qué vida iba a luchar.

–¡Tu vida! No una vida escondida en un país del tercer mundo y rehuendo las amistades y las relaciones.

–¿Además de psicólogo eres experto en relaciones? Tú eres quien se ha pasado la vida rehuendo las relaciones, no yo. Has estado tan ocupado intentando superar a tu hermano en todo, intentando demostrar tu valía a tu familia, viviendo como un playboy, presumiendo en tus deportivos y tus aviones, que nunca has querido algo profundo e importante. Para ti, todo es desechable, hasta yo.

–¡Te has pasado! –exclamó él llevado por una rabia que le hizo temblar.

–La verdad duele, ¿no? Lo máximo a lo que puedes llegar es a casarte con una mujer que tenga la capacidad de sentir de una sardina, ¿no? Pues siento decepcionarte, pero soy mucho más sentimental de lo que había creído. Lo siento, pero no soy la Eva equilibrada y sensata. Resulta que tengo sentimientos y que si tú no puedes corresponderme, no tengo nada por lo que luchar, y lo

mejor sería que me dieras esas llaves y me dejaras marcharme.

–Eva...

Daniele tomó la bocanada de aire más larga y profunda de su vida. Si no dominaba la rabia, se la echaría a un hombro y la encerraría en la bodega.

–Si no puedes decirme que me amas o que existe la posibilidad de que me ames algún día, no quiero oír ni una palabra más.

El corazón le latía con tanta fuerza que le retumbaba por todo el cuerpo, desde las plantas de los pies a los pelos de la cabeza, y Daniele no podía pensar con claridad.

–¿Cómo voy a prometerte algo así? Te deseo, me gustas y te respeto. ¿No es suficiente?

–Para mí, no. Lo quiero todo. Quiero tener hijos contigo y envejecer contigo.

–Quiero, quiero, quiero... –le imitó él en tono burlón–. Todo se trata de lo que tú quieres, ¿no? ¿Dónde entra lo que yo quiero?

–¿Qué quieres?

–El matrimonio que acordamos.

–Pues lo siento mucho, pero eso no es lo que yo quiero. Como veo que no quieres oír lo que quiero, te diré lo que no quiero. No quiero malgastar los mejores años de mi vida sufriendo por ti y anhelando, como una tonta locamente enamorada, que sientas cosas que no puedes sentir. Es posible que no tenga muchas cosas, pero sí tengo cierta dignidad. Ahora, por última vez, dame las llaves.

–Muy bien –Daniele las tiró al otro lado de coche, lo más lejos que pudo–. Si quieres las llaves, ve a por ellas. Si quieres marcharte, encantado, nunca quise una esposa con tantas carencias.

Capítulo 14

EVA, rebosante de odio y furia, se puso a gatas para buscar las llaves que le permitirían escapar. Mientras, Daniele se metía las manos en los bolsillos y volvía a entrar en el castillo sin mirar atrás. Solo faltó que se alejara silbando.

Las manos le temblaban tanto que tuvo que intentarlo tres veces para introducir la llave y encender el motor. El chirrido de las ruedas cuando salió disparada del patio le pareció extraordinariamente satisfactorio.

Tenía que haber estado loca al pensar que lo amaba. ¿Cómo podía alguien amar a un malnacido como Daniele Pellegrini? Era increíblemente despiadado.

¿Por qué no había dejado que se marchara sin tanto jaleo? Él era quien quería atenerse al trato original y el trato original decía que podía marcharse cuando quisiera y sin ningún inconveniente. Naturalmente, él le pediría que le explicara la decisión si decidía marcharse, y eso era lo que había hecho, le había dejado una carta.

¿Cómo se atrevía a acusarla de ser una cobarde que huía? Él era el cobarde, no ella, era un egoísta, egocéntrico...

Entonces, casi demasiado tarde, vio la curva cerrada a unos metros y pisó el freno con todas sus fuerzas. El coche derrapó y, durante un momento que le pareció interminable, estuvo segura de que iba a salirse de la carretera, de que ni siquiera el quitamiedos podría evitar que cayera por el olivar en cuesta.

Sin embargo, la barrera cumplió su función.

Cuando por fin consiguió dominar el coche y pararlo, las rodillas le temblaban sin control. Se vio en el espejo retrovisor y estaba tan blanca como tenía los nudillos de agarrar el volante. Vio que el camino se ensanchaba un poco más adelante y consiguió llevar el coche entre estertores.

Apagó el motor y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras tomaba aliento.

La puerta del acompañante se había hundido por el choque con el quitamiedos, pero, por muchas bocanadas de aire que tomara, no pudo dominarse ni un minuto más. La primera lágrima le cayó sobre el jersey y le siguieron la segunda y la tercera hasta que estuvo llorando tanto que no podía ver y sentía como si le hubiesen arrancado el corazón del pecho.

Eva le había dejado la nota en el tocador.

Daniele hizo una pelota con ella y la tiró al fuego de la chimenea. Le daba igual lo que hubiese escrito. Ya había dicho todo lo que quería decir, los dos habían dicho todo lo que tenían que decir. Que le fuese muy bien.

Era una pena que solo hubiese tenido tiempo de hacer una maleta antes de que hubiese huido

como la cobarde que nunca se había imaginado que era. El vestidor seguía lleno con la ropa que él le había comprado. La miró un buen rato antes de salir lentamente del vestidor con los puños cerrados para no hacerla jirones.

Era como si tuviera un ser vivo por dentro que le corroía las entrañas, y tenía que aniquilarlo en ese preciso momento.

No había probado casi el alcohol desde que se emborrachó cuando se enteró de la verdad sobre su hermano. Incluso el día anterior, en el hotel, después del homenaje a su hermano, se había limitado a un par. Ese parecía el momento ideal para remediarlo y, mientras lo remediaba, celebrar que había recuperado la libertad.

Efectivamente, celebraría que había recuperado la libertad. Se cambiaría e iría al club Giroud...

Sonó el teléfono antes de que hubiera podido dar dos pasos. Lo sacó y se quedó desconcertado al comprobar que estaban temblándole las manos... y se le calló el alma a los pies al ver que no era Eva.

¿Por qué iba a querer que ella lo llamara? Para ser alguien que afirmaba que estaba enamorada de él, estaba claro que no lo consideraba digno de que se quedara y luchara por él. Ella no creía que mereciera la pena luchar por lo que tenían.

Si no hubiese sido su madre, no habría contestado, pero ya había pasado demasiado tiempo sin contestar las llamadas de su madre.

Su madre quería saber si Eva estaba mejor.

Daniele quiso decir que no lo sabía y que le daba igual, que Eva se había marchado y no volvería, pero no fue lo que dijo.

—Sí, está mucho mejor.

Tan mejor estaba que se había largado con un chirrido de los neumáticos.

—Me alegro. Estaba preocupada por ella.

—Pues no te preocupes.

Él cambió de conversación y se tragó el monstruo de las entrañas, que se había despertado otra vez. Charlaron un par de minutos más.

—Ahora tengo que dejarte, mamá.

Ya ni se acordaba de la última vez que se dirigió a ella de una manera tan informal.

—Muy bien, hijo. Hasta pronto. Te quiero.

—Yo también te quiero —susurró él.

Cortó la llamada y cerró los ojos. ¿Cuándo habían expresado con palabras lo que sentían su madre y él? Sinceramente, no se acordaba. La había demonizado durante muchos años, como había demonizado a su padre. El distanciamiento con su padre había hecho que no estuviera con él cuando murió y era algo de lo que se arrepentía cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Había estado enfermo durante años y, aun así, él había mantenido la distancia.

Se dejó caer en el suelo y se dio cuenta, vagamente, de que era casi el mismo sitio donde se dejó caer cuando estaba bebido y Eva lo trató con tanto cariño.

Eva tenía razón, era un egoísta.

El único familiar al que había estado unido era su hermana, y eso era porque era imposible no quererla y, tenía que reconocerlo, porque era un poco rebelde, como lo había sido él aunque por motivos distintos.

¿Qué habían hecho sus padres para que se distanciara tanto de ellos? ¿Compararlo con su hermano? ¿Animarlo para que se pareciera más a su hermano? ¿Castigarlo cuando los

avergonzaba con sus desmanes? ¿Crearle la sensación de que nunca estarían satisfechos con él?

También había habido muchos buenos momentos. Cuando él tenía once años y entró en la habitación del hospital privado para conocer a su hermana recién nacida y a su madre se le iluminó el rostro y le dejó sitio en la cama para que se sentara y se acurrucara contra ella.

Tampoco podía olvidarse del día que su padre lo llevó, siendo un muchacho, al circuito de Monza y los dos, solo ellos dos, condujeron a toda velocidad.

Había sido fácil dejar a un lado los buenos recuerdos y quedarse solo con los malos.

Su padre estaba muerto y ya no podía hacer las paces con él, pero sí podía hacerlas con su madre. Era una mujer cariñosa. Tenía algún defecto, pero ¿quién no lo tenía? Él tenía tantos que Eva se los había arrojado todos a la cara hacía un rato.

Se había casado con Eva por la felicidad y tranquilidad de espíritu de su familia. A él jamás le había importado el castillo y habría estado encantado de que lo vendieran.

Habría aprendido a querer el castillo gracias a Eva, ese había sido su primer hogar, y, de repente, quería volver al seno de la familia que había descuidado durante tanto tiempo.

¿La distancia con su familia no habría sido algo que había creado él por los celos y la rivalidad obsesiva con su hermano? Efectivamente, su relación con Pietro, la sensación de ser el segundón, había enturbiado el resto de las relaciones que había tenido.

Eva no hacía que se sintiera el segundón. Cuando lo miraba, lo veía en conjunto. Lo conocía mejor y más íntimamente que nadie y, aun así, lo amaba. Eva lo amaba.

Eva se había marchado del patio como una posesa...

Vio la imagen del coche como un montón de chatarra y se le heló la sangre antes de que una oleada incontenible de emociones lo arrasara por dentro. La verdad que no había querido ver era tan deslumbrante que ya no podía negarla.

Eva lo amaba... y él la amaba a ella.

Tomó el teléfono y marcó su número, ya se lo había aprendido de memoria, pero le salió directamente el buzón de voz. O Eva lo había apagado o no se había molestado en recargar la batería.

Se levantó y se puso a buscar unas llaves. Las primeras que encontró fueron las del Ferrari, y corrió hasta él con los pulmones a punto de estallar.

Tenía que encontrarla, no podía perderla. No podía. Su inteligente, seria, hermosa, compasiva y apasionada esposa lo amaba.

¿Podía saberse en qué había estado pensando para dejar que se marchara? ¿En qué dirección habría ido? ¿A Pisa o a Florencia?

La intuición le dijo que lo más probable era que hubiese ido a Pisa porque conocía bien el aeropuerto.

Parpadeó para borrarle de la cabeza la imagen de ella en el coche abollado. Si seguía por ese camino, se volvería loco antes de que la hubiese encontrado.

Contuvo las ganas de apurar al máximo la potencia de su Ferrari, pero, aun así, condujo a toda velocidad por las carreteras serpenteantes y levantó una polvareda a su paso. A los diez minutos, se acordó justo a tiempo de frenar en esa curva cerrada que todos los que conocían la carretera llamaban la curva de la muerte por motivos evidentes. Las marcas de unos neumáticos indicaban que alguien había estado a punto de pasarse hacía muy poco tiempo...

El corazón se le subió a la garganta mientras la trazaba muy despacio y, entonces, el corazón se le paró. El quitamiedos estaba deformado y no lo había estado cuando volvió del aeropuerto.

Alguien había chocado contra él hacía poco, muy poco. Sin embargo, ¿dónde estaba el coche?

Eva se había quedado sin pañuelos de papel para sonarse la nariz. No podía dejar de llorar. Cada vez que creía que ya no iba a llorar más y que ya podía conducir, le caían unas lágrimas nuevas. Solo le quedaba una servilleta que había encontrado en el fondo del bolso.

Sin embargo, no podía quedarse allí. Estaba empezando a anochecer y tenía que llegar al aeropuerto por unas carreteras que no conocía muy bien y en un coche que le encantaba, pero que tampoco dominaba del todo.

Ya tenía toda la vida por delante para llorar.

Tomó aire, encendió el motor otra vez y apretó los dientes. Era posible que se sintiera como si le hubiesen arrancado el corazón del pecho, pero no era una suicida, al contrario, quería vivir, y para eso tenía que conducir sin que las lágrimas le impidieran ver.

Sus sentimientos hacía Daniele se habían cristalizado durante las horas que pasó en el campamento de Caballeros. Muchos de los muchachos fueron a saludarla y a abrazarla y Odney la buscó para presumir de su tercer puesto en la clasificación del juego por teléfono. Algunos de los empleados más antiguos se quedaron emocionados al verla, al fin el cabo, tener un marido que había donado tres millones de dólares hacía muy poco hacía que fuese muy popular entre ellos. Sin embargo, ninguno de sus colegas habituales, que no sabían nada sobre la donación de Daniele, había dejado de hacer lo que estaba haciendo para saludarla.

No se había dado cuenta de la distancia que había puesto entre sus colegas y ella. Siempre había creído que se llevaban bien, y era verdad, pero solo en el aspecto profesional. Había rechazado tantas veces sus invitaciones a salir que habían dejado de hacérselas. Los fines de semana que había tenido tenía libres los había pasado sola en una habitación de un hotel barato.

Daniele había llevado la luz a su vida sin haberse dado cuenta siquiera.

¿Cómo había podido vivir sin esa luz? Aunque, claro, no podía decirse que hubiese vivido, ¿no? Había estado sola en el mundo desde la muerte de Johann y se había limitado a seguir funcionando.

Daniele había hecho que volviera a sentir todo lo que le había dado miedo sentir porque sentir algo hacia los demás significaba que pudieran hacerte daño.

En ese momento, sentía daño, un daño como no había sentido nunca en su vida, pero, aun así esa luz que le había llevado él era una bendición y sabía que si la apagaba otra vez y volvía a la oscuridad, se quedaría en ese hoyo para siempre...

Apretó el freno con todas sus fuerzas y paró el coche. ¿Qué quería decir con «si la apagaba otra vez»? Estaba alejándose de Daniele y de esa luz. La luz del sol seguiría iluminándole, pero no notaría cómo le llegaba hasta el corazón.

Además, no estaba alejándose, estaba huyendo.

Daniele tenía razón, era una cobarde. Le había arrojado a la cara sus sentimientos y luego había tenido una rabieta porque él no había correspondido. Se había convencido a sí misma de la reacción que podía esperar de él, había oído su conversación con su hermana y se había convencido a sí misma de que nunca la amaría.

Sin embargo, ¿no era verdad que le hacía el amor con un cariño posesivo? ¿No era verdad cómo la miraba y que la valoraba como persona y como su amante? ¿No era verdad que había mantenido todas las promesas que le había hecho? ¿No merecía la pena luchar por todo eso?

Un coche dio un bocinazo al pasar a su lado y la sacó del trance.

Tenía que volver.

Dio media vuelta y tuvo que hacer un esfuerzo para no pasarse mucho del límite legal de velocidad. Rezó para que Daniele siguiera en casa...

Volvió a dar un frenazo cuando pasó por el sitio donde había derrapado hacía un rato. Reconoció el coche que estaba aparcado donde había aparcado ella y reconoció al hombre que, a cierta distancia del coche, estaba mirando por encima del quitamiedos.

Miró por los retrovisores para cerciorarse de que no llegaba un vehículo, dio marcha atrás y metió el coche en el pequeño espacio que había delante del de él.

Se bajó del coche de un salto y vio que las largas piernas de él ya estaban dirigiéndose hacia ella. Entonces, sus propias piernas, que querían correr hacia él con todas sus ganas, se convirtieron en gelatina.

No podía dar un paso y tampoco podía conseguir que sus cuerdas vocales emitieran un sonido.

Daba igual.

Daniele llegó enseguida con un gesto sombrío y la cara desencajada, pero no dudó, la agarró y la estrechó contra el pecho con tanta fuerza que la dejó sin respiración.

–No vuelvas a hacérmelo en tu vida –le avisó él en un tono que ella no le había oído nunca–. ¿Me has oído? Ni se te ocurra dejarme.

Ella consiguió soltarse lo suficiente para mirarlo y vio, sin salir de su asombro, por qué era distinto el tono de su voz.

Daniele estaba llorando.

Él le tomó la cara entre las manos y bajó la suya hasta que las lágrimas cayeron en la mejilla de Eva.

–Creía que estabas muerta –la voz se le quebró por completo–. Vi el quitamiedos doblado y creí que habías pasado por encima.

Entonces, empezó a besarla en la boca, en las mejillas, en la nariz, en los ojos, eran besos de desesperación y alivio. Luego, soltó un juramento y volvió a abrazarla con una mano alrededor de la cintura y la otra entre el pelo.

–Jamás había estado tan asustado, creía que te había perdido.

–Nunca... –susurró ella sobre su jersey–. Lo siento...

–No lo sientas –le interrumpió él–. Eva, por Dios...

Se quedaron un rato abrazados, con el corazón de Daniele latiendo con fuerza contra el oído de ella y con el corazón de ella latiendo con fuerza contra el abdomen de él.

–Eres mía, Eva Pellegrini. Me perteneces y no voy a dejar que te marches otra vez.

Ella nunca se había imaginado que llegaría a alegrarse por oír esas palabras, pero, dichas por Daniele, hacían que el corazón le rebosara de tanta felicidad que no pudo contener las lágrimas.

–Y yo te pertenezco a ti –siguió él en voz baja–. Mi corazón es tuyo y puedes hacer lo que quieras con él. Eres mi esposa y te amo. Haría cualquier cosa por ti, cualquier cosa. Quiero que seas la madre de mis hijos, que te despiertes todos los días a mi lado y que seamos el uno del otro. Quiero llevar tu anillo como tú llevas el mío. Siento todas las cosas despiadadas...

–No lo sientas –esa vez fue ella quien lo interrumpió–. Los dos dijimos cosas despiadadas. Te amo –añadió ella poniéndose de puntillas.

–No tanto como te amo yo a ti.

–Más.

–Imposible.

Le tomó la cara entre las manos y la besó hasta que sus lágrimas se mezclaron. Entonces, un coche pasó y también dio un bocinazo.

–Vamos a casa, esposa mía.

–Mientras sea contigo, me da igual adónde vayamos, esposo mío.

Epílogo

EL ALA familiar del castillo estaba abarrotada de niños. Fuera donde fuese Daniele, se encontraba con algún juguete por el suelo, y había sonreído con malicia cuando su primo Matteo había pisado, descalzo, una pieza diminuta de un juego de construcción.

Los tres hijos de Daniele estaban jugando al escondite con sus primos. Después de haber jugado a la guerra contra las chicas, el escondite parecía mucho más seguro. Sergio, el hijo de su hermana, un chico de seis años fornido y tan mandón como su madre, se había aliado con Pietro, el hijo intermedio de Daniele, y habían arrinconado a las dos chicas mayores, a Lauren, la tímida hija de Matteo y Natasha, y a Tessel, la hija mayor que había tenido él con Eva, y les habían disparado una andanada de balas de goma. Se habían oído muchos gritos e insultos.

Esas malditas gomas de bala acababan por todos lados y se preguntaba si su madre sabría que tenía una pegada al pelo.

No quería ni pensar cómo quedaría esa zona al día siguiente, cuando ya se hubiesen abierto los regalos de Navidad.

Se escabulló de la sala, esquivó a los niños pequeños, y se tumbó en la cama de su dormitorio con un alivio fingido.

Eva estaba leyendo en la cama y con una expresión de serenidad en la cara.

—¿Te escapabas otra vez? —le preguntó ella con una ceja arqueada.

—Para ti es muy fácil —Daniele se acurrucó a su lado—. Tienes la excusa perfecta para escapar de la escabechina.

A su preciosa esposa le faltaban dos semanas para dar a luz a su cuarto hijo, y eso significaba que tenía motivos sobrados para alegrar que tenía que descansar cuando el ruido alcanzaba los decibelios de un concierto de rock.

—Si quieres, puedes tener tú al siguiente... —bromeó ella.

—¿El siguiente? ¿Quieres cinco hijos?

—No —Eva sonrió—. La verdad es que estaba pensando en seis.

Él, incapaz de resistirse, le dio un beso.

—Seguiré encantado hasta que digas basta.

Ella le rodeó el cuello con un brazo.

—Podrías llegar a arrepentirte de haberlo dicho.

A él le impresionaba que hasta en ese momento, cuando llevaban seis años juntos y ella estaba inmensa por el embarazo, seguía deseándola tanto como la había deseado siempre.

Sin embargo, era impensable dejarse llevar por el deseo cuando la puerta del dormitorio se había abierto de par en par y Pietro y Sergio habían entrado corriendo.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Papá Noel está aquí! —gritó Pietro con la cara radiante por la emoción.

–¿De verdad? ¿Estáis seguros?

–De verdad –contestó Sergio asintiendo con la cabeza con vehemencia–. ¡Mamá ha dicho que dejes de jugar con la tía Eva y que tienes que ir!

Daniele intercambió una sonrisa disimulada con su esposa, la ayudó a levantarse de la cama y todos volvieron a la sala, donde Papá Noel no paraba de exclamar «¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!» mientras se bebía una generosa copa de vino tinto.

Si alguno de los niños se hubiese preocupado por mirar debajo de la poblada barba blanca, habría visto la no menos poblada barba morena de su cuñado Felipe, quien, para su fastidio, se había visto obligado a representar a Papá Noel hacía unos años y ya se veía en el mismo papel todos los años y, todos los años, la páfida hermana de Daniele se partía de la risa al verlo.

–Tu hermana es muy mala –le susurró Eva al oído.

–Desde luego –corroboró Daniele dándole un beso en la sien.

Él vio, por el rabillo del ojo, que Matteo y Natasha cuchicheaban entre risas y estuvo seguro de que estaban diciendo lo mismo, aunque también era posible que estuviesen riéndose de la tía Rachele, quien se había dormido con una copa de jerez en la mano.

Era toda su familia y estaban todos juntos, como a él le gustaba.

Además, lo que era mejor todavía, Eva estaba dándole la mano y esa noche se acostarían y le haría el amor con mucha delicadeza.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com